3 1761 07990458 7

Olascoaga, Manuel J.
Regiones australes

F
2851
042

Con dedicatoria
y firma del autor.

Don Eugenio Tello —
de su S.

REGIONES AUSTRALES

TOPOGRAFÍA ANDINA

FERROCARRIL PARALELO Á LOS ANDES
COMO FOMENTO DE POBLACIÓN Y SEGURIDAD
DE LA FRONTERA

COMPLEMENTO INDISPENSABLE DE LA CAMPAÑA DE 1879

POR EL CORONEL

M. J. OLASCOAGA

CON 5 PLANOS

BUENOS AIRES

120239 — IMP., LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PEUSER
Calle San Martín 200, esquina Cangallo

1901

LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

F
2851
042

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: Región austral andina. — Inseguridad de la cordillera.—Siempre los malones.—Prosperidad negativa.—La Pampa de hoy y la Pampa de ayer; fortuna perdida y fortuna recuperada.—Juicios erróneos sobre las condiciones de habitabilidad de las cordilleras.—Terrenos de invernada y de veranada.—Las sementeras debajo de la nieve; rinde de 30 por uno.

I

Permítome solicitar la atención del país y de su ilustrado gobierno sobre un asunto que reputo de gran interés nacional y de actualidad.

Se trata de la valiosísima región austral andina de nuestro territorio, que viene á nuestra consideración como una faz nueva del progreso y engrandecimiento de la República, y muy especialmente de la larga sección de primeras faldas de la cordillera contigua al límite con Chile, que considero un peligro subsistente después de las operaciones de seguridad general y de los incontables adelantos que se han realizado en todo el resto del territorio.

Ese peligro, al que debe atribuirse muy vasta magnitud y trascendencia, consiste en el abandono casi inconsciente que hemos seguido haciendo de esas tierras andinas después de haberlas despejado con buenos y

meritorios sacrificios, de las guaridas de vándalos advenedizos de la vecindad de occidente, que dieron impulso y estímulo á las anteriores depredaciones del Sur.

Naturalmente, esas tierras han vuelto á ocuparse en su mayor parte por los mismos elementos perniciosos que, aunque no tienen ya el poder asolador que antes esgrimieron, causan males incalculables y frecuentes, á más de explotar clandestinamente campos preciosos que serían los más felices recursos como predios urbanos y rurales de nuestras poblaciones agrícolas y pastoriles. Estas no se acercarán, por ahora, mientras no lleguen á esos territorios las garantías de seguridad de los intereses y de la vida que allí han vuelto á quedar en duda.

Parecerá exagerado decir que dentro de nuestra jurisdicción nacional, en esas faldas quebradas y valles andinos, hay una numerosa población de gente de ultracordillera que escapa al gobierno de la nación vecina y vive fuera de la acción de nuestras autoridades. Y, sin embargo, es un hecho.

Comprendo que este mal grave que denuncio no ha sido remediado hasta ahora por nuestro gobierno porque no es conocido en toda la extensión que debe determinar su importancia, ni son tampoco conocidos los innumerables lugares que una conformación orográfica muy complicada y digna de estudiarse, oculta para nosotros, pero no para Chile, donde nada ignoran de nuestra cordillera.

Es la razón fundamental que he tenido para ocuparme de esta publicación, en la que voy á presentar una descripción detallada de la mencionada región de faldas que he tenido oportunidad de estudiar por los relevamientos

practicados en la Comisión científica militar que estuvo á mi cargo desde 1881 al 83, y exploraciones de muchos años subsiguientes, tanto en el lado argentino como en el chileno.

Allí hay también una larga historia ignorada ú olvidada que conviene rememorar, porque ella enseña el camino de las operaciones y precauciones indispensables que debemos adoptar para afianzar el porvenir tranquilo y próspero que aquella parte del país nos ofrece. He de referir, como por vía de amenizar las descripciones, episodios ó tradiciones que se ligan á los lugares, y que también, ligados entre sí, forman un todo que nos interesa apreciar.

Toda esa espléndida zona austral ha vivido muchos siglos desconocida, despreciada y por último calumniada; y cuando en la época contemporánea la hemos despejado y amparado, hemos patentizado el último mal que había sufrido: la desolación más despiadada. Hoy que se halla en pleno regazo de la civilización argentina, descubrimos en sus riquezas naturales permanentes las que ha perdido. En la topografía, donde queda una leyenda bien manifiesta á la vista del observador, resaltan los vestigios infalibles de una gran evolución del pasado que merece estudiarse, y desde luego merece respetarse. No sólo habíamos desconocido y menospreciado esa parte del país en cuanto á su valor material, sino que también le habíamos obscurecido ó adulterado sus antecedentes. Ha sido maltratada en consecuencia.

También las grandes colectividades son pasibles de las calamidades que suelen rodear á un individuo á quien se desacredita y anula para despojarle de cuanto tiene.

A la Pampa le han arrebatado por un lado las vacas y por el otro la historia.

Así he creído igualmente dignos de considerarse los rastros del movimiento étnico que en la topografía local y en la evolución de emigraciones antiguas ha debido realizarse, y he creído de mi deber rectificar, en cuanto mi insuficiencia alcanza sobre el punto histórico, conceptos que han venido formando criterio popular y creo extraviados de la verdad filosófica, ó por lo menos linderos arbitrarios que desvían su descubrimiento.

Entre tanto, el propósito principal que persigo en este trabajo es propender, con los datos topográficos que subministra, al fomento de la población regular en las hasta hoy desamparadas comarcas andinas, donde, á la vez que se retarda lastimosamente un gran progreso, de que participarían en paz obligada los dos países limítrofes, subsisten los peligros y los augurios siniestros que tal estado de abandono prepara.

Esas tierras claman, como clamaba la Pampa antes de 1879, por la seguridad y el empuje civilizador que alienta por doquiera la marcha del país. Ellas, que fueron en toda la región Norte el asiento preferido de pueblos repletos de vida, han detenido su desenvolvimiento en Mendoza por obstáculos que fueron invencibles en la época colonial, y que la civilización argentina ha hecho desaparecer.

Sólo falta la viabilidad rápida y cómoda que transporte la colonización en número y condiciones de hacerse respetar. Y á este propósito merece tomarse en cuenta la facilidad que la topografía ofrece para desarrollar ferrocarriles con notoria economía relativa de gastos y

con las mejores perspectivas de desarrollo de riquezas, que podría decirse sin exagerar están esperando el paso de la locomotora para surgir y ponerse en movimiento.

Siendo este un complemento indispensable de la obra grande y necesaria que me permito insinuar, no terminaré este folleto sin someter á la consideración pública un proyecto de vía férrea que hace mucho tiempo tengo estudiado y relacionado con los medios favorables que tendría en su trayecto y sus puntos de arranque y terminal.

Es indispensable el estudio por nuestros estadistas y militares, de la zona á que me estoy refiriendo. Estoy convencido de que su descripción topográfica é histórica, ante el criterio de nuestros inteligentes militares, despertará un juicio decisivo respecto de la actualidad internacional, porque notarán que en toda esa línea descuidada ha nacido esa mala cuestión, y que allí mismo están los medios más racionales y eficaces para resolverla — creo que en el sentido de la paz durable; — y si por desgracia fuese en el de la guerra, en Chile saben mejor que nosotros cuán desastroso sería provocar semejante calamidad.

Tenemos experiencias que abren un camino muy claro al discernimiento en estas cuestiones.

De la parte del continente donde poseemos el inmenso y rico territorio, entre la cordillera divisoria y el océano Atlántico, heredamos una porción desamparada, que medía casi el doble de la extensión total de nuestras poblaciones regulares. Aquella porción se llamaba desierto... Desierto implica, en el justo len-

guaje de la civilización, una tierra que para nada sirve. Era tierra salvaje, virgen y rica. Estaba habitada por indios y muchos otros foragidos que no eran indios.

El criterio dominante en nuestros centros, era el del avance paulatino, la morigeración piadosa, el socorro de alimentos, en la inteligencia de que los pobres salvajes y sus aliados robaban por hambre... Pero es una evidencia que la civilización transigente, delante de la barbarie ó del abuso, nada edifica; al contrario, estimula la perversidad. Es este un aforismo cuya verdad debemos reconocer.

Se vivió muchos años sin pasar de los medios defensivos, mientras que las depredaciones aumentaban siempre. No se pensaba en un avance serio y definitivo, porque se dudaba de los resultados y aun de las conveniencias prácticas; el desierto de límites ignotos oponía misterios respetables; nada hay tan respetable como lo que no se conoce. De allí venía un ambiente ofuscador que no permitía discernir lo cierto respecto de la calidad y habitabilidad de tierras donde vivían numerosas tribus de indios vigorosos, con abundantes recursos de fuerza y movilidad. Se creyó que aquello no valía el sacrificio de dominarlo, y hasta se creyó que la empresa era impracticable. Todavía no se conocía la importancia de las hordas extranjeras que sugestionaban y encabezaban á los indios en los más terribles malones.

Así fué como la República Argentina demoró tanto tiempo en adoptar y poner en ejecución la forma de proceder que correspondía á su dignidad de país culto. En 1879, como se sabe, el ejército combinado avanzó al Sur, en una campaña rápida y brillantemente ejecuta-

da; ocupó el Río Negro, barriendo la Pampa, y abrió los caminos de la civilización al resto del continente austral. Se vió bien claro que no habían existido dificultades invencibles; todo dependía de la buena voluntad de un hombre de gobierno.

Y si tan importante operación fué tardía en resolverse, así fué de portentosa en sus consecuencias; pues apenas es creíble que en solo veinte años, 40,300 leguas cuadradas de desierto, uniformemente bárbaro y desolado, se hayan transformado, desde la Pampa hasta la Tierra del Fuego, en innumerables pueblos y colonias florecientes, en emporios de agricultura, en prados inacabables con millones de vacas y millares de millones de ganado menor.

Vale la pena estudiar cuáles fueron los materiales precisos que vinieron á componer este admirable cuadro improvisado de riqueza, este rápido engrandecimiento nacional. Fueron, sin duda, los materiales inagotables de la riqueza permanente del país. Pero, se preguntará: Si aquello estaba en el país ¿por qué no apareció antes, en otros lugares de su vasto territorio? La respuesta es obvia: Porque las poblaciones y centenares de miles de vacas, que imprudentemente se adelantaban al Sur de Buenos Aires y otras provincias, eran arrebatadas año á año por las invasiones de indios y extranjeros aliados que desde época inmemorial nunca faltaron á esos tremendos golpes periódicos de bandalaje. Por lo demás, bien sabemos todos dónde aquellas riquezas aparecían; dónde se levantaron varios pueblos con ellas, y dónde se hicieron grandes fortunas particulares... No fué, por cierto, en nuestro país.

Si hacemos una sencilla multiplicación, cuyos factores sean: de un lado los caudales perdidos anualmente en poblaciones desoladas y arrebato de haciendas, y del otro el período de veinte años en que aquellos valores dejaron de ser negativos para ser ganancia y progreso, el producto explicaría la actual opulencia pampeana.

Así también, si adicionamos este inmenso valor al número de períodos de veinte años, que perdido por nosotros lo ha ganado el extranjero hasta 1879, en cuya fecha sale para siempre de sus arcas, resulta que estos dos productos renacen ahora como dos elementos extratégicos absolutamente decisivos, aditivo el nuestro en muy vasta proporción geométrica, como es negativo el otro en la misma proporción; porque la riqueza que se recupera y multiplica en el medio infinito de la concurrencia de valores, es tan grande y ejecutiva, como es desastrosa y afligida la que se ha perdido en el dominio falso, multiplicándose el infinito del vacío por las necesidades creadas.

La campaña del 79 despejó, pues, en este país, la campaña del porvenir, y definió su suerte en la misma controversia internacional, digan lo que quieran las gritería s y mariscaleos de uno ú otro lado de los Andes.

He hablado de un peligro. Ni remotamente he pensado en el peligro de nuestro fracaso; me he referido al peligro de la guerra, que es un mal gravísimo para un país instalado en el camino del nuestro; he aludido al peligro de la inmensa pérdida de dos países limítrofes que no quisieran aprovechar las perspectivas del engrandecimiento común, en una frontera tan delicada, que así

es seguridad de beneficios comunes en la paz, como seguridad de males comunes en la guerra.

Tratemos, pues, de asegurar la paz, nosotros que podemos, nosotros que tenemos la voluntad. Y esa obra es práctica, es fácil y es provechosa: llevar á toda la región de los Andes, en peligro, el ferrocarril y la población.

II

Hay personas que se imaginan que aquellos terrenos de la cordillera son inaccesibles á la población permanente y refractarios al desarrollo de la agricultura. Es un mal entendido. Hay una infinidad de situaciones bellísimas donde hasta los más rigurosos inviernos son perfectamente soportables y se goza en todo el resto del año de un clima que desearíamos en los demás centros poblados de la República, y eso sucede, no sólo por estar esas comarcas algo apartadas de la línea de las nieves perpetuas (8 ó 10 leguas al oriente de la cordillera central), sino también por el abrigo que presta la disposición de las serranías que rodean los valles. Los mismos campos de pura veranada, como se llaman, son el gran recurso de las poblaciones, porque allí surgen abundantes los pastizales en la estación caliente, cuando escasean en las invernadas. Además, es en los campos de veranada donde se hacen y se cosechan las mejores siembras de trigo. Es el procedimiento conocido en varios países nevosos de Europa. Desparraman la semilla antes de las primeras nevadas; éstas cubren la tierra y protegen naturalmente la germinación durante todo el

invierno; los brotes vienen en la primavera, con la licuación de las nieves, cuando el suelo y el clima se hallan en las mejores condiciones para el crecimiento y la cosecha. Los advenedizos explotadores de esos campos realizan siempre estas cosechas con un rinde que rara vez baja de un 30 por uno, á más de la economía de la forma en que tal resultado han obtenido; no hay que cuidar la siembra ni necesitan hacer, en la estación de recogida, ninguna instalación. Todo se lleva á Chile sin que nuestra administración se haya apercibido de cosa alguna, ni el país haya ganado un adelanto ni un habitante. Al contrario, ha sucedido ya varias veces que algunos de nuestros habitantes, sembradores, han pretendido especular del mismo modo en esos campos, y han avanzado instalaciones, con sus familias, para ejecutarlo. Este ha sido el motivo de los horrorosos asesinatos de que tantas veces ha hablado la prensa, perpetrados impunemente por esas gentes sin ley ni rey, que entran y salen, por su negocio, sin ser sentidos en ningún lado de la frontera, y que, por supuesto, no admiten competencia. Los rindes son para los explotadores clandestinos; para los criollos el desastre y la muerte.

No necesito exponer, por ahora, más antecedentes para demostrar la necesidad de ocupar cuanto antes sea posible esos territorios. Su descripción misma será todavía mucho más sugerente en ese sentido.

Entro á ocuparme de ella.

CAPÍTULO II

SUMARIO: Descripción de las faldas andinas; zona mendocina.—Uspallata, futuro pueblo.—Valle de los Patos.—Picheuta; minas tradicionales.—El Tupungato.—El Tunuyán.—Riqueza y progreso del Sur de Mendoza.—Región volcánica.—El terremoto de 1861.—Laguna del Diamante; sus aguas proveen al emporio de población y agricultura de San Rafael.—Trabajos para derramar sus aguas hacia Chile.—Datos históricos.—Una sospecha prudente.—El territorio de río Grande.—El mineral de la Choyca.—El campo de los Molles; autoridades chilenas.—Malón de los pampas en los Molles.—Translación de las autoridades.—Importancia de río Grande.—El Tinguiririca.—La fábula de los enanos.

1. Desde luego encontramos que detrás de la alta cordillera que se ve desde Mendoza, que no es por cierto la central andina, (distante todavía 20 leguas), se desarrolla el extenso valle de Uspallata, desde donde se divisa, cerrando otra vez el horizonte occidental, nueva cordillera más alta, que tampoco es aún la central. Hasta aquí han alcanzado algunas posesiones importantes de Mendoza, entre las cuales se halla la valiosa estancia de González, y en el mismo valle hubo costosas instalaciones metalúrgicas para explotar ricos minerales de plata, cobre y lavaderos de oro. En 1858 la Cámara legislativa de aquella provincia se ocupó de un proyecto de delineación de un pueblo en Uspallata, progreso que, entre otros, está reservado al porvenir de todas las faldas andinas.

Detrás de la segunda cordillera indicada se hallan los pastosos valles de Picheuta y la pintoresca laguna de su nombre, en la derivación de un cordón de cerros blancos, que acusan tradiciones de antiguos y valiosos laboreos auríferos. Hoy todo eso está olvidado y abandonado.

La misma elevada cordillera que limita el occidente de Uspallata, rodeando por el Norte los valles de Picheuta, se apoya en la central sobre el magnífico volcán Aconcagua, y encierra el conocido valle de los Patos. ¿Qué empresa argentina utiliza aquel expléndido valle?

Arriba de Picheuta están Las Vacas, Puente del Inca y Las Cuevas, únicas situaciones de altas faldas que nuestro país ocupa y conoce, gracias al famoso camino que las cruza.

2. Siguiendo al Sur se ocultan trás la cadena visible de Mendoza, los valles del Tupungato, casi desconocidos en Mendoza mismo. Recórrelos el río de ese nombre que nace en el notable macizo que lo ha hecho célebre. A causa de la enorme altura de su base de derivación, invierte la ley general de las corrientes de las aguas, echándolas de Sur á Norte para verterlas en el río de Mendoza, sobre el camino citado.

Existe una tradición confusa de haber vivido en esos valles hasta muchos años después de la fundación de Mendoza, unas tribus de indios que merodeaban en las cercanías de la ciudad. Se ven todavía sobre la costa izquierda del río Mendoza, próximo á la caída del Tupungato, algunas pircas de piedra, como vestigios de edificación indígena.

La cordillera central, que en aquel espacio divide á Santiago y Valparaíso, ofrece raros pasos, á excepción

de los conocidos de Uspallata y La Iglesia. Los demás son tan escabrosos y descuidados que no los usan sino gentes de Chile que no desean ser vistas en los caminos, y que por lo general tienen guaridas de verano en esas quebradas.

3. El colosal Tupungato, cuyo relieve domina un radio de 12 leguas al Norte y al Sur, echa para este último lado otro río, que también toma su nombre, y forma varios valles escondidos entre la cordillera central y la que se ve de Mendoza; dividiendo y regando dichos valles, afluyen á su paso el río de las Tórtolas, compuesto de un abundante ramal de afluentes que baja del contrafuerte donde se halla el volcán de San José; más al Sur el río de las Salinillas, río Grande y el arroyo de los Blancos, que le entran cerca del punto donde tuerce al E., saliendo al gran valle de Mendoza; allí toma el nombre de Tunuyán, el mismo del valle cuyo emporio agrícola y pastoril sirve con sus puras y abundantes aguas.

Es esta la región más ampliamente volcánica que existe en las proximidades de Mendoza, y es indudable que allí fué el foco motor del inolvidable terremoto del año 1861.

Los densos y obscuros cúmulus que se vieron coronar la cima del Tupungato en la tarde precedente á la catástrofe; el volcán nuevo que entró en actividad en la parte oriental de la cordillera, frente al de San José (aquella misma noche), y siguió eruptando algunos días después enormes masas de ceniza que alcanzaron á verse hasta en la villa de San Carlos, son antecedentes bastantes para comprobarlo, sin perjuicio de la teoría de M. Bravard

respecto de las corrientes subterráneas locales. Por lo demás, los indios habían calificado á su modo la región, con los nombres muy significativos que pusieron en ella. Tupungato es la idea de lo que espanta y rechaza; Tunuyan, significa miedo de los ruídos de pisón (ó subterráneos).

4. Continúan al Sur, detrás de la pre-cordillera, que toma los nombres de Corbarán, Cortadera y Buitres, los altos valles que riega el río Diamante, con sus dos afluentes que le entran por derecha é izquierda, ríos Barroso y Tordillo, que traen su caudal principal de la gran laguna de aquel nombre. Esta hermosa laguna, la tercera en el mundo por su elevación, se halla en la cima de la cordillera central, al pie austral del promontorio cortado de una elevada serranía que le entrega la licuación de sus nieves eternas.

Esta situación argentina, descuidada como las otras en los Andes, es harto más importante que las anteriores por la amplitud de los campos entre sierras que cruza el Diamante y el inmenso progreso de labranzas que el mismo río fomenta más abajo: San Rafael y todas sus florecientes colonias.

En aquella alta región se ha patentizado de manera bien singular y grave, la inconveniencia de dejar esos sitios fronterizos á la discreción del extranjero vecino, por lo que es bueno recordar aquí el acto arbitrario que se intentó en Chile sobre la laguna del Diamante el año de 1874.

Es extrictamente histórico que en dicha fecha, don Benjamín Vicuña Mackena, siendo intendente de Santiago, vino con una comisión de ingenieros á la laguna del

12°
11°
32°
33°
34°
C. del Mercedario
C. de la Ramadas
Las Cuevas
Carrizal
C. Colorado
Higuerita
Villa Vicencio
C. Negro
V. Aconcagua
Uspallata
C. Pelado
MENDOZA
El Hombre
Las Vacas
S. ROSA
ANDES
S. Ignacio
C. de Plata
El Salto
C. Cacheuta
Tupungato
V. Tupungato
SANTIAGO
SAN BERNARDO
V. S. José
Rio Colorado
Rio Tupungato
Rio del Yeso
C. de los Potrerillos
S. CARLOS
Tunuyan
C. Aspero
C. Negro
Capillo
C. Corbaran
RANCAGUA
Rio Diamante
L. del Diamante
Arroyo de Yaucha
Arroyo de Aguanda
Sierra de los paramillos
Rio de los patos
Valle de los Patos
Rio del Volcan
Lujan
Valle
Corral de Barrancas
Totoral
Yaucha
Rio Tunuyan
ILLAPEL
ACONCAGUA
SANTIAGO
O HIGGINS
CHILE
ARGENTINA
M. Oeste de Buenos Aires

Diamante, con el objeto de proyectar un trabajo por medio del cual se derramasen las aguas de dicha laguna en un cauce, que, atravesando la alti-planicie llamada pampa de los Avestruces, las llevase al río Maypú, dejando, por supuesto, en seco nuestro río Diamante, que como ya he dicho, toma de la misma laguna su caudal y da vida á una de las más espléndidas y ricas secciones de la provincia de Mendoza. El hecho debía consumarse sin que nadie lo advirtiera por nuestra parte, sino cuando se hubiese producido la catástrofe en las sementeras de las colonias y pueblos de ambas costas del Diamante.

No pudo realizarse, sin embargo, porque el nivel aparente de la larga pampa de los Avestruces, que creyeron favorecería la corriente hacia Chile, resultó contrario, y por lo tanto la obra impracticable,

Una loma inmediata á la laguna, después de la cual sigue aquella Pampa hacia el Oeste, fué la primer causa de errar aquellos cálculos, que no por ser *alegres* dejan de merecer el epíteto de criminales ante la ley de las naciones.

Surgió esa idea en Chile en tiempo del sábio geógrafo M. Amadeo Pissis, que hizo la carta de aquel país. Ciertas teorías de geólogos habían avanzado la opinión de que la laguna del Diamante daba parte de sus aguas al Maypo por medio de *hebras subterráneas* (textual).

Y puesto que daba una *parte,* debía arrancársele el todo. . . ! Es el criterio nacional, tratándose de intereses argentinos. Robaron *parte* de nuestra riqueza ganadera, asesinaron é incendiaron *parte* de nuestras poblaciones del Sur, ocupan *parte* de nuestro territorio, y. . . quieren *el todo. . . !*

Pissis negó la posibilidad de aquella trasmisión subterránea, dando la altura de la laguna del Diamante en 3,686 metros, y la de las nacientes del Maypo en 3,709. Pero un señor Carvallo se sostuvo en el primer error, fundándose en las mensuras barométricas que había practicado Leybold en 1871, según las cuales la laguna yacía en 3,330 metros, y las nacientes del Maypo en 3,132, 198 más abajo. Así fué que la expedición mandada á proyectar la exacción de las aguas del país vecino, fué encomendada al caballero Carvallo, como jefe, formando parte de la misma el ingeniero civil don Vicente Sotomayor y don Ramón Guerrero, administrador entónces del Cajón de Maypo.

¿Quién se atrevería á suponer que se hallaban adornados de tan bellos antecedentes los que con tanto fervor y aspavientos gritaron contra el doctor Moreno por la peregrina desviación de las aguas del río Fénix? Quizás... Dios me perdone, si no es aplicable á este caso el refrán de *quien tiene las hechas tiene las sospechas...!* El cambio total de hidrografía que hemos visto efectuarse en la región del Corcovado y Palena, desde los relevamientos de las Comisiones del almirantazgo inglés en esas costas (1834), y el viaje posterior por tierra del capitán Musters (1870), da algo que pensar. Los primeros, que fueron prolijos y exactos en la designación de todos los accidentes y los canales marítimos que allí traspasan la cordillera y se internan en nuestro territorio, no vieron ni consignaron en sus cartas el río Vuta Palena, que hoy aparece desembocando en el Pacífico. El segundo, Musters, que enseguida recorre la costa donde hoy se atraviesa ese río,

que debió pasar indefectiblemente, tampoco le vió, ni habla de él en su itinerario, publicado en Londres. Mientras tanto habla del río Chubut, describiéndole y dibujándole en su libro, como naciendo al pie del cerro Corcovado, con su curso al oriente, y aumentado de varios otros afluentes que bajan de la cordillera. Pero ahora resulta que nuestro río Chubut no nace del Corcovado, sino muchas leguas más al Norte. Luego, si nos fijamos en la circunstancia de que el nombre Chubut, que los indios pronuncian *Chuvug*, y significa Corcovado, y atendiendo al sistema invariable que éstos han tenido de dar á los ríos el nombre de los cerros notables de donde surgen, debe deducirse que el Chubut nacía efectivamente al pie del Corcovado, tal como lo encontró Musters en 1870. Ahora bién: ¿quién ha cambiado después aquel sistema didrográfico. . .? Nuestras fronteras abandonadas nada pueden decir. Tal vez serían hábiles para contestar los que pretendieron la desviación análoga de las aguas del Diamante.

6. Continúan siempre detrás de la pre-cordillera antes nombrada, y de la otra paralela, llamada del Sosneao, los preciosos valles del alto Atuel, donde se guarecen y trafican numerosos especuladores en ganados desaparecidos de la provincia de Mendoza.

Muy inmediato á las nacientes del expresado río, que se forma de varios afluentes descendiendo de la cordillera nevada, se desprende de la misma, girando hacia el SE., la cordillera llamada La Choyca, que es la tercera paralela de las que principian en el gran valle de Mendoza.

El macizo de arranque de dicha cordillera presenta

en sus dos declives una multitud de vetas minerales, entre las que dominan la plata y el cobre; este último metal en gran abundancia.

Cuando conocí este lugar, estaba abierta y en activa explotación, sin ningún conocimiento de las autoridades de Mendoza, una rica mina que regentaba como mayordomo un señor Bobadilla, el mismo que trabajó después en las minas de Lihué-Calel, en la Pampa.

El boquerón abierto en la Choyca ofrecía á la simple vista, en el piso y sus paredes, los filones de cobre nativo puesto de manifiesto por el roce de las carretillas y los capachos. Todas las semanas salían para la inmediata provincia chilena de Curicó, cincuenta ó más mulas cargadas de metal, que retornaban con mercaderías.

Debí dar cuenta de este hecho al gobierno de Mendoza, y éste mandó un comisario á la Choyca para regularizar el procedimiento, imponiendo los derechos de la provincia. Los empresarios chilenos desconocieron la autoridad del comisario, y cuando éste se dispuso á hacerla respetar de hecho, declararon suspendido el trabajo de la mina, y en su presencia reunieron y despidieron á los capataces y peones.

Me han dicho que muy poco después de haberse retirado el comisario, el laboreo de la mina fué restablecido... y probablemente continuará hasta hoy. ¿Puede ser de otro modo?

No se han limitado á la alta falda andina de la Choyca las explotaciones clandestinas de los vecinos de ultracordillera en aquella zona de la provincia. Los campos tapizados de pasto que se extienden al oriente, entre la cordillera de la Choyca y la inmediata paralela de los

Molles, estuvieron ocupados hasta muy poco antes de la campaña del Río Negro y los Andes, por cuantiosos depósitos de haciendas provenientes de los malones al Sur de Buenos Aires, llegando aquella licencia hasta el extremo de mantener allí empleados de Chile, con personal armado, para defenderlas contra invasiones posibles de los indios pehuenches ó pampeanos. Ayudaban á cuidar los ganados los indios del cacique pehuenche Juan Chico, socio industrial de los comerciantes transandinos. La importancia de los depósitos, como el número de interesados que éstos tenían en Chile, influyó para que se mandase á los Molles un *capitán de amigos*, que á la vez revistiese autoridad, con comisión y sueldo de aquel gobierno. El individuo nombrado para este puesto, á quien conocí personalmente, se llamaba Manuel Palacios, y había desempeñado su cometido durante 20 años, hasta 1873.

Precisamente una de las temidas invasiones pampeanas en ese año, fué lo que vino á poner de manifiesto aquel largo abuso.

Quien esto escribe publicó con datos fidedignos en *El Siglo*, fecha 18 de octubre de 1878, cuando se preparaba la expedición al Río Negro, la relación circunstanciada del suceso recogida en Chile.

En efecto: los indios de la pampa acometieron un día á los especuladores ocupantes del campo de los Molles, arreándoles todo el depósito de hacienda vacuna y caballar que encontraron, con lo que tal vez creyeron hacer mérito para *los cien días de perdón* que adjudica el adagio...

En Chile se aseguraba que sólo el número de cabezas

vacunas arrebatadas pasaba de 20,000, y hubo un movimiento de indignación contra la *infame* rapacidad de los *pampinos*, con todas las onomatopeyas del justo y noble enojo de quien se ve despojado de su caudal adquirido *honestamente*. Se escribieron furibundos artículos en los diarios y se proyectaron medidas *rápidas*. Por lo pronto fué acusado el comisario Palacios de haber sido omiso en precaver los efectos de la invasión, y naturalmente fué destituído. Reemplazóle don Galo Osse, con mayor sueldo y orden de situarse más al Sur, entre las cordilleras de Cochi-có. No volvieron á ocupar los Molles. Se probó que el lugar era *mal sano*, según el testimonio patente de los estropeados y patulecos que dejaron los pampas.

Hubo algo más. ¡Oh! La historia de esa vecindad. . . !

Los *honrados propietarios* del ganado escamoteado por los pampas, trataron de organizar una expedición contra éstos, con el fin de *re-robarlo*. (Me parece más propio que decir *recuperarlo*). La expedición debía partir de Linares, compuesta de 300 *rotos* bien armados, y 200 granaderos, dirigido el todo por el jefe de estos últimos.

Sabemos que se tocó con este objeto al Presidente de la República, que lo era entonces don José Joaquín Pérez, quien prohibió terminantemente *se incorporasen á la expedición los granaderos*.

Esto hizo fracasar el proyecto.

Más adelante tendré ocasión de contar lo que pasó con el segundo depósito á cargo de Osse.

6. Una de las más importantes regiones de cordillera, que daría por si sola un grandioso crecimiento á la

provincia de Mendoza, por su despejada extensión, por su incomparable clima, por la multitud de bellísimas situaciones que ofrece para poblaciones, colonias, establecimientos varios, y sobre todo para crianza de toda clase de ganados, es el territorio de faldas que riega el río Grande, desde la Choyca hasta su confluencia con el Barrancas. Encerrado entre la cordillera central y la de la Choyca, que baja diagonalmente al SSE. bordeando al río Tordillo, después el Grande, el valle sigue al Sur, entre la misma cordillera andina y la de Palau-Mahuida, hasta tocar la transversal de Litrán, cuyos faldeos australes llegan al río Barrancas, límite con el territorio del Neuquen. (Se ve que tomo de estos campos de río Grande, sólo la parte propiamente llamada de faldas, poco conocida, y por consiguiente abandonada casi totalmente á la explotación extraña).

No carece de oportunidad y de cierto interés relativo la burlesca tradición que conservan algunos añejos indios de Chile acerca de la sección que voy describiendo, donde suponen hubo en remota antigüedad una población de hombres muy pequeñitos, que perecieron de hambre á causa de su poco aliento; porque aunque la daban de guapos para pelear, eran flojos é inútiles en las sierras, y sólo se mantenían de los productos naturales del campo.

Estas disparatadas concejas entre indios, parece que fuesen una forma pnemotécnica con que fijan en la memoria, ya que no pueden de otro modo, el recuerdo de la topografía y condiciones de ciertos campos, lo mismo que los nombres descriptivos con que los bautizan. La presente tiene también su punta epigramática para los

argentinos, de quienes dicen que «sólo serán *buenos* en los llanos»...

Vino el cuento á propósito del nombre dado al volcán que se alza en la cordillera nevada frente al mineral de la Choyca: el Tinguiririca. Tinguirir-ica significa los enanos.

La historieta dice: que entre las innumerables ondulaciones donde se deslizan hilos de purísimas aguas surtidoras del río Tordillo, hubo un pueblo de enanos que, teniendo muy abundante y bien asegurada su manutención en los productos solanáceos del inmediato valle, con mucha razón llamado Hermoso, no se ocupaba en cosa alguna que no fuese prepararse para la guerra. Vivían sólo sacando metales de la Choyca, como verdaderos mineros; pero esto no era para negocio, sino para fabricar proyectiles de mano, que sabían arrojar con extraordinaria fuerza y destreza. Se encontraban muy felices cuando sacaban el metal más pesado, el oro, porque éste permitía hacer balines más manejables y de mayor poder. El enemigo contra el cual se prevenían, era una gente *ansiosa*, que bajaba de la cordillera pretendiendo apoderarse del inmediato valle. Allí hubo muchas batallas, en las que, si bien los invasores corrieron siempre derrotados, nunca dejaron de llevarse todos sus muertos y heridos para hacerles la autopsia, en interés de los proyectiles. Al fin los invasores cambiaron de táctica, internándose por diferentes boquetes al Sur de Valle Hermoso, donde dieron con infinitos recursos de bienandanza, cabras, chanchos montaraces, guanacos, avestruces y harto suelo para sembrar.

Numerosos y fuertes en poco tiempo los invasores, pensaron en los enanos, no para buscarles riña, sino

para evitar su encuentro. En una noche avanzaron sigilosamente hasta La Choyca, y construyeron un cerco transversal de piedras de pizarra paradas, que aunque no fuese muy alto, según se ve hasta ahora (es un cordón natural de esquistos calcáreos), nunca jamás pudieron franquearlo los enanos, quedando privados de su despensa: el Valle Hermoso.

El cronista indígena no me dió la estatura de los pequeños guerreros, pero de la altura del cerco se deduce que aquella no debía pasar de 30 centímetros.

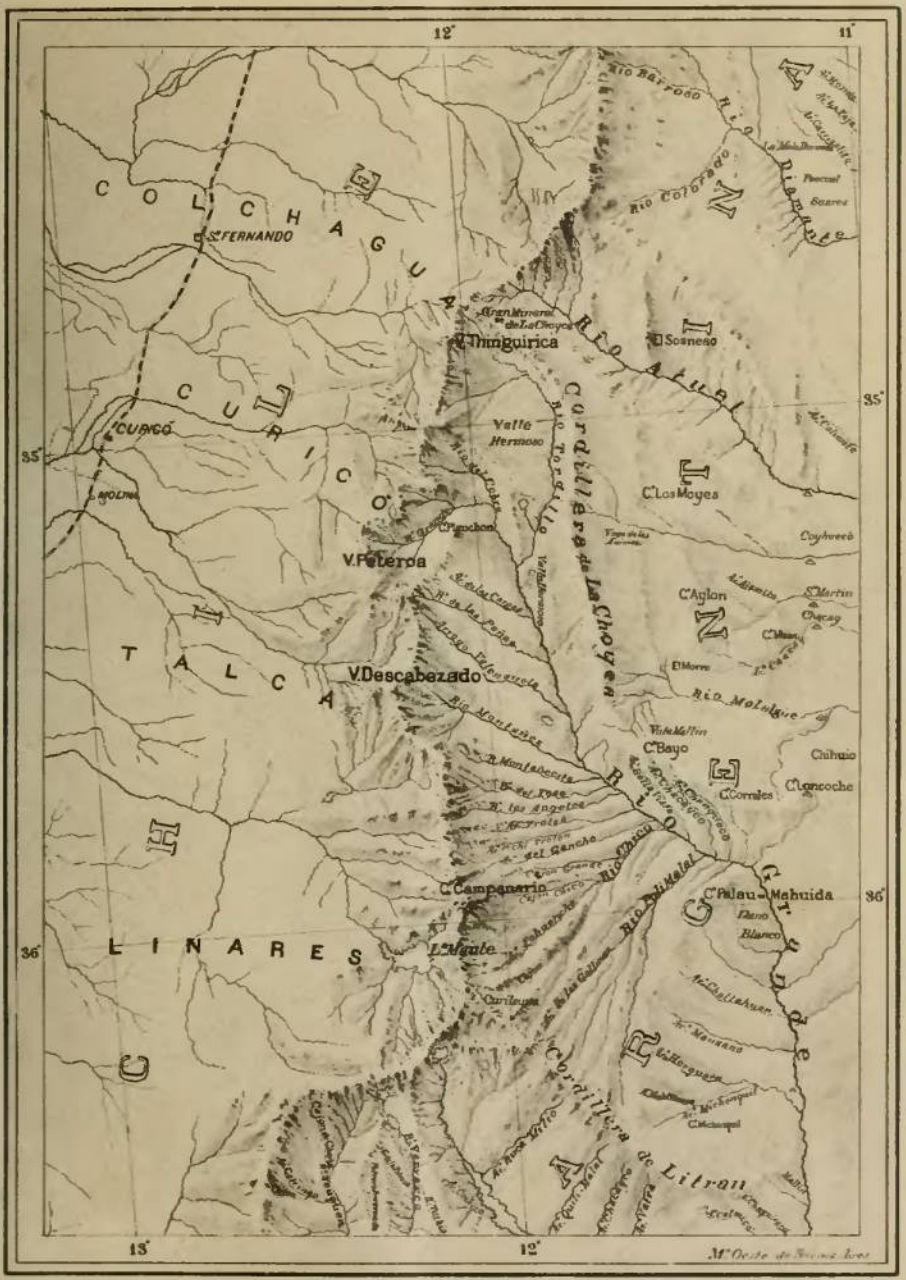
El territorio de faldas de río Grande se extiende á lo largo de la gran cordillera, como se ha dicho, desde la Choyca hasta las nacientes del río Barrancas, en un espacio de 180 kilómetros, correspondiente del lado de Chile con las provincias de Curicó, Talca y Linares. Puede dársele, entre las dos cordilleras que lo encierran, una anchura media de 35 kilómetros.

Basta la descripción del sistema hidrográfico que concurre en ese campo, la que ningun mapa ha consignado completa hasta hoy, para apreciar su importancia en todos los conceptos indicados. Llamará la atención el hecho de que una sección que mide unas 250 leguas de superficie, cuenta para su riego con 44 ríos y arroyos, fuera del Gran Río que la rodea por el oriente, á saber: río Tordillo y río del Cobre, que encierran los valles de Choyca y Hermoso, arroyo de Valle Hermoso, río Grande, arroyo de las Cargas, río de las Peñas, río Valenzuela, río Montáñez, río Montañecito, río del Yeso, río de los Angeles, arroyo Trolón, arroyo del Gancho, arroyo Cajón Grande, arroyo Cajón Chico, arroyo Pehuenche, Cajón del Guanaco, arroyo Mallín Rosao (los

5 últimos forman el río Chico), arroyo Lagunitas, que sale de 3 lagunas; río Poli Malal, que recibe los arroyos Hondo, Cerro Negro, Las Romazas, Bardas, Salinas, Las Gallinas, Ruca Milio, El Molle, Huanqui Milio y Rahue, todos estos últimos naciendo en la cordillera de Litrán; arroyo de La Guanaca y Ranquilcó, que bajan de la cordillera de Palau Mahuida. Después los que desaguan en río Barrancas, bajando las faldas australes de Litrán, Panculeo, Ruca Milio, Quili Malal, Chacay-có y Vatra. Luego los que recibe el río Grande por su izquierda, bajando de la cordillera de la Choyca y Loncoche, Yerba Buena, Infiernillo, Bella Vista, Chacay-có, Chenque-có y Lonco-che.

Los pasos de tráfico por la cordillera que tiene esta sección, son numerosos; á más de los conocidos Santa Elena, El Planchón, Montáñez, El Yeso, Invernada, Tromen, laguna de Maule, Molles, Linares, Saso y Navarrete, están los que corresponden á todos los valles comprendidos en los arroyos, quebradas y cajones que he nombrado desde la Choyca hasta Litrán.

En pocas secciones de la cordillera podría mejor que en ésta aprovecharse la totalidad del terreno para fomentar población ó instalar colonias europeas con todo elemento de vida, con buen clima para todo tiempo y con la comodidad de las altas faldas que en el verano despejan las nieves, nutridas de forraje para los ganados. Esta sería obra expontánea de la actividad mendocina, si la vía férrea, el primer ferrocarril que ha debido construirse en el país, llevase desde Mendoza á lo largo de las faldas andinas, el progreso que allí tiene su camino de prosperidad natural.



12°
11°
COLCHAGUA
S.FERNANDO
CURICÓ
CURICÓ
MOLINA
TALCA
LINARES
V.Thinguirica
Gran Mineral de La Choyca
Rio Barroco
Rio Colorado
Rio Diamante
Rio Atuel
El Sosneao
Valle Hermoso
Rio Torgillo
Cordillera de La Choyca
C.Los Moyes
Coyhueco
V.Peteroa
C.Aylon
S.Martin
Chacay
V.Descabezado
Rio Montañes
Rio Molaguie
C.Bayo
Chihuio
C.Loncoche
C.Corrales
Rio Grande
C.Campanario
C.Palau-Mahuida
Dano Blanco
L.Maule
Cordillera de Litran
35°
36°
13°
12°

CAPÍTULO III

SUMARIO: Valles del río Barrancas. — Cochi-có; el campo seguro que eligieron las autoridades *foráneas*.—El nuevo *stock* ganadero.—Doble malón y escarmiento.—Los guardias nacionales de Mendoza.—Transformación del suelo del Neuquen.—Ablandamiento y nutrición progresivos hacia el Sur.—Observaciones climatológicas.—Irradiación solar al oriente de los Andes.—Diferencia de declives entre el oriente y el occidente de la cordillera. — Fuerza erosiva en el Sur.—128 ríos y arroyos afluentes de solo el alto Neuquen. — Todos son valles con paso de cordillera.—La piedra pesada.—El gran valle de Epú-Lauquen.—Asesinato del capitán Belmonte. — Los señores feudales.—El motin en Epú-Lauquen.—Un famoso sargento. — Camino de carruaje. —Valles bulliciosos del Nahueve.—Batalla de 1814; malón contra los indios—Carbón; región que arde.—Los ingenieros franceses en Pichachen.—Descubrimiento en la cordillera de un paso para ferrocarril sin tunel.—El volcán Domuyo.—Aguas termales. — Temperaturas increibles.—La mujer quemada.—Ascensión al Domuyo. — Supersticiones.—Afición de los animales al agua caliente.—*El five o'clock's tea.* —La cordillera del viento.—Gran descubrimiento de oro en Milla-michi-có. — Historia del descubrimiento: *there is gold.* — Invasión y abandono de la mina. — Arrendamiento obligado. — Palabras de un yankee: *the Linch's law.*

7. Entramos al territorio de Neuquen, sobre las altas faldas que acompañan el río Barrancas, extendiéndose al SSE. en valles sucesivos entre el río y la cordillera del Domuyo.

Comenzando en las primeras caídas de la cordillera central, en la profunda rinconada que forma con ésta el desprendimiento al oriente de la de Litrán, se halla la

sombría y caudalosa laguna de Curi-lauquen, por cuyos faldeos del Sur pasa el camino muy frecuentado de arreos que van á Linares, una de las provincias chilenas que más tráfico han hecho y sostienen hasta hoy, de ganados *baratos* y retorno de mercaderías que surten los numerosos puestos de Barrancas, Domuyo y alto Neuquen.

Ábrese á los 3 ó 4 kilómetros de la laguna un lindo y pastoso campo de veranada entre los arroyos de Curá Milio y los Nevados; siguen las verdes quebradas de Leyva y Trovunco, y se extiende un nuevo pastizal que cruza el arroyo Vuta Mallín. En seguida están los preciosos campos de Cochi-có, Cajón del Medio, Cajón del Domuyo, Vuta Curá, los Corralitos, Vutaco, Huinganco, Chenque Mallin y Poñihué, que con el río Chadileo vierten en el Barrancas. No nombraré los demás al oriente, que son conocidos por hallarse sobre los caminos altos que van de Mendoza á Chos-Malal.

En esta angosta y larga sección, donde los campos de pastoreo se hallan muy defendidos entre el escarpado Barrancas y la prolongada muralla del Domuyo, está, como dejo indicado, el precioso valle de Cochi-có (aguada de las mariposas), especialmente favorecido por serranías de todos lados, que no sólo le deparan una temperatura relativamente igual y libre de cierzos molestos, sino que le dan cierta seguridad estratégica. Por el lado del río Barrancas una pequeña sierra que sigue la costa, le salva de las extraordinarias crecientes, y al mismo tiempo disfruta el ambiente saturado que le manda el hermoso lago de Cari-lauquen, formado en el propio curso del río en una extensión de 17 kilómetros, que corresponde al frente longitudinal del campo.

Esta fué la situación elegida para el comisario Osse, y para el rodeo de ganados que debía restablecer el desgraciado negocio de los Molles.

Cochi-có era la capital de los dominios de Juan Chico, el buen aliado. Pronto hubo allí un regular *stock* de vacas arreadas en varios malones llevados al Sur de Buenos Aires, y también á los puestos de Mendoza y San Luis.

Pero, por más seguridades estratégicas que prestaban á Cochi-có las cordilleras, olvidaron que por donde pasaban los arreos de vacas, también podían pasar los indios y alguien más. . . .

Un buen día estallaron dos acontecimientos casi simultáneos, en circunstancias que los indios de Juan Chico, con el personal de las autoridades intrusas, habían salido de malón al Norte, sobre Mendoza. Una horda numerosa de indios pampas y pehuenches, entreverados con gente chilena del Sur, penetró en Cochi-có, á sabiendas de hallarse desguarnecido, por noticias trasmitidas de Chile mismo; y con una admirable rapidez de acción, barrieron el campo de cuánto cuadrúpedo caminaba, matando también los bípedos hembras y machos que hallaron al paso, y salieron con el mismo apresuramiento, arreando los ganados á punta de lanza. . . Es decir, trataron de salir, pero. . . aquí viene el segundo acontecimiento.

Una gran nube de polvo muy agitado se presenta en la encrucijada del camino que viene del Norte; horrible concierto de mugidos rompe la nube junto con una nueva masa de animales vacunos que vienen arreados en la misma forma y precipitación de los que van. Las dos masas cornudas se estrellan y entreveran con redoblantes

ruídos de palizadas secas. En seguida de los animales chocan las hordas que arrean los respectivos botines. Se acometen furiosos y desesperados enristrando las lanzas que ya chorrean sangre de bestias. Las astas entretejidas blandean y crugen entre gritos salvajes, imprecaciones de despecho, aullidos de dolor; bolas perdidas, gruesos guijarros que pasan silbando y abaten los hombres como fardos pesados; indios trenzados de las crinudas melenas, forcejeando, resollando como fraguas y volteando, entre montones de caballos moribundos que patean al aire; algunos individuos, que se hacen notar por los descomunales guarapones, han huído y van por los cerros escalando pendientes imposibles: las alas de los sombreros batidas por el viento, parecen pájaros que les sostienen por el pelo. Otros se han dispersado por el valle y lanzan alaridos de lejos, anunciando la destrucción de las familias y los ranchos.

De repente, entre aquel cuadro de horroroso salvagismo, como voz omnipotente de la altura, suena un clarín de guerra que toca ¡á la carga! y sobre sus últimas notas un tiroteo de fusilería, avanzando râpidamente, multiplica estruendoso el eco entre los cerros. Los encarnizados combatientes se desaferran y luego tratan de volver á juntarse para defenderse en común. Mas, pronto una carga de caballería aparece y despliega, cayendo sobre todos los grupos á la vez. Los maloneros pretenden resistir un momento; pero aquellos sables brillan por todos lados cayendo como lluvia de rayos.

Son los guardias nacionales de Mendoza encabezados por el bravo comandante Saturnino Torres, que han venido picando la retaguardia de los guardianes de Cochi-có.

Don Galo Osse y su piquete tomaron las alturas en alas de sus sombreros, y no volvió á restablecerse su autoridad, porque al año siguiente fué el avance de nuestro ejército al Río Negro y los Andes.

En el Neuquen comienza á notarse el aumento de vegetación forrajera y blandura del suelo, lo mismo que la suavidad de perfiles en la mayor parte de los cerros, que muestran extensas manchas de pasto en vez de encrespaduras graníticas.

Ya se sabe la progresión generosa con que nuestros campos mejoran en todo sentido á medida que se avanza al Sur; y como quiera que los campos del lado argentino son los mejores del continente en todas latitudes, por razones de formación geológica y climatérica muy experimentadas, es notable la prodigalidad creciente de la naturaleza en embellecer nuestro suelo en proporción que adelanta en latitudes australes.

Apenas el viajero, bajando del Norte, ha trasmontado la cordillera de Litrán y pasado el río Barrancas, no ve ya las asperezas de suelo que alternan en los valles mendocinos, observa la vegetación más purificada y, con no poca extrañeza, los animales pastando sobre los cerros.

Y pasando del territorio del Neuquen al del Río Negro, al de Chubut, al de Santa Cruz, á Gallegos y Tierra del Fuego, los campos ganan progresivamente siempre, no sólo en sus cualidades propias de primeras pendientes, donde las corrientes de agua son numerosas, sino en la extensión cada vez mayor sobre que se irradian hacia los llanos los nutridos y durables pastizales. Ya se explica el incremento prodi-

gioso de la industria ganadera en las regiones del Sur, y la preferencia que están mereciendo los campos siempre más australes.

He de hacer notar que el ablandamiento y la mayor fuerza vegetativa de la tierra, se ve en la región orográfica que más se acerca al cordón central andino, y este mismo es, por lo general, el más blando y feraz en sus pendientes orientales.

Algunas personas encontrarán extraña ó increíble esta afirmación sobre la orografía del Sur: decir que allí las cercanías del coloso andino son las más deleznables, cuando la idea que se tiene de cordilleras es la mayor solidez y endurecimiento de las masas formidables que hacen la base del gigante. Pero es un hecho innegable que comienza á patentizarse en las cordilleras del Neuquen, donde el suelo se desmenuza y fertiliza á medida que gana en alturas al occidente, mientras que los cordones orográficos, más distantes al oriente, se muestran más duros y áridos, y aun conservan superficies erizadas de rocas graníticas, como se ve en la parte oriental de la cordillera de Litrán, Pun-Mahuida, Campana-Mahuida, Huaydof, etc. En las alturas rige para esto la misma ley que en el alejamiento al Sur.

Esta ley, como se comprende, es fundamentalmente climatérica, en cuanto á la acción poderosa y constante de las causas atmosféricas que ya se hace sentir muy vigorosa en aquella zona, y aumenta naturalmente en las alturas ó descendiendo al Sur.

La diferencia entre las temperaturas extremas es notable en las regiones australes andinas, á causa de la muy fuerte irradiación solar que allí se experimenta, lo

mismo en verano que en invierno, contrastando con las bajas temperaturas propias de la latitud y alturas.

En Lonco-che, por ejemplo, hemos experimentado el día 16 de julio de 1881, + 20 grados de temperatura máxima á la sombra, y — 7 grados de mínima, y el 20 de noviembre del mismo año, en Chos-Malal, 37 grados de máxima y + 5 grados mínima, lo que da el enorme contraste de 32 grados, casi equivalente á 50 grados á la intemperie.

Diré, para afirmar mejor los datos, que estas observaciones climatológicas fueron llevadas completas, durante 15 meses, año 81 y 82, con puntual exactitud y lealtad por el entonces oficial auxiliar de la Comisión científica en los Andes, don J. Benito de Surra y continuadas después, en la misma forma satisfactoria, durante los años 84 á 87, por don Manuel J. Olascoaga (hijo). Se convendrá en que estos cuadros altimétricos en tales condiciones, permiten muchas apreciaciones exactas sobre la topografía que estudiamos.

Decía, pues, que la considerable potencia atmosférica de aquellas regiones ha modificado la estructura orográfica, actuando incontrastable sobre las rocas más duras, sobre los cerros y toda parte escabrosa del suelo. Los hielos y deshielos han desmontado las masas superiores, rellenando cavidades, estirando y suavizando los desniveles. ¡Obra de siglos, realizada para nosotros! Por eso es que todos los declives andinos de nuestro lado se extienden sobre campos útiles y suaves, á distancias de 3 y 4 días de camino, hasta llegar á la cumbre anticlinal andina, y de allí las pendientes para el lado de Chile se vuelven ásperas, accidentadas y verti-

ginosas, salvándose comunmente en horas la distancia hasta los planes de los pueblos.

Esa misma obra de erosión por la potencia climatérica, es la que ha roto la cordillera en la zona patagónica, internando canales marítimos del océano Pacífico, que, no debe dudarse, concluirán en día no muy remoto, por ser canales inter-océanicos como el de Magallanes.

Las faldas australes andinas, como los demás territorios de esa gran zona, ofrecen un mundo de consideraciones para el presente y el porvenir. Quien haya conocido ese vasto país y podido apreciarlo en su historia geológica, en sus antecedentes étnicos, en las preciosidades de su topografía, su clima y sus riquezas naturales, y en sus relaciones de situación, no podrá menos de exclamar con el ardor del entusiasmo que despierta una de esas visiones claras, inconfundibles que afectan los más grandes intereses de la patria. ¿Cómo puede permanecer abandonada de la civilización argentina esta importantísima región? ¿Cómo es que no se ha divisado la opulencia y poderío que traería al país el fomento activo de la población en estos espléndidos campos? ¿Cómo no se ven los perjuicios y peligros de semejante abandono?

Continúo en mi descripción de los faldeos del Neuquen.

El campo comprendido detrás de la cordillera del Domuyo, entre ésta y la central, tomando sólo la faja de 10 leguas de ancho entre cordillera y cordillera, por 25 de largo desde las primeras nacientes del río Neuquen hasta el punto en que dicho río vuelve al oriente para correr unas 14 leguas casi recto en esa dirección hasta pasar frente á Chos-Malal, contiene tan admirable

ramificación de ríos, valles y situaciones interesantes, que vale la pena de su descripción detallada.

Allí bajan en sentido longitudinal tres grandes ríos, confluentes entre sí, el Neuquen, el Varvarco y el Nahueve, y 128 ríos menores y arroyos que les caen lateralmente de una y otra cordillera, cuyos nombres, que son los mismos de los valles, quiero recordar, para que estos datos se verifiquen en cualquier tiempo.

Comenzando del Norte, al pie de la gran cordillera, es decir, en las primeras aguas que forman el Neuquen, bajando sobre la alfombra de pasto que jamás se interrumpe en toda la prolongación de faldeos al Sur, las cristalinas corrientes que se suceden de cerca y casi paralelas como hermosísima flecadura de diamantes adornando la base del coloso nevado, son las siguientes: los Chenques, los Nevados, los Caballos, Cajón de Urrutia, Cajón del Macho, Cajón del Pehuenche, Cajón de Chaña. El valle de este nombre goza de uno de los mejores pasos de la cordillera, que corresponde en Chile á la provincia de Linares.

Diré una vez por todas, que cada una de las situaciones que nombro en estos faldeos, tiene su paso de cordillera para afuera. (Los chilenos que llegan á estos valles llaman *afuera* á Chile, y *pa-entro* á la Argentina.

La parte de la costa derecha del Neuquen donde se vierten los 4 primeros arroyos que he nombrado, forman un cajón especial llamado de los Chenques, esto es: antiguos enterratorios de los indios; y en la desembocadura del 5º (los Machos), se encuentran unas termas balnearias de prodigiosas propiedades curativas. El Cajón de Chaña encierra un dilatado y socorrido valle, y

recibe por el Sur el arroyo Matancilla. Siguen los arroyos Méndez, Catrinao, Cajón Chico y Chorrillos.

Una cordillera se atraviesa que va á morir á la costa del río principal, donde se levanta el cerro Frutillar. Pasada esta cordillera, vuelven á desarrollarse los valles, siempre aumentando en fertilidad y extensión. Alimenta aquella serranía, cerca de su arranque de la central, una linda laguna, madre del arroyo que riega el valle del Rezago, amplio campo pastoso y abrigado que da igual nombre á la laguna, al arroyo, á la cordillera y al paso de la misma por donde todos los años recibe Chile (provincias de Linares y Ñuble), tropas de ganado en pastoreo. Rezago se entiende allí *campo reservado* para el indicado objeto.

Siguen los arroyos y valles llamados Piuquenes, Molina, los Pacos y Roblecillos, todos afluentes del río Pichi-Neuquen, que en la mayor parte de su curso corre de SO. á NE., naciendo en una profunda laguna que tiene la particularidad de hallarse dentro de un verdadero cajón encuadrado por 4 cordilleras (una de ellas la central), dejando sólo la abertura indispensable para que pase el río. Es curioso el abrigo que se dice mantiene todo el año, á pesar de hallarse en las más elevadas vertientes; se dice que allí vive gente, avestruces, guanacos y otros animales que no tienen necesidad de emigrar en los inviernos más crudos. El expresado cajón es relativamente chico; su lado mayor no mide más de 7 kilómetros.

Continúa el gran campo que atraviesan los arroyos Llaullaos y el río Curá-Milio. Este río corre de O. á E., unos 16 kilómetros dentro de un cajón de cordilleras

que muestran yacimientos argentíferos en forma de galenas, en las que domina con exceso el plomo, según fragmentos que he visto.

En el vado más frecuentado de dicho río, cerca de su desembocadura en el Neuquen, se veía antes una piedra suelta, cuyas dimensiones no pasaban mucho de un pie cúbico; pero era tan pesada, que desesperaba á los más fornidos mocetones que pretendían levantarla. Su aspecto exterior era el de una piedra común, redondeada por el frotamiento secular de las aguas. Hoy no se ve ya: la habrán arrastrado las avenidas torrenciales que en algunos años hacen muy temible ese río. El vado es siempre conocido por el nombre dado en la lengua de los que en aquellas comarcas hoy reemplazan á los indios: la piedra *pesáa*.

Al Sur de Curá-Milio se despliega una vasta campiña que lleva el apropiado nombre de Vuta Lelvun (gran llano). Después atraviesa al arroyo Ranquileo, y en seguida la larga cordillera de Lumavia, cerrando el expresado campo. Al aproximarse al río esta cordillera, tuerce al SSE., acompañándole en un espacio de 12 kilómetros; desviada después al Sur, llega hasta la costa izquierda del río Nahueve. En el abra que queda entre la sierra, el Neuquen y el Nahueve, se tienden excelentes terrenos regados por los arroyos Puntilla y Camalón; éstos bajan de la misma sierra y desaguan en el primer río.

Uno de los más caudalosos afluentes del Neuquen es el Nahueve, y no hay campos más feraces que los que recorre. La cuna del Nahueve es un paisaje delicioso, casi sin rival en las cordilleras. Nace al pie del cordón

central divisorio con Chile, en un valle perfectamente llano y despejado, que mide unos 5 kilómetros de ancho por 14 de extensión, tan nutrido de pasto que parece un potrero sembrado; á la entrada se ve un hermoso lago, que medirá 4,500 metros de largo por 3,000 de ancho, con no menos de 60 metros de profundidad, y en el fondo otro de poco menos extensión y más profundo; ambos contienen peces. El lago del fondo recibe sus aguas directamente de la cordillera nevada por medio de dos ó tres cascadas que le caen de otras lagunas más altas, y las trasmite al lago de la puerta por arroyos que van derramándose en el campo. A éstos se agrega el arroyo Pincheyra, que baja torrentoso de la colina Norte ó izquierda del valle. El lago exterior recibe estas aguas y da nacimiento, por el opuesto costado, al río Nahueve.

Las dos colinas paralelas, que se encajonan en el campo, están cubiertas de gigantescas arboledas, donde dominan robles y pinos.

Todo es pintoresco y agradable en aquel despejado valle: el suelo verde que surcan los arroyos sin ahondarle, las arboledas en los cerros, el aire perfumado y los fantásticos recortes de la cordillera nevada, son reproducidos en el fondo sombrío del lago inmediato.

Sólo un signo lúgubre y de odiosa recordación local se levanta en la alta falda de la colina izquierda: una gran cruz que marca el sitio donde fué traidoramente asesinado por gentes de Chile, en 1883, el capitán Belmonte, dejado allí como comisario por el general Uriburu en la campaña de los Andes.

El rico valle estaba lleno de puesteros pastores de aquel país, y entre ellos el establecimiento de un acau-

dalado vecino de Chillán, con amplios edificios, potreros cercados de madera labrada y puertas que cerraban y abrian los caminos. Están todavía visibles los restos de todo, como también se ven las enseñas características del bárbaro absolutismo feudal, transportado á la tierra de los libres: varios instrumentos de tortura, cepos, argollas y postes de castigar.

El establecimiento fué desalojado cuando entró la 4ª división de nuestro ejército en las cordilleras, y su dueno, don Enrique Price, volvió á Inglaterra con su familia á disfrutar de la fortuna que amasaron muchas lágrimas y desolaciones en nuestros pueblos fronterizos de la Pampa.

Los dignos satélites del *amo*, que en el campo argentino administraba justicia chilena y se enriquecía con los malones, esos satélites, digo, que allí quedaron, y que la división debió barrer como á los indios, por más que descargasen su responsabilidad en sus patrones, invitaron una noche al capitán Belmonte, con la zalamería ingénita que á muchos engaña, á una inocente reunión de cumpleaños ó cosa parecida; y estando en ella, mientras unos le saludaban por el frente con extremo cariño, otros, de atrás, le deshacían el cráneo de un barretazo, cebándose todos en seguida en el cadáver como jauría de lobos hambrientos.

Este notable valle, ya muy conocido con el nombre de Epu-Lauquen (dos lagos), se halla situado en los 36°, 48′ 49″ de latitud austral, frente al E. del Nevado de Chillán y á unas 25 leguas al NO. de Chos-Malal.

De allí, por una carretera abierta expresamente, se acarrearon las maderas para los edificios públicos y

particulares de dicho pueblo, decretado capital del Neuquen, cuya fundación tuve el honor de iniciar y presidir como gobernador del territorio (año de 1887).

El bosque ha seguido sirviendo, sin que se note el menor agotamiento hasta hoy, al gran progreso de edificación que Chos-Malal ha realizado.

Desde la instalación de aquella repartición administrativa se colocó en Epu-Lauquen un alcalde, que si bien consentía en el valle y quebradas adyacentes los numerosos puestos de ganado mayor y menor que venían á ocupar los chilenos, vigilaba las extracciones de ganado robado, muy frecuentes por aquel camino, y, sobre todo, el orden y conducta entre los pobladores.

No puedo menos de recordar aquí un típico episodio acaecido 3 ó 4 años después de la fecha á que me refiero.

En 1889 ó 90, el valle de Epu-Lauquen estaba adjudicado en arriendo por el Gobierno Nacional á un caballero de Buenos Aires, quien, necesitando ocuparlo en el pastoreo de un ganado que debía remitir á Chile, y sabiendo que le estaban talando multitud de intrusos en la forma antes indicada, solicitó el amparo de la gobernación para hacerlos desalojar. En esta virtud, la gobernación impartió sus órdenes al alcalde; éste las cumplió, insinuando, con arreglo á sus instrucciones, que los ganados se retirasen á otros valles inmediatos desocupados.

Por el momento la orden fué acatada sin réplica. Pero dos horas más tarde, habiéndose reunido en el bosque 30 ó 40 de aquellos pobladores para deliberar, con abundante aguardiente, resolvieron sublevarse y vinieron

sobre el alcalde dando gritos contra el gobierno y vivando á Chile, «único dueño de todas las tierras». El alcalde, sin fuerzas contra el inesperado motín, montó á caballo y salvó en horas las 25 leguas á Chos-Malal, donde se presentó dando cuenta.

Como el reducido personal de policía en aquellos tiempos no permitía distraer un solo hombre del servicio normal indispensable, me ví en la necesidad de mandar un rápido expreso á Ñorquin, pidiendo al jefe de la guarnición de línea en dicho punto el envío inmediato de un buen sargento con cuatro soldados. No tardó en presentárseme este militar, listo con su gente, para marchar.

Era uno de esos sargentos de nuestro ejército que parecen pequeños Napoleones, por la voluntad, la energía y la chispeante viveza que tienen para entender las órdenes y ejecutarlas. Se le agregaron dos agentes de la policía y marchó sin perder instantes.

Cinco días después, el campo de Epu-Lauquen quedaba desalojado, y los ganados arreados á otros valles vacíos, en lo que el activo sargento había empleado la mitad de su efectivo, esto es, tres hombres, y se me presentaba en Chos-Malal con los treinta y tantos cabecillas del motín, arreándolos de manera bastante contundente y con una ubicuidad de acción que parecía estar á la vez en la cabeza y la cola de la larga fila de conjurados.

Cuando dejó encerrado todo en la policía, se me presentó todavía á pedirme disculpa por no haber *arreado* también á una mujer que había gritado *improperios* contra el gobernador. «No la había tocado ni detenido por la vergüenza de hacerlo con una mujer».

Confieso que le felicité de nuevo y le tendí mi mano agradecida.

El paso de la cordillera por Epu-Lauquen es uno de los más cortos, amplios y blandos. Se franquea desde el valle, en horas, á pequeña marcha, hasta el pueblito de El Roble, en Chile. De la parte argentina puede hoy mismo subirse hasta la cima divisoria en cualquier clase de carruaje; y en la parte de Chile que, como es regla invariable de todas las faldas occidentales, el descenso es muy parado y anguloso, á más de las tupidas arboledas que en toda la zona austral cubren las pendientes chilenas hasta llegar á los pueblos, bastarían 50 picos y palas en pocos días de trabajo para allanar toda dificultad al mismo vehículo.

En los últimos tiempos de mi administración en el Neuquen, propuse particularmente este trabajo fácil al gobernador de Chillán. Este caballero hizo una exploración personal hasta Epu-Lauquen, y me manifestó después que estaba á punto de ser autorizado por la superioridad para realizar la obra.

No conozco las dificultades que para ello se presentarían posteriormente.

Este paso fué el que más frecuentaron los célebres Pincheyras durante 14 años (desde 1818 hasta 1832), viviendo en nuestras cordilleras é invadiendo por un lado á Chile y por el otro saqueando las estancias de Mendoza y San Luis. La cordillera divisoria, en el paso de Epu-Lauquen, conserva todavía el nombre de « Filo de los Pincheyras ».

Al Sur de Epu-Lauquen, entre la gran cordillera y el río Nahueve, que baja diagonalmente á encontrar el

Neuquen, siguen varios otros valles que en nada desmerecen del anterior por su rico suelo y hasta por las pintorescas olladas lacustres que dan nacimiento á los arroyos regadores. Sobre la primera altiplanicie que domina á la derecha del lago de la puerta de Epu-Lauquen, está la hermosa laguna de Huaca-Lauquen, rodeada de nutridora vegetación, de donde baja el arroyo del mismo nombre, buscando el Nahueve por entre terrenos no menos socorridos. Sigue siempre sobre las alturas, orlado de alegres arboledas, el lago de los Pajaritos, que también derrama su arroyo; después la vertiente del arroyo de los Chirrios, y luego el lago de El Trey (bullicioso), de donde desciende el río Vuraleuvu, el cual recibe los arroyos Azul y Cajón Nuevo. Sucédense Las Bandurrias, El Pino, Las Islas, el río de las Águilas, cuya ribera derecha en todo su curso es un pastizal sin interrupción. Continúan los arroyos Huaraco (agua que da voces), y Trovunco (agua que hace estruendo).

Como se ve, toda esta nomenclatura es bulliciosa.

La totalidad de las corrientes nombradas entran al Nahueve por su derecha. Todas son aguas que han reposado, clarificándose en las alturas para caer con estrépito á los valles. Las que sirven al río por la izquierda, son: Lumavia, Quilen, Coyam-nielo que, como su nombre lo dice, atraviesa un espeso bosque de robles (coyam); sigue después el monte de Las Ovejas. Este es nombre de un arroyo y del campo poblado de arbustos donde hubo numerosas majadas.

Poco al oriente de este campo, que fué siempre núcleo importante de crianzas de ganado menor, mantenidas por los indios criollos en la vasta rinconada que forma

la sierra de Lumavia con el Nahueve, se encuentra la lomada de Cayú-Luan, donde dichos indios ubican el teatro de una sangrienta batalla que sostuvieron, y que, según las referencias que hacen á otros sucesos conocidos, debe haber tenido lugar por el año de 1814. En lo que no muestran confusión sus recuerdos es en aseverar que la refriega fué con una columna muy numerosa y bien armada, de *comerciantes* que vinieron *del otro lado.*

Habiéndoles observado que aquellos serían *conas* (soldados):

— Sí, conas eran, contestan; pero eran comerciantes, porque se llevaron hasta la última oveja.

Y como esto coincide con las continuas expediciones á territorio argentino que hicieron los patriotas chilenos desde el año 10 en adelante, después de dado el grito de independencia, á fin de acopiar ganados para mantener las fuerzas que se reunían, siendo notorio que para ello se aprovecharon del desguarnecimiento de fronteras que nuestro gobierno se vió obligado á hacer, resulta que cuando el pueblo argentino preparaba con enormes sacrificios las legiones que debían ir con San Martín á afianzar la libertad de Chile, fuerzas chilenas invadían nuestro territorio para arrebatar ganados. Mendoza y las estancias del Sur de Buenos Aires registran la crónica espantosa de esos tiempos llamados *de heroismo...!*

Más al Sur se atraviesa hasta la mitad del ancho de la lonja que voy describiendo, la cordillera de Tregua Mallín (pasto de perro), que á dicha altura tuerce y sigue aquel rumbo hasta encontrar la de Moncol, también transversal, las que, con la gran central por base al occidente, forman un espacioso paralelógramo, dentro del

cual se extiende el espléndido campo llamado potreros de Vuta-Mallin (gran pastizal). Riega profusamente este campo el río Liu-Leuvú, que después abre puerta en la sierra longitudinal y sale al valle principal del Neuquen, vertiendo en este río el resto de sus aguas. En la perforación que el Liu-Leuvú hace de la referida cordillera, descubre mantos de carbón de piedra. Este combustible se denuncia luego expontáneamente en la superficie ribereña bajo la forma de un largo espacio de suelo negro, llamado campo de la quemazón, del que se ocupó detalladamente el año 83, en interesantes correspondencias, nuestro compañero de armas, coronel Daza.

De la falda austral de la citada cordillera de Moncol, nace el río Arin-Leuvú, estrechado por otra serranía que le sigue á su derecha y lleva el mismo nombre.

El manto carbonífero, que según explicaré más adelante, viene de muy lejos cimentando todas las pre-cordilleras, vuelve á manifestarse poderoso en la de Arin-Leuvú, notándose indicios muy expresivos en las nacientes del río y en la terminación de la misma cordillera, donde se ve un macizo casi aislado, nombrado Pillán-Curá (piedrá de Pillán). Pillán es dios del fuego.

Una tradición indígena dice que esa piedra ardía en ciertas noches de verano.

Los nombres indios en toda esa comarca presentan todo ardiendo. Arin-Leuvu, por ejemplo, quiere decir, río que arde; es de sospechar que alguna vez habrá flotado en sus aguas alguna vertiente de nafta ó petróleo.

Detrás de dicha cordillera se abre otro campo con buenos pastos, regado por los arroyos Quebrada de

Gómez, los Tocinos, Piuquenes, Timones, Pichachen, Membrillo-có y Ñerecó, todos formando el río Ringuileuvu.

Siguen dos hermosas estaciones de pastoreo y especial abrigo: la laguna del Mallin y el potrero de Picunleo; los arroyos que en esa parte corren, son: Vutalón, Ranquil-có, Picunleo, Hiunca Rupo y Pilun Challa, los que, desde Ringuileuvu incluso, afluyen por el lado Norte al río Trocomán.

En la última sección de faldeos que acabamos de recorrer desde Arin Leuvu, se hallan los tres pasos de cordillera, que pueden llamarse carreteros: Pichachen, Antuco y Huinca Rupo (camino cristiano). Ya han sido franqueados varias veces por verdaderos carros, y lo son casi siempre por unas carretas bajas que de Chile traen familias y se denominan *chanchas*.

En el punto de la cordillera central donde se desprende la de Arin Leuvu, hay una abra notable, estudiada por la comitiva de ingenieros franceses que proyectó el último y más perfecto trazado del ferrocarril interoceánico, conocido por concesión de Bustamante.

El sabio jefe de dichos ingenieros, Mr. Barbet, había practicado, por vía de exploración, un principio de túnel en el inmediato cordón central de Pichachen, cuyo trabajo, bastante internado al eje del cerro, le dió la convicción de que la perforación sería insostenible sin un revestimiento de gran costo, á causa de la naturaleza demasiado blanda y deleznable de la formación; y creyendo que aquella sería la regla en toda la zona pertinente, dedicó sus exploraciones al objeto de descubrir una abra que permitiese pasar la línea sin túnel. Esto

fué lo que encontró en el punto á que me he referido: el abra que aparece en el desprendimiento transversal de la cordillera de Arin Leuvu, de donde sale el arroyo de los Tocinos al valle del mismo nombre.

Por aquella abertura pasaría indudablemente la locomotora al aire libre; la salida al O. cae al lago Laja, justamente en frente de la falda Norte del volcán Antuco, por donde continúa el camino, ahorrándose 50 kilómetros de vía, para rodear el lago si éste se pasase directamente por un puente. Mr. Barbet hizo sondajes y encontró perfectamente práctico el puente, á condición de rebajar en cierta cantidad de metros el nivel de las aguas del lago, lo que era fácil ejecutar en el dique artificial de escorias, que impide el desagüe suficiente al río Laja.

Quedan por mencionar, en la sección que voy describiendo, los arroyos y valles que se forman á la izquierda del alto Neuquen y á ambos lados del Varvarco, hasta que estos dos ríos se juntan.

Entre estos dos ríos se interpone la cordillera de Vavarco, que vierte al primero los arroyos Cajón de Méndez, Los Padres, Barros Negros, La Greda, Vuta Pailao, La Leche, Yeguas y Flores, y al segundo los arroyos de Méndez, La Pólvora, Los Millaqueos, Mallin Alto, Antu Mallin, Colorado, la Pata Encajáa y los tres esteros de Pichi Ñire.

Esta cordillera, que tantas aguas derrama, se abre al N. en dos ramales y vuelve á unirse antes de la junta de los ríos. La abertura occidental deja en su centro un abrigado campo de 500 hectáreas, que se llama potrero de la Invernada, aprovechado como tal para pastoreo de ganados en invierno, lo que da una idea de la es-

pecialidad de aquellos campos, que á pesar de estar tan altos, la topografía les favorece de tal modo, que pueden ser utilizados hasta en la estación más cruda del año. Así también se comprenderá cómo es que muchos de ellos no son conocidos por nosotros.

Por más que alguno de nuestros exploradores recorra uno y otro lado de la alta cordillera, casi siempre nevada, nunca sospechará que en su centro pueda haber un extenso campo para vivir en invierno.

Tres ó cuatro minutos al N. de la latitud en que nace el río Neuquen, deriva de la misma cordillera central el río Varvarco, tomando desde luego un caudal apreciable del lago del mismo nombre que llenan los arroyos Aguilera, Cajón de Benítez, Narvaico y Barra Choroy. Unas 30 cuadras más al Sur, habiendo recibido por su izquierda el arroyo de La Enfermería, vuelven á extenderse sus aguas en otra laguna, rodeada como la anterior, de terrenos muy pastosos. A la izquierda de esta segunda laguna se dilata el campo llamado de La Crianza, cruzado por el arroyo del mismo nombre que desagua en la misma. Siguen aumentando el río por el dicho costado las corrientes llamadas Chacay-có y potrero de Fuentes, que forman el río Turbio. Este río nace en el gran macizo volcánico del Domuyo, y sus aguas son blancas lechosas; se dice que los terrenos que ellas riegan reciben una fuerza especial de nutrición.

Continúa al Sur una sucesión de valles selectos que se nombran por los ríos y arroyos entre los cuales se encuentran, á saber: La Puntilla, Ailinco, Manchana Covunco, Olletas, Cajón del Yeso, Agua Caliente, Los Tachos, Atreuco, Corral Chenque, Las Matancillas, Las

Ramadillas, El Auque, Los Chayes y la Invernadita. Hasta aquí las corrientes que desaguan en el río Varvarco, haciéndolo el mismo río en el Neuquen.

Se habrá notado que la mayor parte de los nombres citados indican aguas calientes, incluso el mismo nombre del río; Varvarco significa agua que se levanta en ebulición. En efecto, todas las aguas que vierten del flanco occidental del Domuyo, marcan una temperatura muy elevada.

El Domuyo es una especie de maravilla en nuestras cordilleras; merece la visita de toda especie de touristas. Impone este lugar la idea de un inmenso caldero siempre rebosante de agua elevada á una presión por el calórico verdaderamente inconcebible, porque no se verían en la dinámica industrial del vapor, presiones como esa antes de que hubiesen hecho estallido mil veces, ni podrían construirse calderos para contenerla.

No me arredra hacer estas afirmaciones estupendas, porque lo que voy á referir del Domuyo lo hemos presenciado 16 ó 18 oficiales y un centenar de individuos de tropa, todos vivos hoy.

A más de los arroyos de agua caliente y pozos donde este líquido se halla en perfecta ebullición, y donde hemos cocido carne y tomado mate, café, etc. (lo que ya se ha visto en otras partes), presenciamos en otros puntos de las faldas del cerro, erupciones permanentes de vapor, que salían verticalmente de la tierra, con un zumbido aterrador, por orificios que no median más de 5 hasta 15 centímetros de diámetro, levantándose la columna blanca visible á 2 y 3 metros de altura. Lo más asombroso era la elevación de temperatura de aquellos va-

pores, que en todo el radio que alcanzaba nuestra vista no mostraban el menor indicio de descenso por condensación; y era tal la fuerza impulsiva de su proyección vertical, que podíamos acercarnos sin sentir chispas ni aún calor, hasta tocar los bordes de los orificios con las espadas. Estas se calentaban inmediatamente hasta la empuñadura, y algunas veces se adherían solidamente á la punta, como soldaduras, pequeños pedazos de escorias ó de un metal ferruginoso que allí había en estado de fusión, el que una vez enfriado daba trabajo para separarlo. No teníamos, por supesto, instrumentos con que apreciar aquella enorme temperatura; nuestros termómetros especiales de alta gradación habían reventado al primer contacto. Pero puede suponerse por el estado de fusión de aquellas materias metálicas que se incorporaban al acero templado de las espadas, que el calor en los expresados orificios era de 1,000° arriba. Llegamos á sospechar que si hubiéramos detenido un instante la punta de una espada en la corriente de vapor, se habría fundido, lo que importaría una temperatura de 1,400°.

Si se atiende al volúmen de agua que en corrientes permanentes arroja el Domuyo de sus entrañas, como se ve por los ríos y arroyos que he nombrado de su falda occidental y los que antes enumeré al E. por el lado de Cochi-có, á más de las que, entre abundantes vertientes sulfihídricas, derrama por el S. para formar el río Curí-leuvu, puede suponerse que allí hay un mar interior y una tremenda, inconcebible fragua que tiene en alta presión toda esa inmensidad líquida.

No faltará alguien á quien ocurra la idea del cataclis-

mo que habría en la región del Domuyo si un día, por una causa geológica ó por extraordinaria cubierta de nieves gruesas, se cerrasen todas las válvulas que tiene en los arroyos y demás respiraderos.

Pero esto ya no es posible: el suelo del Domuyo está todo reblandecido y permeable, como se ve en casi toda la orografía del S. En muchos espacios el suelo es caliente y esponjoso. La capa de 15 á 20 metros de nieve que allí debe caer todos los años se licuará é insumirá inmediatamente, y en muchas partes esa liquefacción será instantánea.

El macizo central del Domuyo abarcará unas 5 leguas de circunferencia en su base, y su altura, marcada por tres conos casi iguales, alineados de E. á O., fué apreciada, con procedimientos angulares, en 3,819 metros sobre el nivel del mar. Su situación geográfica se halla en 36°, 31′, 40″ de latitud y 12°, 13′, 04″ de longitud, al E. de Buenos Aires.

Los que visitamos este volcán en febrero de 1882, hicimos dos ascensiones hasta su cúspide: la primera por el lado O., que nos dió el espectáculo más hermoso y sorprendente. A la simple vista se dominaba toda la ramificación de la cordillera, con sus ríos, valles y lagos del oriente y todas las principales alturas en un radio de 35 leguas. Al S. se veían claramente detallados los volcanes Antuco, Lonquimay, Yayma, Villa Rica, Quetrupillán, etc.; al N. se distinguía hasta el Tupungato y todas las serranías próximas al alto río Mendoza. Pero los dos conos del E. nos cerraban totalmente el horizonte de ese lado. Fué la causa por que emprendimos al día siguiente la segunda ascensión por el oriente: era impo-

sible conformarse con no darnos en análogas condiciones el espectáculo de la Pampa.

De la cima del cono oriental se nos presentó despejado el majestuoso territorio que saludamos todavía desierto, pero ya libre de las hordas sanguinarias y ladronas que lo habían frecuentado. Veíanse desde allí patentes los cerros Diamante, El Nevado, el Payen, Pun-Mahuida, Auca-Mahuida y hasta las pequeñas sierras de Pichi-Mahuida, sobre la costa del río Colorado.

Nadie había subido hasta entonces al Domuyo, no porque ofrezca invencibles dificultades su ascensión, sino por una arraigada preocupación, un temor supersticioso de los indios y demás habitantes chilenos en los valles contiguos, respecto á la malignidad del cerro con los que se atreven á escalarlo, siquiera sea hasta media falda. El mismo nombre es fatídico: se refiere á una lúgubre historia de mujer cautiva de cierta horda que atravesaba el camino de Cochi-có. Pensando escapar á la violencia de sus opresores, se lanzó una noche á las pendientes del cerro. Los que la rastrearon al siguiente día, vieron, á cierta distancia andada, que la mujer marchaba sobre los brazos y las piernas, y en seguida la hallaron muerta, con los cuatro miembros carbonizados hasta la mitad. Domuyo significa mujer escapada y deshecha.

Un viejo y corpulento puestero, radicado desde muchos años en el valle de Ailinco, nos siguió el día de la primera ascensión hasta el principio de los fuertes declives, haciendo incansable gasto de retórica para persuadirnos de los peligros que corríamos. El cerro iba á ponerse

furioso; todos íbamos á perecer; ninguno volvería más al valle. Y lo más grave era que... *¡quién sabe...!* el enojo del volcán iba á desencadenar tales elementos de destrucción, que tal vez alcanzarían «á los pobres puesteros de los valles». Cuando nos vió entrar en las subidas, nos despidió como á sentenciados, y se puso en retirada al trote largo de su mula.

Mucho tiempo después le divisábamos desde las alturas, siguiendo siempre su marcha precipitada. Supimos más tarde que en todo el día y la noche no había vuelto á su rancho.

Por lo demás, es muy curioso observar en los ganados que se crían en los valles cercanos al Domuyo la afición al agua caliente, la que beben con visible satisfacción, especialmente en las tardes. (Ya se ha visto, por lo que he referido del uso que hicimos de ella, que es perfectamente potable).

Nuestros animales de silla, forasteros de la región, la olfateaban con mucha sorpresa y desconfianza. Al atravesar por primera vez uno de aquellos arroyos, que aunque ya enfriados en su curso, su temperatura no baja de 65° centígrados, apuraban repentinamente la marcha para llegar á la orilla opuesta. Nuestros perros entraban confiados y contentos por un lado y salvaban el resto de la corriente á saltos y gritos.

Se asegura que dichas aguas producen efectos de mucha salud y engorde en los ganados criollos, y parece que ellos mismos estuviesen convencidos de esa verdad, pues todas las tardes, después de la puesta del sol, se les ve venir de diferentes puntos y llegar ansiosos á la bebida caliente, dejando otros arroyos de agua

fría que tienen al paso. Se diría que aquel es un método establecido: el *five o'clock's tea*. . .

Desde el punto de unión del Varvarco y Neuquen la serranía del Domuyo, que continúa paralela al gran río, toma al S. el nombre de Choyoy-Mahuida (cordillera del viento). Esta interesante cordillera, cuajada de formaciones minerales, es la que sigue surtiendo al Neuquen de los demás ríos y arroyos que paso á enumerar, previniendo que todos los valles que así se separan entre la cordillera y el río, son de perfecta habitabilidad en las cuatro estaciones del año.

Allí hay un miraje de ricas poblaciones ó colonias para el porvenir, con salida fluvial hasta el Atlántico, pues el Neuquen será navegado cuando las poblaciones ocupen sus riberas. Los nombres con que las corrientes y situaciones se conocen, son: Huara-có, Manchana-có, Coli-Michi-có, Vutalon (río que antes de salir del valle corre largo trecho entre dos serranías, en una profundidad de abismo, y presenta en uno de sus recodos la más admirable y aterradora caverna, de donde sale un torbellino de humo negro); Quebrada de Félix, Ñere-có, Memanqui, Las Bandurrias, Manqui-Malal, Manzanos, Charra-Ruca, Rahue-có, Huingan-có, Huera-có, Cajón de los Caballos y tres arroyos más, afluyendo al que dan el repetido nombre de Los Manzanos, por hallarse en el campo varios árboles de esta fruta. Aumentado éste por las corrientes de Paila-leche, La Camfra, Vuta-Mallin, Arroyo Nuevo y varios otros pequeños sin nombre, todos afluentes del brazo principal que viene corriendo al S., paralelo á Sierra de Choyoy Mahuida y cae al Neuquen por el N., en la parte que este río ha cambiado su curso al E.

(latitud de Chos-Malal). A ese último afluente dan el nombre de Milla-Michi-có; tres palabras indias que dicen literalmente: Agua donde hay biznaga y oro. Mas un hecho interesante, posterior, ha demostrado la verdadera etimología india.

Michi llaman los indios á la susodicha yerba y también dicen *michi* al gato, mientras que, interponiendo sólo una *n*, que diga *minchi*, queda expresado en correcto pehuenche: Milla-minchi-có, oro debajo del agua. Es el hecho probado en el expresado río.

Voy á hacer con brevedad la pequeña historia de este importante descubrimiento aurífero en el Neuquen, el año de 1890.

No fué, por cierto, la simple sugestión de aquel nombre lo que trajo el hallazgo. Los indios llaman milla al oro; pero en la práctica rara vez es oro lo que ellos creen: le confunden con las piritas de hierro y hasta con la mica. La verdadera sugestión partió de Chos-Malal, y los primeros indicios se hallaron allí, inmediatos en el lecho del gran río.

Durante los últimos meses del año de 1890, siendo el que esto escribe gobernador del Neuquen, se aprovechó la presencia en Chos-Malal del doctor Corydon P. Hall, antiguo é inteligente mineralogista norteamericano, para practicar una exploración en diferentes puntos de probables riquezas minerales. Acompañé en estos estudios al doctor Hall.

Desde su principio ellos tuvieron éxito satisfactorio, verificando la existencia de buen carbón de piedra en puntos próximos á Chos-Malal, y otros productos valiosos.

A continuación se procedió á un cateo en el cerro Mayal-Mahuida, 11 $^1/_2$ kilómetros al O. de Chos-Malal. Este cerro, extremo austral de la cordillera del Viento, cortada allí á pique sobre el borde N. del río Neuquen, adorna el horizonte del citado pueblo con su elevado cono truncado y sus aristas casi verticales. Ese macizo, cuyo armazón interior parece componerse de puro hierro, muestra á la vista de la inmediata población grandes manchas de rojo obscuro y amarillo ocre, y en su superficie se encuentran muchos guijarros pesados, de donde proviene el nombre *mayal,* que se refiere á *boleadoras* ó bolas perdidas, de las que los indios acostumbraban proveerse allí para hacer sus mortíferos proyectiles.

Entre las variadas formas de cristalización que muestra el citado metal, se recogían muchas piritas; y como los mineros dicen que la pirita de hierro es indicio de oro, y el oro es arrastrado por las aguas más próximas, cuando no aparece en filones, descendimos después del cateo, al río, que por aquella época estaba en gran bajante y recostado al Sur, dejando descubierta una vasta extensión de su lecho.

Es digno de recordarse el primer episodio próspero de aquella investigación.

Hallábame con varios soldados y peones al pie de la barranca, todos esperando con ansiedad el resultado del lavado de arenas que se practicaba allá lejos, á orilla del agua, cuando de repente me llegó la voz de Mr. Hall que gritaba: *There is gold!* Y al instante los soldados y peones, entre los cuales puedo asegurar que no había ningún políglota, exclamaron contentos: ¡Dice que hay oro!

Es indudable que hay ciertos instantes críticos en los que la palabra esperada es entendida hasta por los más ignorantes, cualquiera que sea el idioma en que se pronuncie.

Pondré entre paréntesis que pocos momentos antes de descubrir el oro, al registrar entre gruesos cordones acantilados de pizarras que atraviesan la parte de lecho abandonada por el río, aparecieron varias capas de arcillas rojizas de gusto ácido y áspero, muy abundantes de piritas y chispas amarillosas brillantes. Estas arcillas eran de aluminio, ese precioso metal que la química moderna ha entregado tan económicamente á la industria. Ya es fuera de toda duda que sus elementos se encuentran vastamente distribuidos en la serranía de Choyoy-Mahuida, de donde aquellos acantilados bajaban. En diferentes puntos de dicha sierra muchas personas han encontrado cristalizaciones de esa formación, alucinándose con la idea de que fuesen diamantes. No eran diamantes, pero sí eran silicatos de aluminio que, como se sabe, á veces alcanzan valores considerables.

El aluminio, como muchos otros productos valiosos de aquellas regiones, permanecerá ignorado y enterrado hasta que abramos los ojos y llevemos la población que se enriquece y honra la tierra que pisa.

Descubierta, pues, la existencia de oro en las arenas acarreadas por el río Neuquen, aunque esto fuera en muy pequeñas cantidades, se dedujo la conveniencia de escudriñar las quebradas ó caídas de las serranías río arriba, y se comenzó por hacer escavaciones en diferentes puntos de la primera que bajaba al pie de Mayal-Mahuida, donde corría un hilo de agua. En estas esca-

vaciones y lavajes consiguientes, se volvieron á encontrar chispas de oro de forma parecida á las halladas en el río, siempre en mínima cantidad. Entonces estuvimos completamente ciertos de que aquel oro provenía de la masa terminal de la cordillera de Choyoy-Mahuida, cuyas ramificaciones más importantes vienen al río en toda la distancia (13 leguas), que éste corre de oriente á occidente, es decir, hasta el punto donde cae el arroyo Milla-michi-có. Debían, pues, explorarse todas las quebradas del N. hasta Milla-michi-có, con la probabilidad de encontrar oro, poco ó mucho, en cada una de ellas, hasta llegar necesariamente al núcleo originario de aquella riqueza.

Esta expedición definitiva resolvió realizarla el señor Hall en la primavera de 1891.

Quiero recordar con este motivo que me ví en el caso de solicitar del señor teniente general Roca el auxilio de una pequeña fuerza de línea para acompañar á los expedicionarios, á causa de la inseguridad que en esa época había en las cordilleras, donde merodeaban y asesinaban varias partidas de bandoleros y desertores armados, pasados de Chile. El auxilio me fué inmediatamente prestado por orden telegráfica trasmitida al Batallón 4° de línea que se hallaba en Mendoza, y así se realizó la interesante expedición hasta su completo éxito. Ahora bien: lo que hizo anticipar el feliz resultado, omitiendo la obligada exploración de todas las quebradas, fué el haber entrado á considerar como cosa seria el nombre indio de Milla-michi-có. Se marchó directamente á ese arroyo, y allí, desde luego, en corta recorrida que se hizo aguas arriba, el práctico-minero

comenzó á descubrir bajo las aguas el oro en gruesas cantidades. Era aquello, pues, verdadero *Milla-minchicó:* oro debajo del agua. Encontróse luego en crecientes proporciones por todos los alrededores y quedó plenamente verificada la riqueza.

El mismo año se había organizado para la explotación un sindicato compuesto de ocho caballeros norteamericanos é ingleses, con fuerte capital. Poco después de comprobado, por considerables extracciones de oro, sólo de los lavaderos, el buen fundamento de la empresa, se inició el ensanche de la asociación, y vino de Londres un notable ingeniero de minas con crecidos emolumentos, el que tomó temporalmente la dirección de los trabajos, y regresó llevando los más satisfactorios informes, según pude oirle en la Secretaría del señor Presidente de la República, á la sazón doctor Uriburu, á quien mostró una enorme barra de oro que conducía como gráfica demostración; por lo que el señor Presidente le significó sus felicitaciones.

He dejado un detalle anterior que me agrada consignar.

Los caballeros del primer sindicato estaban deseosos de ofrecer al señor general Roca, por gratitud y puro honor de la empresa, uno de los ocho títulos de la asociación. Me obsequiaron con otro, y me pidieron le presentase aquél. El señor general, que en ese tiempo era ministro del Interior, rehusó, reiterando sus sinceros propósitos de protección á la sociedad minera, bajo la condición de no tener interés personal alguno en ello. Yo también renuncié mi título.

No eran sólo los empresarios los únicos obligados á

agradecer al general Roca su primer servicio tan eficaz y oportuno. La riqueza descubierta en Milla-minchi-có ha podido ser y puede ser todavía uno de los elementos positivos de la opulencia del país.

Ahora me resta explicar por qué esa gran riqueza no ha surgido con toda la espectabilidad y trascendencia que en todo país tiene la aparición de un caudal como aquél. Los inmensos beneficios que ha podido reportar la asociación debieron hacer una conmoción de progreso no sólo en la región favorecida, sino en radios muy largos y generalizadores.

¿Por qué no produce esa pequeña California,—que Dios sabe si todavía no es en realidad una gran California—pues aún no ha podido ser explorada hasta sus últimos filones toda la región aurífera que trae sus formaciones de una cordillera que mide leguas al Norte y al oriente?

¿Por qué no vemos correr en nuestros mercados el oro que desde hace nueve años se está extrayendo en gruesas cantidades de aquellos placeres, donde hay más de 30 ricas *pertenencias* de argentinos dadas por nuestra administración de minas?

¿Por qué?

Porque esa riqueza está en las faldas andinas, abandonadas al uso y provecho de la vecindad habituada al vandalismo; en fin, por que ese emporio minero adonde ya se habían traído valiosos implementos de trabajo, gastado considerables sumas de dinero en construcciones, despejo de vías, máquinas, etc., comenzó á ser invadido, asaltado por innumerables chusmas de ultracordillera que se han apoderado de todo; y en el ansia

de *sacar*, destruyen los sistemas regulares de labores, violentan las habitaciones, roban las herramientas, y, lo que es más grave, amenazan la vida de los propietarios ó encargados legales de la explotación, que no tienen defensa eficaz para sus personas ni les es posible evitar el saqueo de los elementos de subsistencia que necesitan llevar.

Sería necesario tener allí una fuerza respetable que estuviese dando continuas batallas sólo para defender la mina. El mal es irremediable mientras subsista acerca de las cordilleras el fatal espíritu de indolencia y abandono que mantuvo la Pampa desolada hasta 1879.

Cuando hablabamos al principio de estas cosas, un joven norteamericano, pariente y compañero de Mr. Hall, verdadero *yankee*, que tiene el sentido lúcido y práctico de su gloriosa patria, decía:

—Donde aparece una gran riqueza, como ésta, no hay obstáculo físico ni humano que impida su explotación legal; allí van todas las fuerzas de la civilización y el progreso; allí va la seguridad, la justicia, la nación entera. Los refractarios, los ladrones, por numerosos y pujantes que sean, tienen que retroceder. Si esto no se hubiese cumplido en California, aquel inmenso sembrado de oro se hubiese convertido en ruína y catástrofe. Allí acudió gente por millares, de todo el mundo, y entre ella una masa muy considerable que se entendió, por inclinación y por contacto tácito, para acaparar las fortunas por medio de trapisondas, y aún por el vandalaje, menos costoso que el trabajo asiduo y honrado con el pico y las poruñas. Pero el pueblo yankee ocupó su puesto con la administración y los elementos honrados

que nunca faltan. Los bandoleros, y el ejército de *ratas*, sus naturales aliados, tuvieron que ceder en toda la línea; la Linch-law se puso en la más activa vigencia, y á los que no se les hizo remover con sus huesos muertos la tierra que debieron trabajar vivos, perdieron por lo menos las orejas. Todavía hay por la vecindad muchos de aquel tiempo, ya viejos, que usan melena para ocultar el sitio donde tienen el tímpano».

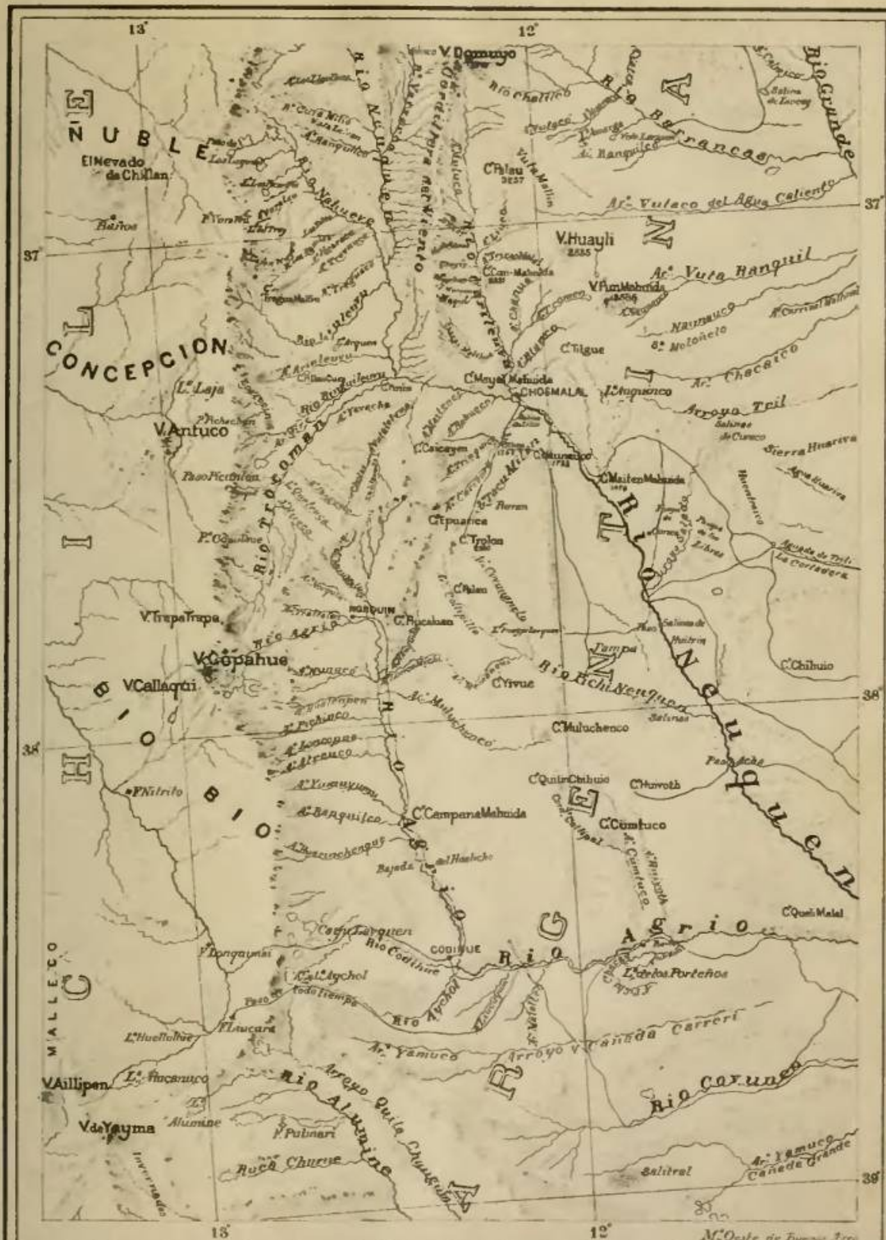
¡Pero esa era historia de los Estados Unidos...!

Nosotros somos muy buenos...! demasiado ricos para tomarnos molestias...! y demasiado valientes, para dejar pasar... hasta que se levanten bien altos los peligros...! Dejen á esos *pobres* que roben, puesto que lo necesitan...! y por lo mismo que nos amenazan con la guerra, tienen mucho que gastar...! Se crearon en dos siglos de saqueos en nuestras poblaciones y haciendas del Sur, y ahora se llevan el oro que, agregado al de Bolivia y Perú, utilizarán para comprar buques...! Piensan devolvérnoslo en plomo...!

Como se sabe, la gobernación del Neuquen, como las demás secciones administrativas *lejanas*, dispone de muy escasos medios de vigilancia policial; el área de su administración debe circunscribirse á las comarcas cercanas que tienen alguna población estable y *administrable*. Si ha atendido en lo posible á los reclamos de la empresa de Milla-Minchi-có, allá tan lejos, sus disposiciones han sido indudablemente respetadas... por el momento, mientras dura la presencia *del comisario*, como en la Choyca. La gobernación no podría entenderse con muchedumbres que llegan y regresan cuando han hecho botín, no siendo posible siquiera verificar la

responsabilidad de chusmas que, en horas, salvan la frontera ó se desparraman entre las quebradas. Tampoco la administración puede establecerse donde no hay población; la población no irá donde no hay garantías personales.

Así, el *modus vivendi* en que han tenido que caer los propietarios de los placeres auríferos, para no perderlo todo, es bien triste y precario, por no decir desesperado é irritante. Mr. Hall, que administra aquello por sí y por cuenta de la asociación fundadora, y á la vez muchos otros dueños de *pertenencias,* acaban de aceptar propuestas de arrendamiento de los lavaderos á diferentes empresarios chilenos, que, por lo visto, son ellos los que tienen en nuestra tierra los medios de lucrar. . . Por supuesto, la remuneración del arriendo, puede decirse *obligado,* se ha reducido para los alucinados descubridores y dueños, á una proporción propiamente homeopática. Hasta se ve regir el principio fundamental del sistema de las pildoritas: curar por los mismos medios que han producido el mal. . .



13°
12°
37°
38°
V. Domuyo
Rio Chalileo
Rio Barrancas
Rio Grande
ÑUBLE
El Nevado de Chillan
CONCEPCION
V. Antuco
V. Huayli
Ar. Vuta Ranquil
Ar. Vulaco del Agua Caliente
Ar. Chacaico
Arroyo Tril
CHOSMALAL
C. Tilgue
V. Trapa Trapa
V. Copahue
V. Callaqui
Rio Bio Bio
Rio Neuquen
NORQUIN
C. Chihuio
C. Mulichenco
C. Cumtuco
C. Campana Mahuida
C. Quel Malal
CODIHUE
Rio Agrio
Rio Aychol
Arroyo y Cañada Carreri
Rio Covunco
MALLECO
V. Aillipen
V. de Yayma
Rio Alumine
Ruca Churue
Salitral
Ar. Yamuco
Cañada Grande
Mr. Oeste de Buenos Aires

CAPÍTULO IV

SUMARIO: Región de termas balnearias. — Veranadas. — Trolope y Copahues.—La laguna verde.—Maravillosas curaciones. —Experiencias de un médico argentino.—Mar hirviente de agua subterránea.—El Copulhue y Trapa-trapa.—Azufre para un cargamento.—Peligros del aislamiento para un Sanatorium.—Línea de alturas en la región de Antuco.—El campo de los piñones.—Matanza de viejos y mujeres por un piquete de línea.—Los valles del Agrio.—Cementerio de *los bribones*.—Cordillera de Huay dof.—El *divortia aquarum* interior.—Los manzanares de Reuque-Curaó.—Catanlí; la estrechura de la muerte.—La colonia Cabral.—Las ruinas de Reuque.

Lo que acabo de referir acerca de la riqueza casi perdida ó estancada en Milla-minchi-có, es un concreto caso que sirve como una unidad de medida para estimar la inmensidad abandonada en toda la región andina.

Más al Sur de la parte en que suspendí la descripción topográfica, es decir, las nacientes occidentales del río Trocoman, voy á reducir mis noticias á la faja de más altos valles y corrientes que son todavía desconocidos en las cartas. Verdad es que esas situaciones son puramente de verano, pero no menos importantes, como va á verse, pues si las utiliza la gente de Chile, pasando y repasando la cordillera sin conocimiento de nuestras autoridades, con mayor razón y ventaja las disfrutarán nuestros pueblos ó colonias, suprimiendo á la vez las perjudiciales guaridas.

A continuación del último paso ancho de cordillera que llamé carretero, el de *Huinca-rupo,* que sale al pie del volcán Copulhue, se encuentra 12 kilómetros al Sur el muy concurrido paso de *Trapa-Trapa,* al lado de otro cerro volcánico de este mismo nombre. Allí nace y corre al SE. el arroyo Trolope, serpenteando en uno de los más bellos y socorridos valles de las altas faldas, donde encuentra la hermosa laguna de Guñin Lauquen (laguna que absorbe), extensos mallinales y trebolares por un lado y bosque de pinos por otro; encantadora estación de verano que, con razón, ocupan muchas familias del Neuquen y de Chile, improvisando campamentos á la sombra de los pinos con vista á las verdes llanuras, y á 4 ó 5 kilómetros de las termas de los Copahues. Es un precioso refugio contra las repentinas tempestades de nieve que sobrevienen en el lugar de los famosos baños situados en el cordón central de la gran cordillera, al pie del volcán Copahue. De la falda NE. del volcán, rodeado de nieves eternas, nace el caudaloso arroyo que forma la laguna de Caviahué, cuyo nombre compuesto de *cavi,* asma, y *ahue,* luego ó ligero, indica que allí esa enfermedad se despacha pronto, lo que será creíble, si se piensa en la virtud maravillosa ya reconocida de todas las aguas inmediatas. Otro arroyo de bastante agua filtra de las mismas nieves, contornos del volcán, y recorre la cuenca elíptica donde humean las vertientes y pozos termales; sus aguas frías y cristalinas, deslizándose por un cauce apenas escavado, dan ramales á todos lados para templar los bañaderos á gusto de los interesados, y algunos pasan por encima de la pequeña laguna *Verde,* ya célebre, pues sus aguas están mereciendo,

desde el año 79, el honor de ser exportadas y figurar embotelladas á precio caro en droguerías de Chile. Esta laguna se llena sola con numerosas vertientes de muy elevada temperatura que tiene en su fondo, y el agua del arroyo, fría, le pasa por encima saturándose y continuando su curso al NE., hasta la confluencia con el Trolope. Del mismo murallón de nieves nace otro arroyo, fuera de la cuenca balnearia, muy poco más al Sur, que va á incorporarse á otra laguna que levanta espesas humaredas. Las referidas corrientes, unidas al Trolope, forman el río Agrio, que pasa por Ñorquín. Se cree que la última laguna, la de las humaredas, es la que más contribuye á saturar las aguas del Agrio. El agua de la Verde, que queda dentro de la cuenca, es tibia en la superficie, y muy caliente á los 50 centímetros de profundidad; su gusto es ligeramente ácido, agradable, aunque repugna el olor azufrado que la caracteriza. Todos los enfermos que acuden á aquellos baños la beben con entera confianza y fe en los efectos que desean obtener. Yo la he tomado en la misma laguna, aunque no sentía la menor dolencia, y me ha producido el efecto que á todos los que la beben sanos: un gran apetito y excelente digestión.

La temporada propicia de cada año para permanecer en los Copahues, es muy corta; comienza á mediados de enero, y es prudente retirarse antes de concluir el mes siguiente, y esto sin perjuicio de estar siempre observando el tiempo, porque la situación, en el centro de la cordillera, no ofrece seguridad contra una tempestad de nieve gruesa que puede interceptar absolutamente la salida. Por fortuna, la cuenca balnearia, que tendrá unas

2,500 hectáreas de superficie, es muy pastosa y segura para los animales de carga y silla, los cuales se tienen listos para escapar, siendo buena precaución, en el tiempo dudoso, el alojamiento en los pinos de Trolope, como antes he dicho.

Es en tan breve plazo que se ha visto y se ve, casi todos los años, producirse curaciones radicales en escrofulosos, reumáticos, diabéticos, dispépticos, paralíticos, y sobre todo casos muy agudos de cálculos ó *mal de piedra*.

Un distinguido médico argentino, el doctor Pedro Ortiz, casado en la familia del doctor Velez-Sarsfield y emigrado después á Europa, fué quien descubrió las más importantes aplicaciones terapéuticas de las aguas de los Copahues.

Seis ú ocho años antes de la campaña del Río Negro y los Andes, había regresado de Europa y establecidose en la provincia de Chillán (Chile), de donde parece que exploró en persona el balneario de los Copahues y lo aplicó con gran éxito en un caso muy desesperado ocurrido en una familia distinguida de Chillán. Para que la familia viniese á los baños, se obtuvo el permiso del cacique Cheuquel, que allí mandaba entonces.

Las vertientes termales son abundantísimas en todo el lomo de la cordillera, desde el volcán de Antuco hasta el Copahue. Es probable que los dos tercios de la masa líquida que llena el lago Laja, al pie oriental de Antuco, en sus 50 kilómetros de largo, por una media de 5 en ancho, con 100 á 150 metros de profundidad, se componga de vertientes termales en su fondo, lo que explicaría el caudal de agua que derrama en el río de su nombre.

El volcán Copulhue, que sigue á unos 10 kilómetros al Sur, cuentan los indios que tiene en sus alturas unos extensos empozados llenos de agua que hierve como gigantesca olla de mazamorra. De ahí viene, sin duda, el nombre del cerro: *Copulca* significa mazamorra, y Copulhue donde la hay. El Trapa-trapa, 12 kilómetros más al Sur, es también sitio de numerosas vertientes termales, las que proporcionan los conocidos baños de ese nombre en la falda chilena. La voz *tra* significa vertiente y *pa* es una partícula del verbo venir; de manera que trapa-trapa es como decir: vertientes que se ven ó vienen á cada paso.

Otros 10 ó 12 kilómetros más al Sur están, como se ha dicho, los Copahues. La palabra Copahue significa azufre. Es, por cierto, el elemento que domina en la localidad, donde al penetrar por primera vez, apenas se puede soportar el olor característico. Hemos visto, además, en el interior del cráter del volcán, una pequeña laguna sulfhídrica, que está rodeada de una masa de azufre puro, cuyo expesor no me fué dado calcular. Las emanaciones de aquella chimenea no invitaban á permanecer allí. Debe haber azufre para cargar un convoy.

Voy á hacer una prevención que creo útil, y á la que se ligan observaciones concluyentes acerca del propósito que vengo persiguiendo en este trabajo, es decir, la población llevada en forma respetable, que ampare esas importantísimas regiones.

He leído que se trata de construir un Sanatorium en los Copahues. Es una teoría irreprochable, pero imposible en la práctica, mientras la población argentina no domine en absoluto esas regiones andinas con el

desarrollo de instalaciones conducentes al interés colectivo que afirman el progreso y la seguridad.

Como ya he dicho, es un lugar donde sólo se puede permanecer un mes sin riesgo de los grandes temporales inherentes á la suprema altura en que se encuentra. Es necesario saber que allí un temporal significa una lápida de nieve de 8 á 10 metros de expesor en uno ó dos días, como se ha observado en casos de salvación que han ocurrido. Y si se realizase una construcción cualquiera en esas condiciones, lo que no es imposible, subsistiría la dificultad de conservarla en el invierno cuando las nieves doblan su altura y sobreviene la congelación absoluta, á cuya presión no resisten las construcciones de hierro. Pero, acepto también que se resista á esa fuerza meteorológica, y el edificio reaparezca intacto en la primavera... ¡Oh! No reaparecerá; porque hay otro elemento destructor contra el cual no tenemos por ahora recurso: es elemento étnico que nosotros no gobernamos ni se gobierna tampoco en el país de su origen; son la chusma de ultra-cordillera, que á la primera licuación de las nieves pasan por Copahue y Trapatrapa y destruyen y saquean, desde el balneario hasta los Pinos, cuanto ha quedado del verano anterior. Es la avidez del lucro, el odio de raza, la índole perversa, ó tal vez todo junto, lo que impulsa á esas gentes á destruir.

Como debe suponerse, todos los años quedan en los Copahues ranchos y mil comodidades que se dan los bañistas, y aun hay familias que dejan cajas enterradas con provisiones ó utensilios; los ranchos se destruyen necesariamente por la presión de la nieve, pero quedan

las maderas y otros materiales, que son valiosos en la cuenca balnearia por tener que acarrearlos de los valles inmediatos. Todo desaparece; el sitio que ocupaban las viviendas ha sido excavado con la furiosa actividad de mineros que siguen una veta de oro; las maderas quemadas; todo material útil cortejeado, destrozado. Cada año que se va á los baños no se encuentra cosa que sirva para la más pequeña instalación. Si esas gentes pudiesen suprimir las vertientes, lo harían.

Tal es la condición desgraciada en que se encuentran todas nuestras situaciones de la falda andina, no sólo las de veranada, sino también las que favorecían todo progreso permanente de poblaciones, colonias y establecimientos industriales de cualquier clase. Las colonias que veo delineadas en diferentes puntos de esa faja desamparada, están ubicadas en terrenos inmejorables; pero es inútil pensar en el desarrollo y progreso que les asegurarían las ricas tierras, si desde el comienzo de su instalación no son bastante fuertes para defenderse contra las irrupciones vandálicas irresponsables de la vecindad. Es indispensable, es urgente inaugurar un sistema general de fomento de las poblaciones por medio de las vías rápidas, proveyendo á su seguridad mientras no gocen de valimiento propio.

La importantísima situación de los Copahues será utilizada y respetada cuando los ferrocarriles lleven las poblaciones á las comarcas próximas de invernada, á Ñorquín, por ejemplo, que dista sólo 40 kilómetros, y de donde una vía férrea, única que se mantiene entre las nieves, proporcionaría la conservación y vigilancia eficaz.

La zona orográfica comprendida entre Antuco y los Copahues presenta una configuración especial en la línea de división internacional. La cadena de las supremas alturas, que viene del Norte sin interrupción en punto alguno, se corta en la serranía de Moncol, y sigue un espacio de sesenta y tantos kilómetros de simples lomadas hasta el cono de Antuco que es la continuación del encadenamiento marcado por todos los picos elevados conocidos, Trolope, Copahue, Callaqui, Tolhuaca, Lonquimay, Yayma, etc.

En aquel espacio se ha abierto la cuenca profunda del lago Laja, y las lomadas que se hallan en la parte argentina vierten aguas al Laja, así como las que corren frente á Lonquimay y Yayma las vierten al río Bio-bio, el cual rompe la cordillera central entre Callaquí y Lonquimay, como la depresión del Laja la ha roto entre Moncol y Antuco. Pero ningún viajero que visite esa zona orográfica podría vacilar un instante en reconocer la línea prominente de la cordillera divisoria, según la autoridad de la tradición ratificada en el solemne tratado de 1881.

Al Sur de los Copahues se extiende, entre la cordillera central y la paralela de Tracaltue, un campo de 10 á 11 leguas de superficie cubierta de expléndidos bosques de pinos, muy frecuentado antes por nuestros indios y los de Chile para hacer provisión de piñones que les duraban un año.

Aquel lugar fué teatro, en 1884, de una terrible matanza de pehuenches, viejos, mujeres y niños, con inauditas violencias y arrebato de todas las prendas que llevaban. Se sabe que en las costumbres de indios son

las mujeres y los demás individuos inútiles para la guerra, los que se ocupan de estos quehaceres de *despensa*. Fué realizada esa hazaña por una partida de soldados de línea procedente de un fortín chileno de la margen derecha del Bio-bio. Conozco los nombres de los actores dirigentes en aquel horrendo crimen, pero los callo por que fueron juzgados, sentenciados y ejecutados — los militares — salvándose sólo, con conmutación de la pena en destierro perpétuo, el actor principal, que era paisano. Esta fué justicia hecha bajo el gobierno del malogrado presidente Balmaceda.

El criminal desterrado, obsequio indirecto que nos tocó recibir, ha tenido ya dos entradas en nuestra Penitenciaría.

Después del campo de pinos, continúa la sucesión de los ricos valles del río Agrio, muy conocidos y mejor amparados por nuestra autoridad territorial, aunque en ellos no falten abusos vecinales difíciles de precaver. Son los faldeos que se forman entre la cordillera y el expresado río, intermediados por las corrientes de Nunucó, Pehuen, Niechicó, Hual-cupen, Pichin-có, Loncopué, Atreuco, Yumu-yumu, Ranquilcó y *Huerin-chenque*. Traduciré este nombre, que recuerda un antiguo episodio de las faldas cordilleranas.

Huerin-chenque significa: enterratorio, *chenque;* de los bribones, *huerin*. Lo pusieron los pehuenches al sitio donde quedaron tendidos (junio de 1792), á manos del célebre comandante mendocino don Francisco Amigorena, unos ciento y tantos de los consabidos bandoleros, entonces aliados de los indios huiliches; pretendieron escapar con un arreo de vacas, al Sur, por estar

cerrada la cordillera. Fueron alcanzados en el cerro llamado Riñicó, que se ve en el llano entre los arroyos Ranquilcó y Huerin-chenque.

Quince kilómetros al Sur de este último arroyo, cae el río Codihué, cerca de cuyo desagüe en el Agrio, se ha levantado la población de su nombre. Inmediato á Codihué desagua el río Aychol. Los valles altos de la cordillera, donde nacen estos dos ríos, son ricos de pastos y bosques de pinos. Una región encantadora se presenta allí conocida con el nombre Cayu-Lauquen (6 lagunas), donde se alternan los prados verdes, los pinares y las aludidas lagunas, todas ligadas por pequeños arroyos. Una más grande y austral, es madre del Aychol y tiene su mismo nombre. Allí atraviesa la cordillera el camino muy cómodo y corto llamado Pino Hachado que baja á la quebrada del Bio-bio.

El suelo se alza inmediatamente al S. y al E. de la expresada laguna, por latitud 38° 30′, y se desprende en dirección al SE. la fuerte cordillera de Huaydof, que se prolonga así unos 80 kilómetros hasta el punto en que se levanta el cerro principal que le da su nombre. Dicha cordillera corre después al E. y luego al NE., hasta tocar el río Neuquen, un poco más abajo de Paso de Indios. Huaydof significa literalmente, *á otro lado* ú *otra banda*, tratándose de cerros, no de lagos ni ríos; pero quiere expresar justamente el concepto del *divortia aquarum*. En efecto, esta cordillera determina el lomo ó altura superior que separa las dos grandes cuencas que componen el territorio de Neuquen: la que da todas las aguas á este río y la que las vierte al Limay. Desde su arranque de la cordillera central, da nacimiento al caudaloso

arroyo Quilá-Changüin (3 horquetas), que, aumentado con el que recibe de la laguna Tolhuaca, desagua en el río Collomcurá, después de atravesar el campo muy abundante de manzanos que era residencia permanente de Reuque Curá, más ó menos el sitio donde ha sido delineada la colonia Sargento Cabral. Del cerro principal Huaydof y de una de sus ramificaciones al O., salen los arroyos Pehuen-Leuvu (río de los pinos), y Curivoro-ñirri (hueso negro de zorro), los que forman el río Catanlí, que en su curso superior marca justamente el límite SE. de la colonia que acabo de citar.

No he de omitir la traducción de la palabra catanlí y la muy curiosa referencia que ella tiene en el accidente topográfico que ha dado ese nombre al río. Catanlí expresa la idea de un agujero ó estrechura entre peñascos, que efectivamente existe en la costa derecha del río donde se junta la cordillera de Quenquemetren, bajando desde Huaydof. Dicho accidente había inspirado á los indios pehuenches y pampeanos una preocupación y una práctica muy bizarras que les venían desde época inmemorial. Consistía la primera en la creencia que quien pasase al galope por aquella estrechura y saliese vivo al otro lado, tenía asegurada su existencia por muchísimos años, cualesquiera que fuesen los peligros en que se hallase; la segunda, era, pues, la ejecución de la bárbara prueba que muchos hacían, en la que la mayor parte dejaban los huesos. Cuentan que desde las tribus más lejanas de la Pampa venían indios guapos á echar esta suerte y, con mayor frecuencia, la jugaban los de la comarca, siempre muy populosa. Me aseguraron que el bravo y prestigioso cacique Reuque-Curá, que como ya

he dicho, residía en aquel lugar, había pasado ileso por el peñascoso agujero, y él mismo me lo ratificó cuando le visité en el asiento accidental de su tribu cerca del pueblo Roca, en 1886. A la verdad que en ese año el famoso cacique, según su propia cuenta, ya pasaba mucho de los 90, lo que aún me parecía poco, pues estaba canoso y sin dientes. Para que esto se vea en un indio, apenas bastan cien años.

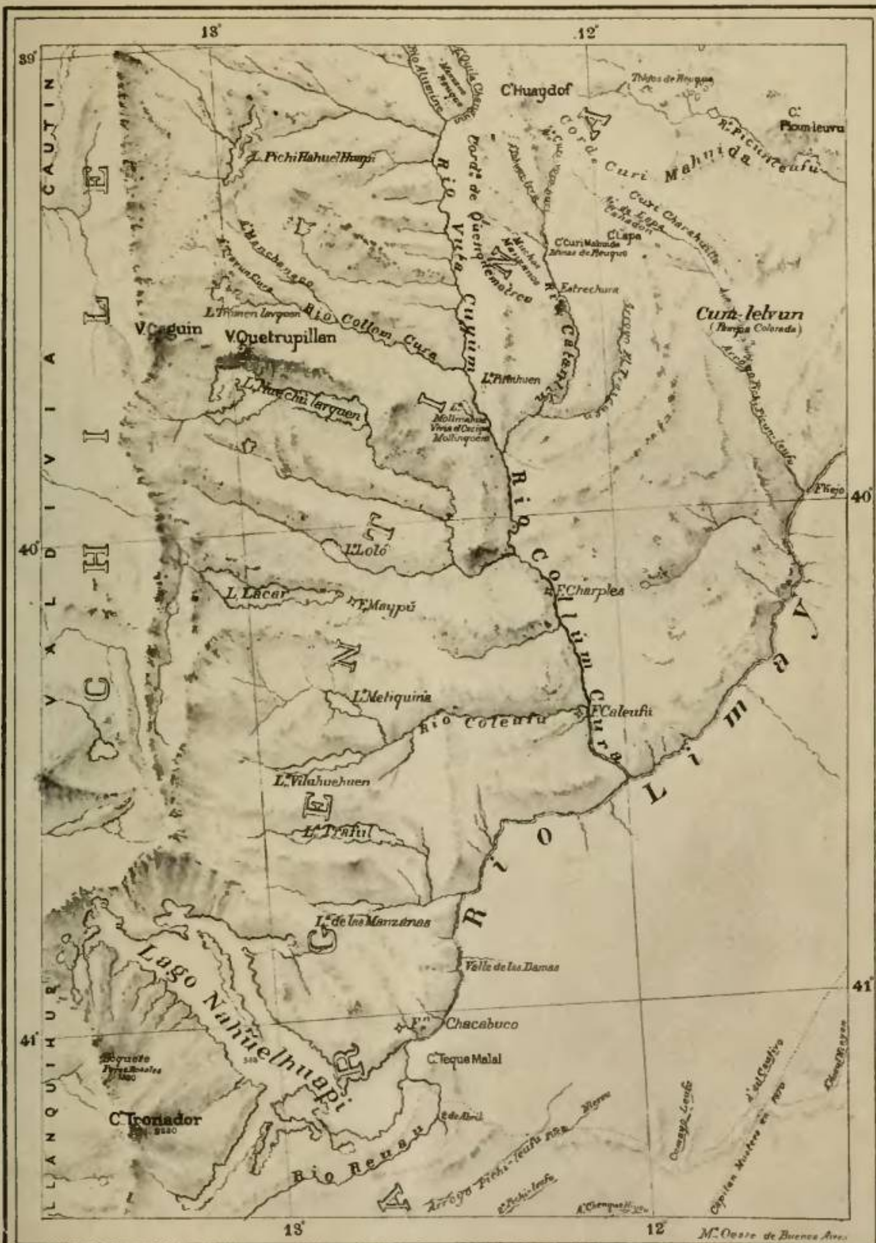
Deseo vivamente que la colonia Sargento Cabral pase sin lesión alguna la estrechura del bandolerismo vecinal, y surja explendente á favor de los elementos naturales que le brindan el suelo y el clima donde ha sido ubicada.

Debo prevenir que este campo recibe abundante nieve en invierno; no sería propicio al pastoreo en este tiempo si la futura población no dispusiese de expansión territorial temporaria más al oriente, sobre la ribera izquierda del Catanlí. Pero no hay nada más espléndido y rico que aquella región. Desgraciadamente nosotros no comprendemos cómo puede haber un pueblo sin *Estancias* con millones de vacas, en invierno y verano...

Las personas que no hayan adquirido una perfecta noción de lo que valen nuestros campos de cordillera, no pueden imaginar todas las bellezas, todas las comodidades y recursos que ofrecen los campos de Catanlí. Las llanuras, alfombradas de pasto, para grandes depósitos de verano, se extienden en partes, hasta el pie mismo de la cordillera; bosques inagotables de pinos, robles y otras maderas fuertes, bosques de manzanos, corrientes de aguas cristalinas que se prestarán á un sistema completo de irrigación, y en la cordillera, á 2 y 3 kilómetros de distancia, en una parte de la costa

izquierda del Catanlí, formaciones minerales que nunca han sido explotadas. En el extremo austral de dicha serranía aparecieron un día descubiertos ricos filones de cobre, y esto dió motivo para que aquel punto se llamase desde entonces minas de Reuque; pero jamás se ocupó Reuque de trabajarlas. Todo aquello es para la población civilizada, cuando nuestro gobierno se proponga fomentarla y defenderla, y que esa prolongadísima faja de suelo andino, tan favorecida físicamente por la naturaleza, sea un encadenamiento de poblaciones y rieles, desde Mendoza hasta el confín que cubre nuestra bandera.

No creo necesario continuar la descripción de las zonas de faldeos más al Sur, tanto han cambiado en ellas las ingratas condiciones que siguen afectando á las demás del Norte. En una parte se hallan bajo más inmediato amparo de nuestro ejército, y no pretendo decir nada nuevo después de los buenos estudios y reconocimientos que éste ha practicado. En otra parte, la más austral, después de Nahuel-Huapí, el aliento de nuestra civilización se hace sentir decididamente, y sus altos fines no serán frustrados como en el Norte, accesible á las racias seculares de la vecindad. Ahí sólo hay indios que ya no estorban. Y parece increible que aquellos salvajes perjudiquen menos el progreso de nuestro país que estos *cristianos!*


13°
12°
39°
40°
41°
C.Huaydof
C. Pllan leuvu
L. Pichi Hahuel Huapi
Rio Vuta Cuyum
Estrechura
Curá-lelvun
(Pampa Colorada)
L. Tromen
Rio Collon Cura
V. Quetrupillan
L. Huechu lafquen
L. Pilhuen
Rio Collum Cura
L. Loló
L. Lacar
F. Charples
F. Maypú
L. Meliquina
Rio Caleufu
F. Caleufú
L. Vilahuehuen
L. Traful
L. de las Manzanas
Rio Limay
Valle de las Damas
Lago Nahuelhuapi
Chacabuco
C. Teque Malal
C. Tronador
Rio Reuau
CAUTIN
VALDIVIA
LLANQUIHUE
CHILE
NEUQUEN
GOBERNACION
M. Oesse de Buenos Aires

CAPÍTULO V

SUMARIO: I. La indolencia de los países grandes y ricos. — Extrategia obligada de la civilización. — II. Geografía histórica. — Falta de estímulo. — Desviación del criterio histórico. — Teorías inadmisibles. — Posible origen étnico. — Los fenicios. — La explotación incásica del oro en el Norte. — Primeras inmigraciones. — Lengua clásica. — III. Rectificaciones filológicas.

I

Es admirable que á la altura de la civilización y opulencia que ha alcanzado nuestro país, no por herencia gratuíta, fácil é inesperada, sino después de mucha labor, muchas y grandes peripecias y patéticas experiencias, mantenga hasta ahora buena parte de los principios del mal que más se ha opuesto á su desarrollo y engrandecimiento. Miramos todavía con despego é indolencia, no sólo situaciones que son infalibles elementos de riqueza, análogas á otras que ya hemos conquistado con los resultados más venturosos, sino también las muy conocidas consecuencias que arrastran los abusos tolerados.

Es el mal de los países grandes y ricos: comienzan por ser explorados de todas partes; continúan contentándose con una fracción que les proporciona cierta amplitud de vida y desarrollo; se habitúan á sobrellevar los perjuicios de la exacción extraña que persevera, y con

tal que ésta no toque muy de cerca, pasan siglos antes de que la luz despeje esta ofuscación. Y es mucha dicha que se despeje sin acontecimientos siniestros. Tal es, en síntesis, la historia de la gran República Argentina.

Y cuando se trata de un pueblo de la índole del nuestro, puede decirse con entera verdad, que no son los obstáculos materiales los que le hayan detenido y retarden las convenientes exaltaciones de su actividad. Es la rémora del indiferentismo, más contagioso que cualesquiera de las pestes conocidas; la deficiencia é inoportunidad del estudio y del trabajo, y un poco también del sensualismo de las comodidades que explica con teorías las razones plausibles del dejarse estar.

Cuando se proyectaba la campaña del Río Negro y los Andes, esa necesidad imperiosa, vital, que perseguía la salvación de innumerables vidas é intereses perpetuamente sacrificados, y Dios sabe de qué otras calamidades mayores debía librar á la nación, se exhibieron entonces teorías de todas clases: estratégicas, humanitarias, económicas, y que sé yo; todas plausibles, para impedir esa empresa que debe consignarse en las más honoríficas páginas de nuestra historia.

Y bien, aquello se realizó con beneficios tan inmensos y tan rápidamente obtenidos, que todos los hombres del país son testigos presenciales del acontecimiento completo, pues no se necesita ser viejo para haber conocido la Pampa salvaje, y ver hoy la Pampa llena de pueblos y de todos los atributos de la civilización.

Es entonces doblemente admirable que todavía persistamos en la indolencia respecto de la puerta de centenares de leguas abierta y descuidada en la frontera

internacional del Oeste, franqueada al abuso de la misma población sin freno, que aliada á los indios ensangrentó y asoló la Pampa desde tiempo inmemorial.

Si se acabaron los malones organizados que asaltaban pueblos y arrastraban cautivos y miles de vacas, el camino queda abierto, y los hechos respectivos cada día afirman que los avezados á las matanzas y á los saqueos en grande escala, continúan haciendo lo que pueden, y no hay aritmética para atenuar el crimen de sangre, ni límite para hacer llevadera la inseguridad de los intereses.

Luego, estos males de vecindad internacional deben concluir una vez por todas. No es honor del país ni es estratégico mantener dilatadísima frontera desamparada cuando se está habilitado para defenderla, tanto más cuanto que las tierras fronterizas no forman un desierto arábigo; el yermo se cuidaría sólo: son, al contrario, las tierras más fecundas y ricas de la República, lo que importa decir que es elemento negativo en contra de ella misma, si las abandona, pues es lo que estimula la explotación en la forma licenciosa que se hace.

No es ya época de perdurar en esta laxitud. Somos fuertes y ricos; ya no deben detenernos las preocupaciones que nos hacían abandonar las situaciones lejanas y casi todos los contornos del país. Hoy conocemos nuestra tierra desde uno á otro confín: ya no hay nada obscuro; sabemos que este suelo argentino, bendecido por la providencia, no tiene en punto alguno una hectárea de tierra que no represente alguna forma de riqueza, y en todas partes la exclamación del viajero estudioso es un llamado á la población; es lo único que falta para com-

pletar el bello cuadro que cada lugar que visitamos nos inspira, y la población es elemento disponible en esta tierra que ha conquistado la simpatía de las más importantes y virtuosas nacionalidades europeas, que tienen exhuberancia de ella.

Basta de pisoteos del suelo limítrofe y de la expoliación de afuera, que vale como si estuviéramos de hecho despojados de la orla de nuestro predio territorial. Seamos nación íntegra, usufructuaria, como centro de civilización, de todo lo que posee. Cortemos ya el mal antiquísimo que nos rasca los contornos como una enfermedad epidémica, siempre tendiendo á internarse; por el Oeste los cristianos, y por el Norte los indios y los socios de los indios.

II

Bueno es ya también que, como lección muy oportuna, recompongamos nuestra geografía histórica, que ha sido siempre lastimosamente interpretada bajo el concepto de las ideas que se nos antojaban respecto de la topografía de todos nuestros territorios lejanos, cuando la Pampa era una sábana de muerto, uniformemente plana y estéril; cuando la Patagonia era «un páramo horrible, estéril y maldito, aun inferior á la Pampa». (palabras de Vicuña Mackena en el Senado); cuando la cordillera era un enriscado de piedras donde apenas podía tenerse un guanaco; cuando el Chaco y la Puna eran hogueras de calor, absolutamente inhabitables, por un lado matorrales podridos é inaccesibles, y por otro estepas de

suelo traquítico sin ningún producto y sin ambiente de vida.

Así, en la mente del país debía dominar la idea de que nuestros centros poblados no componían otra casa que un oásis en medio de la inmensidad yérmica; así, nunca se levantó el espíritu cuando se atentó al despojo de nuestros territorios desconocidos.

Y á fe que este menosprecio tradicional todavía encuentra acogida en individualidades retardatarias y formas de subsistir.

Los que hemos recorrido esas lejanías y venimos entusiastas con las noticias que rectifican las absurdas preconcepciones, jugamos á veces un rol bastante desalentador, por no decir ridículo. Ciertos personajes, demasiado hinchados con las nociones que tienen de corto radio, y que se afirman en su antigua cartografía y literatura, levantan su mirada irónica y compasiva, indicio infalible de sabiduría profunda, y dejan chato al pobre explorador.

Uno de esos togados, en una reunión política (donde no debe tratarse cosa que sea de interés público...), dijo:

—*Este* Olascoaga no sabe hablar sino del Neuquen, del Chaco, y de la Puna.

Es lo típico de la ignorancia, que deberíamos llamar empecinada, respecto de la cuestión geográfica, lo más importante que afecta la riqueza y porvenir del país, la noción más indispensable para dirigir su buena administración.

La brillante juventud estudiosa, que con su viveza de penetración, con su ardiente espíritu patriótico se inicia en todas las conquistas presentes de la ciencia geo-

gráfica nacional, en las proyecciones económicas sociales é industriales que se ligan al esclarecimiento de los territorios desahuciados, sigue, sin embargo, asediada por teorías del antiguo resabio, que significarían nada menos que la monstruosidad de negar á nuestro suelo de la época antigua, las riquezas naturales, geológicas y topográficas que hoy patentiza.

Un escritor de gran talento y de vastísima erudición, el doctor don Vicente Fidel López, cree descubrir, en sus investigaciones de geografía histórica, el principio de conquista del territorio argentino por el imperio de los Incas, mucho antes de la conquista española, que lo interrumpió.

Supone aquella conquista incásica llevada sabia y metódicamente, avanzando al Sur con paso lento y firme, dominando todo el Norte hasta Tucumán y Córdoba, extendiendo su brazo por las cordilleras hasta Uspallata y hasta Antuco, imponiendo su civilización y su culto desde el Cuzco, que se traduce ombligo, emblema del centro de poder y morigeración, como Roma ante el orbe antiguo, y dejando por doquiera en la topografía sus templos al sol, y en la nomenclatura su *quichua*. Cree que al detenerse aquella invasión civilizadora de los Incas, que califica como feliz precursión de la europea que España no supo continuar, no quedó asimilado á la vida civilizada sino el Norte, desde Jujuy á Córdoba y á Cuyo. Se entiende que quedó bárbaro é *inútil* todo el resto del país al Sur, porque allá no alcanzó la influencia incásica.

Pero ¡cuán distinta es la historia verdadera, iluminada por los hechos presentes!

Si el ilustre doctor López hubiese recorrido nuestro territorio en el Norte y en el Sur, en las cordilleras y en los llanos, si su ojo perspicaz hubiese podido reconstruir en todas partes la antigua grandeza de esta tierra, revelada en innumerables indicios perfectamente deductivos ante su criterio privilegiado, habría visto que una población numerosísima, aunque bárbara ó primitiva, mas dotada de exhuberantes recursos de vida y aun de opulencia, ha existido, no hace mucho más de dos siglos, en esa inmensidad que se llama Pampa y Patagonia; que en nuestras preciosas faldas de cordillera, repletas de forraje renutrido siempre por su especialidad climatérica y entre una fauna autóctona de millones y millones de guanacos, avestruces, cerdos, tortugas y tulduques, á que se incorporó después con multiplicación asombrosa la pecuaria de importación, esa población ha pululado también en número incontable.

Habría visto el doctor López, en las regiones del Norte, desde la Puna de Jujuy á Córdoba, las grandiosas riquezas minerales (todavía lejos de agotarse), que se manifiestan en tal volúmen y forma de trabajos de extracción en la Rinconada y otros innumerables puntos de la Puna de Jujuy, que si esos trabajos no se midiesen por el inmenso número de obreros advenedizos que los han seguido, y el tiempo secular que han durado, se dirían obras de cíclopes.

No es dudoso que de allí salieran las porciones más considerables de oro y plata que sostuvieron la opulencia del imperio Inca y continuaron después apuntalando la España de Carlos V, siempre de incógnito; porque estaba convenido que todo el oro que llegaba á España

salía del cerro de Potosí. Si hoy mismo se tomase la medida cúbica de la inmensidad de galerías subterráneas que aún existen en aquella región, cabría en ese vacío el mismo cerro de Potosí.

Luego, no es la conquista que se pinta, austera, tranquila y solemne por la propagación de la influencia social y el culto del sol, lo que la suprema entidad del Cuzco organizó sobre nuestras comarcas septentrionales: fué la simple explotación de las riquezas minerales. Valdría tanto decir que el arrebato secular de nuestra riqueza ganadera de la Pampa fué conquista civilizadora que vino del Oeste.

Si aquella empresa civilizadora incásica fué lenta y prudente, como lo afirma el respetable autor, claro es que esas eran las condiciones inherentes del negocio: durar en él mientras había oro. No se vienen á explotar minas con operaciones rápidas donde no hay elementos étnicos de resistencia, plantando el paladium cada vez más lejos para abarcar países y países, sino llevándole de mina en mina. Bastaba apoderarse de los veneros de la Puna, seguir en los macizos de la Rinconada y Santa Catalina, las serranías de la Quiaca, de Humahuaca, después las de Cochinoca y Tilcara, extender el paciente y constante laboreo hasta las sierras de Jujuy y algo más al Sur también. Los obrajes para la extracción y exportación del oro y la plata suponen incremento de población, no conquistadora, sino simplemente usufructuaria; se suponen las concentraciones urbanas, los caminos, administración, etc. La invasión dominadora, las batallas no hubieran dado los mismos resultados allí donde hubiesen provocado resistencias. Indudablemente

que el imperio Inca no trabajaba para la gloria, sino para el *Cuzco,* que con propiedad se ha traducido ombligo ó vientre.

En verdad que todo ha sido obscuro en el proceso primitivo de nuestra formación étnica; tanto más obscuro, cuanto que las regiones donde parece indudable que ese proceso se ha desarrollado, han permanecido inaccesibles, incomunicadas é incógnitas hasta nuestros días.

Pero ya están á nuestra vista, en la resurrección de un letargo de siglos, y no en valde las habremos despejado cuando nos patentizan en su topografía y en infinidad de señales inconfundibles, lo que han sido. Poco honor haríamos á nuestra facultad intelectual, y aún podría decir, á nuestro patriotismo, si tan sugerente descubrimiento no nos inspirase siquiera el interés de investigar sobre los nuevos elementos históricos que aparecen, los verdaderos y legítimos fundamentos de nuestra nacionalidad.

Hoy se ve que la Pampa no fué en la antigüedad el país despoblado y salvaje que encontramos en 1879. No fué ni pudo serlo, porque los admirables elementos de vida y progreso que muestra su naturaleza, no pudieron ser desconocidos ni desaprovechados por la enorme y aventurera plétora étnica del mundo antiguo.

¿Cuáles fueron esas primeras inmigraciones?

Si profundizamos un poco en aquellas épocas de asombrosa movilidad de los pueblos del Mediterráneo, y con espíritu despreocupado de las teorías sistemáticas que han venido adulterando nuestra historia, buscamos en las primeras emigraciones transoceánicas del mundo, no

las convencionales, sino las verdaderamente históricas, las que antes de Colón pudieron llegar al continente americano, veremos bien claro aquellos numerosísimos pueblos, ávidos de vida industrial y de tierras propicias á su alimentación, como fugitivos de las bárbaras guerras, matanzas y esclavitud en masa, lanzarse al Atlántico para dar la vuelta al continente africano y ser arrebatados en su mayor parte por la corriente ecuatorial, entonces desconocida; venir á la costa americana, como sucedió á Cabral, el descubridor del Brasil; esa inmensa colectividad fenicia que convierte sus 50 leguas de bosques en barcos y sale á los mares en busca de la subsistencia que le falta en su suelo, y mientras la ciencia se engaña, las corrientes del océano la conducen al descubrimiento de la verdad cosmográfica y á la ansiada tierra de promisión que hallan en nuestro continente austral. He ahí el principio probable del emporio de población dominante en nuestro vasto y rico territorio, explicado por la lógica inflexible de las causas de origen y las evoluciones naturales que producen su realización. No puede medirse con cartabón pequeño el aliento de aquellos pueblos, temerarios navegantes, que en frágiles embarcaciones de remos volvían el célebre cabo de las Tormentas; y suponer que si las corrientes marítimas y los vientos alisios les trageron á las costas inesperadas de nuestro expléndido país, encontrando en él el objetivo que tan ansiosamente perseguían, no fuese éste inmediatamente invadido y poblado como lo fué, siendo de notar que esa inmigración fué una grande y noble raza y una gran civilización de la época, de cuya existencia responden la topografía, la riqueza del suelo que la dió incre-

mento y la lengua, esa unidad de locución clásica que se extendió en más de un millón de kilómetros cuadrados.

Lo dicho induce, pues, á afirmar que la dilatada parte de país que hemos alcanzado á ver en estado bárbaro y reputábamos desierto inútil, como las estepas asiáticas de que se alejaban las emigraciones fenicias, fué un gran pueblo, una civilización relativa que se desarrolló en la abundancia durante siglos, mucho antes de Colón y aun antes de Jesucristo.

Esa población tocó inesperadamente nuestras costas, tal vez en muchas expediciones sucesivas, y así se arraigó y extendió en todo el territorio. La calidad de los campos, la abundancia portentosa de vida vegetativa y animal que pululaba por doquier, la atrajo entusiasmada y se diseminó por todo el continente. La inmigración debió ser numerosísima ó tan antigua, que tuvo tiempo de multiplicarse hasta el estado de densidad que manifiestan los indicios encontrados: repetidas situaciones de arboledas y reductos ordenados de la Pampa; infinidad de cavernas de notorio uso humano en las cordilleras; enterratorios comunes *(chenques)*; cementerios de carácter monumental *(eltunes)*, que debieron estar contiguos á grandes centros poblados; cantidad incontable de utensilios de todas edades, especialmente los labrados en silex, que todos los viajeros y comisiones exploradoras hemos recogido en abundancia.

El medio de vida indica bien claro que esta población fué pastora y agricultora, y las tradiciones, todas contestes, la presentan componiendo una gran federación de cacicazgos, cuyo centro dominante era la Pampa, y estaba extendida, por el N., á toda la parte pastoril y

agrícola del país; es decir, á Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis, Mendoza y hasta Tucumán, y por el O. á todo Chile.

Era una gran unidad de raza, perfectamente caracterizada en su conformación física, en su índole, en sus costumbres, en su aliento marcial y ¿por qué no se ha de decir? en su nobleza y bondad de carácter, cualidades que nunca se desmintieron en cualesquiera de las regiones del dilatado país que dominó. Sobria y fuerte, como verdadera raza pastora, no tiene entre sí tradiciones de guerras salvajes ó emulaciones insanas, mientras en las guerras exteriores ó de conquista, como en la defensa de sus lares contra la civilización ulterior, fué siempre denonada y heróica hasta lo sublime.

Su lengua, uniforme y racional, extendida entre los dos océanos á casi la totalidad del medio continente austral, habla, sin excepción en los detalles, de la topografía, desde la Patagonia inclusive, hasta Tucumán, con un laconismo y una precisión y verdad descriptiva que sólo sus breves frases denominadoras bastarían para explicar la topografía, las cualidades importantes del suelo, á veces los acontecimientos históricos y aun á veces la formación geológica de los lugares. Y si esta lengua se sometiese á más serios estudios filológicos, hablaría también alto de la raza que la ha traído, que no por hallarse su entidad perdida en lo más ignoto de la antigüedad, acusa menos un algo genealógico muy respetable. Una lengua que en su estructura es esencialmente filosófica; que sus nombres se declinan como el latín y el griego; que tiene tres números, singular, plural y dual; que sus verbos, todos regulares, se subs-

tantivan por una breve y fácil adición; que sus frases y giros se mueven admirablemente por intercalaciones sutiles; que su numeración es casi monosílaba y va hasta el infinito, como instrumento apropiado para alta contabilidad; que tiene terminaciones expresas para designar los cuerpos siderales y nomenclatura original de constelaciones; que tiene, en fin, un número considerable de palabras muy usuales que coinciden absolutamente en su eufonismo y significado con raíces latinas y griegas.

¿Por qué se ha de suplantar esta noble raza, que parece ser la verdadera fundadora de nuestra nacionalidad, la que nos habla con su filosófica y clásica lengua en toda la topografía del continente, entre los dos océanos; la que no alargó su garra al oro para llevárselo, sino que ocupó y cultivó la tierra, realzando su riqueza en los llanos, en la cordillera y en Chile?

III

También difiero de las opiniones del citado autor respecto de las interpretaciones filológicas que da para comprobar la primitiva conquista política y social de la raza quichua en nuestro país. No he de dejar pasar tampoco esta utopia lingüistica.

Nada extraño es que el avance de esas poblaciones, que se internaron con el único propósito de explotación de caudales mineros, dejara la nomenclatura de su lengua en los lugares donde mantuviera sus obrajes. Pero nunca conviene á la verdad y á la filosofía de la historia, aceptar la sistemática generalización que se intenta.

La sola idea de fijar el límite de una civilización relativa en los nombres quichuas, declarando salvaje el resto del país donde éstos responden á otra lengua, es un procedimiento que significa echar piedras sobre la sepultura del país desconocido y olvidado cuya importancia de orígen no se quiere estudiar. Basta llamarle salvaje para dejarle bien muerto; y así, las generaciones desorientadas vuelven la vista y no piensan más en él. Si no hubiese resucitado en 1879, el señor doctor López habría seguido teniendo razón.

Pero revivió y vino á revelarnos, con las pruebas fehacientes de la espléndida topografía antes ignorada y desacreditada, con los indicios positivos de su antigua vida y grandeza, que la digna, la noble entidad étnica que había dominado toda la parte media y austral del país con el legítimo derecho de llenar y cultivar su suelo, era la raza despreciada y reputada salvaje, sólo por haberla conocido cuando estaba destruída y degenerada.

Su lengua, que vive en todos los lugares, describiéndolos con el criterio altamente sugirente de un estado de civilización que se deja sospechar, se ha pretendido adulterar en el sentido quichua, para matar la tradición y la lengua. Es curioso este empeño de mistificar palabras de un idioma que no se conoce, para adjudicarlas al quichua, y hacer honor al Inca, en perjuicio de la legítima tradición criolla.

El eminente escritor citado comienza por descomponer la palabra Tucumán en las dos quichuas *tuṭuk* y *umán*, que traduce: *gobierno del sur*. ¿Qué gobierno? La palabra es pampa pura y perfectamente aplicada al lugar; viene de *tucun* sementeras, y de *mann*, salir bien.

Cùme ñi tucum, mi sementera es buena; *tucumanéi*, la sementera sale bien.

Más natural y lógica me parece la etimología pampa de los nombre Cozquín y Pocho, probablemente adulterados de *Cofqué*, pan, y *puche*, los indios (esta última palabra ha tenido igual forma de corrupción en Chile, donde dicen Mapocho al río inmediato á Santiago, por *Mapuche*, criollo ó indio del país), que no las composturas quichuas de *cozco-inna* y *pochuc*, siendo por demás inadmisible la aplicación del significado que da á la primera, « Cuzco nuevo, ó dependencia del Cuzco ».

Más flagrante es todavía la alucinación lingüística en los nombres Pucará y Calamuchita, que son frases pampas con su artículo y construcción correcta: *Pu-cará*, los pueblos, *Cala-muchi-tha*, vertiente donde brota maiz ó trigo de *mote*.

Lo más extraño son las traducciones que significan hechos de que no se ha tenido conocimiento; de Calamuchita traduce: « presidio de las pedreras » . . .

Todavía hace llegar á la misma Pampa y aun á la Patagonia, el quichua con la imposición Inca, que está muy lejos de ser histórica. Dice que la palabra Pampa es quichua, y significa llanura. Era llanura completa para los que no la conociamos; pero no lo fué para los naturales que le pusieron tal nombre, que en el idioma de su verdadero origen no podía significar lo que no es.

Confieso que nunca, hasta ahora, se me ocurrió investigar el verdadero significado de esta palabra en la lengua india *ma-puche;* pero creo que está bien claro en las voces *paun* ó *pam*, que expresa lo vasto ó grande hasta donde no llega la vista ó el entendimiento;

así se dice: *cheu pampa huenu taey!* que traducido al propio sentido, sería: ¡ese cielo hasta dónde llega! *Pa*, es partícula que se antepone ó pospone, y expresa la idea de venir. Componga el lector la frase como quiera, y ríase del quichua.

También se pretende, por imposición incásica, el nombre de Patagonia, esa voz que se ha prestado, por la materialidad de su eufonismo, á que algunos sabios viajeros la traduzcan al pie de lo que suena, suponiendo á los habitantes de esa vasta región dueños de unas tremendas patas que nunca han tenido, pero que son necesarias para que el país se llame Patagonia. Análoga violencia impone el empeño de hacer quichua la palabra traduciéndola «colinas», «mesetas» ó «gradas», lo que no es distintivo topográfico de ese territorio; por más que se encuentren, como en la Pampa, todos esos accidentes comunes de la región austral, no se ve tal especialidad de mesetas ó gradas, á menos que se busquen en los descensos de la cordillera; pero entonces, todas las cordilleras serían Patagonias.

La palabra Patagonia, que es de muy definida índole pampa, expresa, en la concisión característica de esta lengua, la braveza de las costas ó la manera como habrán caído al territorio sus poblaciones primeras, rotas por el naufragio. *Pa*, la partícula que indica la idea de *venir* y *thagon*, que significa quebrarse, romperse, despedazarse, podría sintetizarse en la frase *Costa Brava* ó algo parecido.

Estos dos nombres, Pampa y Patagonia, tan difíciles de traducir en una frase breve, precisa, han permanecido, sin duda, indescifrables por esa razón.

En la esperanza de no molestar mucho á los lectores, porque estas cuestiones filológicas en la geografía tienen siempre interés, continuaré con algunos otros nombres erróneamente incluídos en el sistema que voy criticando.

Uspallata, es una frase propiamente pampa, que describe el lugar, como es: *Auv-paylla-tha*, vertiente que aparece y corre sosegada. Es forzada la construcción quichua, é inaplicable la traducción de « garganta preferida ó mejor pasaje ». Uspallata no es una garganta, es una extensa planicie; no es paso, el paso de la cordillera se halla de allí á unas 12 leguas en línea directa, y más de 20 por los caminos. Ha dado después el nombre al paso, por la importancia de los establecimientos que han hecho notable el lugar.

Pasa lo mismo con las voces Aconcagua, Quillota, Illapel, Chacabuco, Tupungato, Callaquí, Antuco, lugares de Chile ó de la cordillera inmediata donde jamás penetró la influencia incásica del Norte, ni hay en toda su topografía un solo nombre de su lengua, porque allí llenó el país y dominó la antigua raza del Sur, que fué numerosísima y se mantuvo independiente. Buscar el brazo del dominio y la nomenclatura quichua extendida á Chile, como lo afirma el doctor López, es un delirio que pugna con la historia de una nación donde la conquista española no encontró sino la raza pura y única, que poblaba esa zona del continente, como ya he dicho, del Pacífico al Atlántico, con una sóla lengua, araucana ó pampeana, que es absolutamente la misma.

Es deplorable el empeño sistemático de un hombre ilustrado y de talento, de hacer entrar en el cartabón quichua las voces de un idioma que patentiza no cono-

cer, ni menos el país donde este idioma se ha hablado, porque de tales acomodamientos sin base seria, deben resultar soluciones disparatadas.

Formula *Ackon-Cahuak,* con la traducción « vigía ó centinela de piedra », para la voz Aconcagua, expresión mapuche clara y descriptiva aplicada al río de ese nombre, al que se dice en Chile « viene del otro lado », *Acon-ca-hue;* porque efectivamente, nace en los faldeos del gran cerro del mismo nombre que se halla del lado argentino. ¡Qué vigía ni qué centinela de piedra nos han dado á guardar!

Insiste en proyectar un *Quilla-uta* que traduce « templo ó gruta de la luna », por Quillota, pueblo también chileno, que los indios llamaron así: Quilloy ó *Quillaytha,* vertiente donde hay quillayes, árbol que distinguen, cuya corteza usan para lavarse la cabeza y curar inflamaciones ó heridas.

Hace *Illapill,* « corona de fuego », de la voz clara y terminante que no se ha corrompido; Illapel ó Illav-pel, que sencillamente significa, « garganta del llano ». No hay donde ubicar la tal « corona de fuego ».

Del Tupungato hace *Tupu-n-catu,* « la punta del techo ». Ya dí antes el significado propio y descriptivo del nombre de ese cerro.

Ha llegado hasta descomponer la voz Antuco, tan común y conocida por su significado « agua del sol », como por la partícula *có* (agua), mil veces repetida en los nombres indios de todos los lugares que contienen agua, y terminación obligada de todos los nombres de arroyos y ríos, lagunas y vertientes: no es posible dudar de que un nombre topográfico que termina en *có,* deje

de ser pampa ó araucano puro. Sólo bajo este sistema de absorción quichua *al bulto,* podía entrar la descomposición de Antu-có en *Hana-tucú* traducido « la luciérnaga de arriba, que acaba en el cielo », y para demostrar que tal interpretación es descriptiva del hecho topográfico, agrega: « pintoresca acepción, porque en « efecto, aquel volcán (el Antuco), como todo Chile lo « percibe y ve noche á noche hacia las lejanías del Sur, « chispea sin cesar, con luz intermitente de una luciér- « naga ». Perdón! perdón! señor! El Antuco no se ve de parte alguna en Chile, exceptuando la cima de algún elevado cerro, ó ciertos puntos favorables de sus cercanías, en las provincias de Concepción y Arauco, en cuyo límite se halla; porque es un cerro relativamente bajo (2,700 metros), en medio de un país que ocupa puros valles de altas cordilleras que interceptan los horizontes. Se ve de todas partes de Chile la gran cordillera divisoria, cuyo azulado recorte al oriente, se encumbra á más de 4,000 metros. Pero el Antuco.. ¿Cuándo? No se ve de noche, porque no tiene ni jamás ha tenido luz de luciérnaga ó intermitente. Hacía siglos que estaba apagado cuando hizo su gran erupción en 1848, volviendo á quedar en reposo hasta la fecha. Se llama Antu-có, porque á su pie, al lado del sol, se tiende el hermoso lago Laja.

Esta manera gráfica y sencilla que tenían los indios de expresar la situación de los lugares que nombraban, me hace sospechar que puede ser también arbitraria la interpretación del nombre conservado á la casa de la colina de la Cruz Alta en Córdoba, *Intiguassi,* cuya traducción literal « casa del sol », sugiere la idea de que allí

hubo un « templo de los Incas », para cuyo efecto todavía se cambia la letra *casa* por lo que no dice, y todo esto sin existir tradición alguna de que hubiese semejante templo. He visto multitud de nombres quichuas que acaban en *huasi,* y que sencillamente significan casas situadas en tales ó cuales condiciones topográficas, del mismo modo que se ven en Chile, y la pampa *antu-ruca, antú-mallin, antu-thapal, antu-lavquen,* que equivale á decir, casa al sol, pastos al sol, pantano al sol, laguna al sol. Se sabe con esto que la casa, el pastizal, el pantano y la laguna, se hallan situados en planos ó declives que miran al Norte. Si fuésemos á suponer templos incásicos en todos los lugares donde encontramos la palabra *antú,* haríamos un embolismo teocrático que desbarataría la topografía y la tradición de los lugares.

Líbrenos Dios de los empecinados y malos traductores que de las arenas hacen sables y de la inocente cerveza sepulcros!

Un día acometieron entre varios sabios filólogos la interpretación de la voz Cuyo, que es un calificativo honroso y merecido con que los indios designaron esa rica y generosa región de Mendoza, San Luis y San Juan, llamándola *Cúyum* que viene del verbo *Cúyumn,* socorrer con comidas y bebidas. Pero los respetables filólogos tenían aprendida otra palabra india *Cuyún* que significa arena y no trepidaron en traducir « Arenales », lo que, como es notorio, está muy lejos de describir la topografía de Cuyo.

Otro notable sabio viajero en la Patagonia, citado por Martín de Moussy, Mr. Guinnard, la emprendió con la frase *Ghuylliches,* indios del Sur, compuesta de dos palabras muy comunes *Ghuylli,* austral, y *che,* indio.

No conociendo el significado de *Ghuylli,* dió en los apuros de su deficiencia lingüística con la palabra *huili* de no sé qué lengua, que según dice significa *orinar,* y ahí me tienen ustedes á los pobres Ghuylliches calificados como los *chingues* con la denominación de *urineurs,* meones. Sólo por causa del tal verbo *huili,* se entrega al dominio geográfico una comarca que no daría la mejor idea de su condición agrícola si sólo funcionase como mingitorio.

No es menos agresivo y picante este proceder de un tourista, que el del poetastro á quien se refiere Quevedo, cuando dice, más ó menos, esto que pido licencia para repetir:

A una honrada mujer de cara enjuta
Me obligó el consonante á llamar p...

CAPÍTULO VI

SUMARIO: Resurrección de la Pampa.—Nos cuenta la historia de su decadencia.—La Pampa abastecedora del país de Occidente.—Los Pincheyras.—Invasión á Mendoza de un ejército chileno (1832).—Clamores del Atuel. — Repatriación de familias y emigración de vacas. — Observación significativa.—La cordillera providencial para la paz.

I

Felizmente, el precioso país ha vuelto de su aislamiento pasado, ha renacido de la destrucción temporal que lo apartó de nuestra civilización. Hoy se presenta afirmando la autoridad tradicional de su lengua, y nos cuenta su historia documentada con su topografía.

Se nos muestra reviviendo floreciente sobre sus antiguos elementos propios; nos dice que su delicioso clima, sus vastos recursos de vida para millones de habitantes, no son cualidades prestadas por la época moderna: son las mismas que atrajeron la población primitiva; que en la edad llamada bárbara, á manos de aquellas muchedumbres fenicias ó persas, fué un gran pueblo, una civilización relativa, tal vez una opulencia comercial é industrial; que en la época contemporánea, en manos de la moderna civilización, ha sido aniquilado y reducido al estado de desierto salvaje. No necesita decirnos de cuáles manos lo hemos arrancado en tal estado.

Ya no es tan difícil reconstruir los últimos sucesos, si los tomamos solamente desde la época en que la conquista española comienza á extenderse sobre la lonja occidental que cierra el territorio al otro lado de los Andes, la lonja que se llama Chile.

La resistencia que allí opuso el pueblo indígena al bravo conquistador íbero, fué constante, aparatosa y muy preconizada, aunque débil en las funciones bélicas. Aun en esto parece señalarse la idiosincracia fenicia, raza juiciosa en la vida social, con todas las actividades y energías para el comercio, la industria y las expediciones marítimas, por arriesgadas que fuesen. Hábiles en las escaramuzas y ardides de guerra; pero con muy poco amor al heroismo despechado en los trances peligrosos de la misma. Los ocho ó nueve historiadores y actores en esa guerra desigual, incluso el poeta capitán Alonso de Ercilla, (que aún pueden ser consultados), están contestes en que el personal de la columna invasora en Arauco, al mando de Pedro Valdivia, se reducía á 150 hombres, contra centenares de miles de lanzas que en todos los encuentros fueron abatidas, corroborándose la verdad acerca de este asombroso número de guerreros desgraciados, en el detalle que los mismos historiadores ofrecen de las *encomiendas* de 8,000 y 12,000 indios prisioneros que se adjudicaban como premio á los capitanes.

Verdad es que los españoles infundían espanto con sus caballos y sus arcabuces, mónstruos y truenos nunca vistos ni oídos en manos de hombres. Pero también es verdad que en tanto batallar, reducida la fuerza de Valdivia al *efectivo* irrisorio de 14 hombres, dió todavía con ese número la última y más célebre batalla, recor-

dada con el nombre de Tucapel, y en ella corrieron los indios, como siempre, á la primer embestida, siendo necesario para que reaccionasen y triunfasen, la aparición de Lautaro, que fulminó su cobardía mostrándoles el diminuto grupo de enemigos.

En iguales condiciones de desventaja respecto de las armas, lucharon los indios pampeanos, guaraníes y calchaquíes, en el oriente, y no cedieron la victoria sino con el sacrificio de sus vidas. Era que los indios agricultores dé Chile, cuyo teatro de combate, lleno de bosques y de guaridas inatacables, se veían inducidos á eludir fácilmente el peligro, como las tropas reclutas que pelean á orillas de las ciudades. Los indios pastores de los llanos debían engrandecer su espíritu y carácter en la amplitud de sus horizontes.

Sin embargo, los poetas, cuya gloria más alta consiste en desfigurar la verdad fría de la historia, llenando la tarea inocente de embellecer escenarios y actores pálidos, hicieron de la defensa araucana una sublime epopeya, como de las empresas africanas de Vasco de Gama un monumento á la altura de Aníbal y César.

II

La Pampa siempre fué la despensa abastecedora de los ganados que se consumían en la lonja trascordillerana, donde el pastoreo sólo era posible en muy pequeña escala á causa de la obstrucción de los campos por la montaña y la escasez de terrenos para la agricultura; y á medida que la población aumentó en dicha lonja, la

extracción de ganados creció, no sólo en proporción de las necesidades del sustento, sino de las industrias del cuerambre, carnes saladas para la exportación, y así también los medios de adquisición fueron cada día más activos y cada día menos honrados.

Como las poblaciones pampeanas vivían diseminadas, sin organización preparada para la defensa, las hordas reunidas y armadas, que venían de Chile al saqueo, entraban y salían con entera impunidad, dejando siempre rastros de sangre y destrucción. Este sistema de desolación, que acababa con la gente y las fortunas del país del oriente, fué sostenido como un sistema rentístico indispensable para la vida y fomento del país de occidente, de la misma manera que las explotaciones mineras del Norte mantuvieron el fausto de los Incas y de la España.

Cuando llegó el movimiento de la emancipación política de los dos países, vino, con la actividad de los patriotas de ultra-cordillera, el más espantoso despedazamiento de la Pampa. Las fuerzas ó montoneras que se reunían en el Sur, necesitaban vacas, muchas vacas para comer y para hacerse de toda clase de recursos. Así consta que las operaciones principales se dirigieron á la Pampa antes de ir contra el enemigo común. Y esto sucedía precisamente en los momentos en que se organizaban en Mendoza, á las órdenes de San Martín, las columnas que debían afianzar la libertad de Chile en Chacabuco y Maypo. De manera que esa libertad costaba á la República Argentina el sacrificio voluntario de sus hombres y caudales desde Mendoza al Norte, y simultáneamente, el sacrificio forzado de sus caudales en todos

los territorios del Sur, bárbaramente desolados por el mismo país en cuyo obsequio el nuestro se vió en la necesidad de desguarnecerlos.

La derrota en Maypú del último respetable cuerpo de ejército español que quedaba en Chile, produjo todavía más considerables y desastrosas montoneras de saqueo en la Pampa y las poblaciones australes de Buenos Aires, Santa Fé, Córdoba, San Luis y Mendoza. Varios caudillos chilenos, como los Zapata, los Benavídez, los Pincheyras, los Salvo, etc., prestigiosos entre las chusmas y los negociantes de ganados, levantaron tropas de cristianos é indios, procedentes de la dispersión de dicha batalla, donde se habían encontrado en las filas españolas, y fueron nuestros más terribles flajelos.

Los renombrados Pincheyras eran cuatro hermanos: Antonio, Pablo, José Antonio y Santos; se hicieron seguir, año de 1818, de unos 300 connacionales é indios, y se emboscaron en la cordillera fronteriza, dándose como campo de acción los dos países que desde allí dominaban: la parte argentina desamparada y abundante en ganados, y la parte chilena, ávida de este recurso que les proporcionaba connivencias eficaces para mantenerse en sus depredaciones sobre uno y otro lado. Desde Malal-cahuellu, Varvarco y otros puntos de la alta falda argentina, donde, por lo común, residían, expedicionaban sobre la Pampa y nuestras estancias desguarnecidas, y caían también sobre las poblaciones chilenas, entregándolas á saco y cautivando familias por centenares.

Estas hordas salvajes, fomentadas en un sentido, debían naturalmente devolver en el otro sus terribles efectos contraproducentes.

Varias veces tomaron los pueblos de Chillán, San Carlos, el Parral, Linares y otros hasta San José, muy cerca de Santiago, derrotando siempre las guarniciones, por lo impensado y repentino de los ataques, que llegaban ocultos por entre los bosques que cubren la falda chilena de la cordillera, y terminan en el linde urbano de las poblaciones.

Estas y otras vandálicas correrías, que nunca cesaron en nuestro país hasta 1879, se limitaron para Chile á la época de los Pincheyras, que duró desde 1818 hasta 1832, siendo muy digno de notarse que sólo en Chile hubo fuerzas para aprovechar las expresadas ventajas topográficas que, desde nuestras faldas andinas, facilitan los asaltos impunes sobre ese país.

Esas ventajas fueron, en efecto, bien aprovechadas por los Pincheyras, quienes llegaron hasta poner en peligro la existencia misma de aquel país, pues á más de asegurarse en todas partes, por los caminos ocultos, las operaciones á mansalva, contaban, como se ha dicho, con los especuladores del interior, los buítres proverbiales de todas las catástrofes que, para asegurar sus logrerías, operaban en connivencia, anticipaban avisos, amparaban espías y trataban de ennoblecer sus intrigas dándoles color de partidismo político. Es necesario que se sepa que aquellos malones que introducían ganados robados y desolaban los pueblos, recibían el nombre de operaciones patrióticas, so pretexto de escaramuzas que á veces sostenían con partidas españolas, á las que daban el nombre de montoneras. Entre éstas figuraba un llamado Pico, (año de 1823).

Dejo hablar á este respecto á un escritor chileno de

la Crónica Araucana, edición de 1889, tomo II, pág. 190.

«A esta época (1823), los Pincheyras llegaron á ame-«nazar seriamente la existencia de la República, pues las «montoneras de Pico iban poco á poco abandonando á «éste y acogiéndose al amparo de los bandidos de la «montaña, cuya estrella veían alzarse de día en día. Que «esta es la eterna ley de las mudanzas humanas» . . . .! Y sigue en la misma página:

«Pablo Pincheyra continuó siendo un digno sucesor de «Antonio. Los montoneros Benavides, Pico y Besoain, se «le habían unido con 25 soldados; de este modo, á poco «llegó á contar su bando más de 200 soldados y 300 «indios pehuenches».

«Con esta fuerza emprendió un asalto á Chillán, des-«cendiendo de la montaña. Salió á combatirlo el coman-«dante don Manuel Jordán, el que pereció por su escaso «número de soldados, en Longaví, á manos de los ban-«doleros, escapando de la matanza sólo un alférez y seis «individuos de tropa, el 25 de diciembre de 1825».

«Alentado por este triunfo, Pablo Pincheyra lanzó sus «montoneras al Norte, hasta Cauquenes y la villa de San «José, á corta distancia de Santiago, recorriendo por las «fragosidades de la cordillera, más de ciento cincuenta «leguas».

Voy á complementar esta historia de las violaciones inconsideradas y consuetudinarias que se hicieron de nuestro territorio por parte de Chile, no solamente perpetradas por caudillejos y fuerzas irresponsables, sino por tropas regulares á órdenes de jefes distinguidos y conocidos, hechos que en los centros de nuestro país, donde se desconoce ú olvida cuanto ha pasado lejos, se

reputarían increíbles si no estuviesen confirmados en todos sus detalles por la misma historia de Chile.

Al ocupar la presidencia de la República de Chile el general Prieto, en 1831, encargó al general Bulnes, después presidente también, persiguiera con una fuerte división á los Pincheyras hasta sus últimas guaridas, orden de carácter indeterminado que salvaba la dignidad del gobierno respecto de la violación territorial y demás excesos á que debía dar lugar.

Bulnes se puso en campaña el 10 de enero de 1832 con 2,000 hombres del ejército de línea, y pasó directamente la cordillera por el Roble, internándose al territorio argentino en las inmediaciones de Epu-Lauquen.

Estas fuerzas se componían del regimiento de granaderos, batallones Carampangue, Valdivia, Maypú, 30 milicianos y 80 indios pehuenches, mandadas respectivamente por los coroneles Bernardo Letelier, Estanislao Anguita, José A. Vidaurre; capitanes Juan Barbosa, Ramón Pardo y Domingo Salvo, el último muy conocido por las expediciones de malón entonces y después.

Puede calcularse por esto la exagerada importancia que prestaban á la diminuta montonera de los Pincheyras cuando no se persiguieran otros objetivos que se conocieron después.

En el Roble fué sorprendido Pablo Pincheyra con tres hombres que le acompañaban, y fusilados los cuatro.

Quedaba el último Pincheyra, José Antonio, con la montonera.

La división continuó la marcha en pleno territorio argentino, desprendiendo partidas de arrebato de ganados en todas las comarcas indígenas que atravesaba.

Guiado el ejército por desertores pincheyrinos que se le presentaron, llegó en los primeros días de marzo al campamento de la montonera, situado entre los ríos Atuel y Salado, 6 kilómetros al Norte de nuestro pueblo actual Alamito ó San Martín, y á 275 de la ciudad de Mendoza.

Sorprendidos y rodeados los montoneros, no hubo combate, sino matanza encarnizada y á discreción, en la que cayeron sin distinción, con la horda perseguida, todos los habitantes de la costa del río, en muchas leguas á la redonda, con sus familias y sus ganados. Los indios pehuenches pretendieron hacer alguna resistencia, pero fueron inmediatamente aplastados, pereciendo entre ellos los caciques Neculman, Coleto y Trocoman.

Los viejos pehuenches conservan la tradición trasmitida por algunos que escaparon, y refieren todavía con lágrimas, horrendos detalles de aquella hecatombe, afirmando que, por muchos días, hubo una larga línea de quejidos y clamores en toda la costa del Atuel, hasta que al fin todos se extinguieron por la muerte. Y agregan en su estilo pintoresco y sentimental, que el río solo continuó quejándose al pasar entre los valles despoblados, y desde entonces tiene ese nombre: *Athuel,* significa *quejidos.*

José Antonio Pincheyra huyó. Mas, después de algunos días de vagar en los alrededores, reapareció, presentándose voluntariamente el día 11 del mismo mes al general Bulnes, quien le salvó la vida.

Se agrega que la fuerte división chilena regresó repatriando más de 2,000 mujeres cautivas; pero no dejó en su legítima patria las 40,000 cabezas de ganado va-

cuno que los montoneros tenían, arrebatadas en las estancias de Mendoza.

A Mendoza no llegó la nueva de este acontecimiento sino mucho tiempo después, cuando algunos estancieros mendocinos reconocieron en el mercado de Chile los animales que habían perdido. Hasta entonces las noticias no corrían por el desierto. Muy lejos estaban de sospechar que un ejército de línea, al mando de un general, futuro Presidente, hubiese acaparado ese ganado, encaminándole muy lejos de la vía que aconsejaban sentimientos más delicados.

Cuando desaparecieron los Pincheyras, que durante doce años habían mantenido el privilegio exclusivo de los saqueos en la Pampa y en Chile, y, como nuestras fronteras ó permanecían desguarnecidas ó bajo un sistema de servicio puramente defensivo, ineficaz, porque la Pampa y la región de cordillera nos eran desconocidas, aquel país no tuvo miramientos respecto de las invasiones que continuaron reemplazando á los Pincheyras, en exclusivo perjuicio nuestro, ya que conocía en cabeza propia todo el horror de tales vandalismos.

Todos sabemos aquí hasta qué extremo de encarnizamiento y crueldad llegaron en los últimos tiempos esos horrendos malones á nuestros pueblos y estancias del Sur.

Así fué como encontramos en 1879 la totalidad del continente austral en el estado exhausto y salvaje en que le había dejado la terrible vecindad para la cual nunca hubo lástima, ni gratitud, ni aun siquiera las justas medidas de orden interior con que todos los países cul-

tos amparan por honra propia el derecho ageno, manteniendo con preferencia este noble principio en sus fronteras internacionales.

III

El tremendo proceso de iniquidades y ruínas que en centenares de años se realizó á través de esa línea, arrasando poblaciones y riquezas que debieron llegar á la época presente con el incremento lógico del medio en que se habían desarrollado, es una conmovedora experiencia que nos obliga á precaver tentativas ulteriores, que si se produjesen asumirían forzosamente carácter muy grave y trascendental; por que si hoy son imposibles los antiguos malones de chusmas irresponsables, de lo demás nada ha cambiado: ni la topografía, ni la condición social del elemento agresor de todos los tiempos.

A este respecto hay una observación fundamental de actualidad que debe impresionarnos. El día que la República Argentina, por la iniciativa del ilustre doctor Alsina, comenzó á desarrollar un plan serio de defensa de las poblaciones de Buenos Aires fronterizas de la Pampa y se destacaron en varios puntos fuerzas respetables que coartaron por largo tiempo las invasiones, es justamente la época desde la cual se cuenta la efervescencia guerrera levantada en las masas de Chile contra la Argentina. Antes de esa época no se oyó un grito belicoso en aquel país contra el nuestro; y cuando el general Roca afianzó la seguridad y pacificación defini-

tiva de aquella zona, cortando para siempre las agresiones en los llanos, y barriendo las guaridas de los especuladores en la cordillera, no obstante que esta operación hizo á Chile el gran servicio de facilitar el sometimiento de sus araucanos, que hasta entonces eran intangibles por la franquía que les ofrecían sus bosques para retirarse al Neuquen, donde tenían guaridas seguras y apoyo de los otros indios; cuando esa feliz operación, digo, quedó consumada, y, puedo repetirlo, con gran beneficio para los dos países, esos fueron los precisos momentos del mayor encono en Chile contra la Argentina, y de los proyectos de guerra invasora que antes no se habían diseñado.

Por último, la instalación en el Neuquen de una de nuestras divisiones del ejército como medio indispensable de asegurar aquel importante territorio contra los continuos asaltos y desórdenes que le tenían en constante alarma, no necesito repetir las referencias que todos hemos escuchado de las exaltaciones acerbas, de las amenazas de las muchedumbres, y la prensa de aquella tierra, como si hubiésemos ocupado territorio chileno.

Esta observación nos demuestra la verdadera condición, la verdadera causa de la controversia internacional.

He ahí el discernimiento práctico de la cuestión. Estudiémosle sin acritud y sin ambages.

Han sido cortadas de pronto y de raiz las invasiones de saqueo que entretenían desde tiempo inmemorial la vida de una gran masa de población escasa de subsistencia y de trabajo, y esto ha producido naturalmente una alteración profunda de hábitos inveterados, de anti-

guos medios que repentinamente se suprimen, y no es extraño el desborde impetuoso como en la corriente líquida más tranquila y cristalina á la que el obstáculo infranqueable embravece y enturbia.

Es un mal gravísimo cuyo remedio se posterga en Chile, dejándose ir á la solución violenta, mientras que también nosotros postergamos los procedimientos radicales y prácticos que ayudarían á aquel Estado vecino y traerían indefectiblemente los dos países á una situación pacífica de recíprocas conveniencias.

Chile está en el deber de regularizar la condición social de su numerosa población proletaria que hoy grita exasperada contra la Argentina, con la misma fiereza que un día se levantará contra la presión feudal que la explota. El enardecimiento guerrero con que se le entretiene, piénsenlo bien los señores militares y políticos, no dará una solución ventajosa para Chile, por más que ello llegue á imponernos muchos daños y sacrificios; ni tampoco nosotros, para contentar á esas colectividades contumaces hemos de volver á abrir la Pampa á las antiguas invasiones.

Nunca el país más emprendedor y guerrero habrá fundado sus proyectos estratégicos sobre una base más vidriosa é insegura, aparte de lo inconveniente é inmotivado de la empresa. Contar entre los primeros mirajes de éxito la cualidad de guapo: creer que los elementos populares que no se han educado en la escuela libre y edificante del civismo son poder formidable y durable, así como imaginar que la plétora del pauperismo es bomba de una deflagración especial que sólo destruye á los adversarios exteriores, son ilusiones peligrosas.

Luego encontramos que hay una congestión grave en la cordillera, esa espina dorsal que une á estos dos pueblos, y que ambos debieran fraternizar para remediarla, so pena de que el mal mortífero perjudique á uno ú otro lado, tanto más cuanto que el derrame para un lado producirá irremisiblemente el derrame para el otro: las invasiones de Bulnes sobre el desierto provocarán las de los Pincheyras sobre los pueblos; y al fin la enfermedad no hallaría otro remedio que un lenitivo muy contingente en sus efectos: cataplasma de cien mil hombres á uno y otro lado de la cordillera.

Conviene persuadirse de que la Providencia ha preparado esa cordillera, en la forma que tiene, para que los dos países limítrofes vivan en paz: ha creado en ella condiciones topográficas que son insinuaciones patentes de los horrores irremediables que la guerra produciría, si llega el momento de aprovecharlas estratégicamente. Debe andarse con cuidado sobre el suelo sembrado de abismos. Para esto nada hay más económico y conveniente que la luz de la civilización y del progreso común.

Después de todo, la situación peligrosa en que estos dos países se encuentran no tiene otra razón de ser, digámoslo con franqueza, que el descuido que la República Argentina ha hecho de sus deberes estratégicos como nación civilizada, antes y después de ser amenazada de guerra; porque, si bien es cierto que las operaciones de 1879 hasta el 83 tuvieron aquel alto carácter en su ejecución y resultados generales, no se tuvo en vista la frontera internacional, sino la pacificación interior, y á nadie habría ocurrido entonces, ni remotamente,

la idea de que aquella campaña, que fué aplaudida y felicitada por la prensa de todas las naciones cultas de América y Europa, no produjese en el Estado limítrofe inmediatamente beneficiado por ella, los efectos consiguientes á una pacificación completa en la vecindad, abriendo las puertas á las relaciones comerciales legítimas y seguras que engendran la fraternidad durable entre las naciones.

IV

Así lo anunciaba, antes de realizarse esa campaña, el ilustre general chileno don Cornelio Saavedra, con estas palabras dirigidas al que esto escribe, que fueron trasmitidas al general Roca. «¿No sería mejor que en vez «de agriarnos con estas cuestiones internacionales nos «diéramos en la cordillera las manos de amigos para «quitarnos de encima los indios de uno y otro lado? «Quedaríamos buenos vecinos y confundiríamos nuestro «progreso»...!

Y el general Roca contestaba estas otras trasmitidas al general Saavedra: «He leído con gusto los conceptos «de su amigo respecto á la conveniencia de aunar nues«tros esfuerzos para hacer guerra á la barbarie, y de «darnos la mano de amigos en la cima de los Andes, «en vez de estarnos recíprocamente revolviendo la bilis «con enojosas cuestiones de límites, *que más son de amor «propio que de tales.* Ya conoce usted mis opiniones «y sabe que siempre he pensado que Chile y la República «Argentina, en vez de ser enemigos ó malos vecinos,

«recelosos uno de otro, debían estrechar sus vínculos «y relaciones de amistad, no sólo para combatir juntos «y bajo un mismo plan las tribus salvajes, sino para «influir decisivamente y juntos en los grandes fines de «progreso en la América del Sur».

No es necesario agregar que la República Argentina realizó al fin, sóla, su campaña con el éxito completo que se deseaba en uno y otro lado de la cordillera; pero no se cumplieron los nobles votos que acabo de trascribir.

Y bien: esto es injusto, pero es lógico, y hasta cierto punto es más achacable á nuestra culpa que á la del vecino. No debimos detenernos en la consecución de los trabajos que eran el complemento obligado de la referida campaña. Debimos proceder inmediatamente á cubrir con población regular ó con colonias militares la dilatada y rica faja de territorio andino que había sido guarida de indios y expeculadores del pillaje anterior. Nuestras primeras vías férreas debieron lanzarse desde Mendoza á lo largo de las preciosas faldas, llevando sin pérdida de tiempo aquellas ocupaciones que no sólo eran indispensables por razones de seguridad general, sino que eran llamadas á las tierras más generosas y á los más deliciosos climas que tiene nuestro país. Los progresos con que nos ha asombrado la Pampa habrían correspondido portentosamente con los de las faldas andinas, y allí se habrían ligado los bien entendidos intereses de Chile, con vínculos tales de conveniencia recíproca que ya estarían cumpliéndose los augurios de los dos hombres eminentes que he citado.

Entre tanto, esa gran obra está todavía en tiempo de

realizarse. Ella hará imposible la situación de guerra y casi innecesaria la cuestión de límites.

Podemos y tenemos todos los elementos para llevarla á cabo, si logramos sacar del medio nuestra habitual indolencia, antes de que los sucesos se precipiten por imprudencias que serían la consecuencia lógica de una extraña situación social, que busca salida por donde las puertas están y deben estar cerradas.

CAPÍTULO VII

SUMARIO: Proyecto de ferrocarriles extratégicos.—Cien leguas de carbón.

I

He anunciado mi pobre opinión respecto de la vía férrea más conveniente y económica para servir al progreso de las comarcas andinas, reuniendo las condiciones extratégicas que por extricto deber y decoro nacional han de consultarse.

Por el contexto de la descripción que he venido haciendo de esas regiones de faldas, se habrá comprendido la necesidad imperiosa de un ferrocarril que levante y fomente en toda esa faja longitudinal las poblaciones que son el mayor muro de defensa nacional, porque él se reforzará y se hará cada día más respetable y respetado por el progreso que realizará irradiante fuera y dentro del país. Las poblaciones convertirán esa larga zona de peligro en el mejor y más durable vínculo de confratenidad internacional, porque ellas descubrirán y sabrán aprovechar las causas de respeto mutuo que concilian el bienestar. Allí se apresurarán á tomar sitio las colonias extranjeras, en especial las razas agricultoras que anhelan los climas de montaña; los capitales se

lanzarán á la explotación de los varios productos naturales que, hasta hoy, no han tenido valor industrial por falta de viabilidad rápida. Los minerales de todas clases, vírgenes aún ó abandonados por la misma causa, surgirán como vertiente nueva de riqueza nacional.

No hay en la República situaciones más propicias y de más vasto y seguro porvenir para crear pueblos cuyo indefectible encadenamiento hacia el Sur seguirá el más directo camino al poderoso desarrollo de opulencia comercial, pues avanzarán en la única zona del hemisferio austral que demora intermediaria y próxima entre los modernos emporios comerciales del mundo: África y Australia.

La vía férrea que debe abrir ese camino de engrandecimiento y poderío nacional no puede tener otro trazado que el paralelo á la gran cordillera divisoria, no siguiendo precisamente las altas faldas, donde seguramente se extenderán, desde el principio, las poblaciones, sino el valle que llamaremos central, es decir, el que ocupan San Juan, Mendoza, San Rafael y los diferentes pueblos nacientes de la última provincia.

Se ha dado en decir que un ferrocarril á lo largo de la cordillera divisoria no estaría en condiciones de seguridad como elemento extratégico, pues, en el caso desgraciado de guerra con el vecino, podría ser inutilizado ó aprovechado en nuestra contra. Considero esta opinión descabellada como todas las teorías que se emitan en asuntos extratégicos sin tener el perfecto conocimiento del terreno. En primer lugar, la ubicación de la vía no podía ser sino siguiendo el valle referido, y este valle se encuentra en toda su prolongación al Sur,

desde Mendoza, al oriente de las dos cordilleras interiores, con raras interrupciones paralelas á la central, y es entre estas cordilleras y las faldas de la masa oriental que recorrerá el ferrocarril, donde se hallan los espléndidos terrenos que han de ocupar las poblaciones. En segundo lugar, dichas cordilleras ofrecen, entre ellas y la central, como ya lo he dicho en otra parte, camino oculto que una fuerza enemiga podría seguir desde, más ó menos, la altura de Norquín hasta Mendoza, si el ferrocarril longitudinal no fomentase las poblaciones y no corriese allí para ejercer la vigilancia indispensable sobre ese peligro. Se comprende que dicho peligro desaparece sólo ante el ferrocarril longitudinal, que á más de las facilidades de cuidarse á sí mismo, tiene la de trasportar fuerzas flanqueadoras á cualquier punto de la línea de su prolongación. Vías férreas normales ó perpendiculares á la cordillera no llenarían el objeto extratégico, porque la cordillera, llena de pasos por todas partes y contando el enemigo con ferrocarril detrás de ellos, no presenta puntos dados de atención sino sucesión indefinida de puntos: amparar y hacernos respetar en toda esa línea, sin interrupción, es en el problema presente la verdadera solución extratégica; pues para asegurar nuestro progreso y la paz, no nos hemos de fundar solamente en la buena voluntad del vecino, sino en lo práctico del respeto mutuo, colocándonos en condiciones equivalentes de defensa y ataque. En tercer lugar, no hay duda posible de elección entre dos ferrocarriles extratégicos, el uno que cruza el desierto y el otro que fomenta poblaciones. Ambos estarían expuestos, como todos los ferrocarriles, á las tentativas del enemigo;

pero el riesgo mayor nunca sería en razón de la situación más cercana, sino en razón del mayor desamparo. Los ferrocarriles chilenos, extratégicos como son, corren todos paralelos á la cordillera, mucho más cerca de ella y más expuestos por la especialidad de topografía intermedia que los separa, que lo que estaría el nuestro; y á nadie se le ha ocurrido hasta ahora en Chile desconfiar de la eficacia extratégica de sus ferrocarriles. Si hay guerra, cuidarán más de ellos, y harán bien, pues *donde las dan las toman.*

Por otra parte, lo fundamental, extratégico, que asegura el poderío y la inviolabilidad de una nación, no está ya en la geometría de las posiciones: está en los progresos de la civilización, que pueblan, educan y enriquecen: las mayores fuerzas para conservar la paz son las supremas fuerzas para triunfar en la guerra. No vale hoy una línea de batalla lo que vale una línea de pueblos. Los ejércitos más civilizados y conscientes de su importancia social, es decir, esos elementos de la paz, son los más formidables arietes de la guerra.

Y después, es necesario cuidar muy de cerca los elementos de guerra de primera necesidad que se hallan á lo largo de los faldeos andinos, el ganado de movilidad y de manutención, y el carbón de piedra. El primero tendrá incremento prodigioso como en la Pampa, cuando esos bendecidos campos adquieran movimiento de población y seguridad. El segundo producto que comienza á agotarse ó monopolizarse en el mundo, nace aquí para la industria, presentándose en cantidades tan enormes que no admitirán la competencia de ningún mercado extranjero. La cordillera de la Plata,

tercera paralela al oriente de la central, y que es más ó menos la misma que bajo distintos nombres acompaña al gran valle donde debe prolongarse el ferrocarril, manifiesta desde la altura de San Juan hasta las más australes latitudes de Neuquen, las formaciones carboníferas y todos sus productos asociados, en tal abundancia, que no han sido necesarios los estudios especiales para descubrirlos, porque se han mostrado en varios puntos á la superficie los materiales combustibles de buena clase, no en condiciones puramente superficiales como algunos han creido, sino con todas las demostraciones de orden geológico que indican una formación profunda, dilatada y antigua. Hoy no se puede dudar que cubrió esas cordilleras paralelas en remotísima antigüedad, un inmenso bosque de coníferas, cuyo fruto, conservado en presión, vendrá á cosechar la civilización moderna en el mercado argentino como antes en el mercado inglés.

Con mis primeros estudios en esa cordillera dije en un informe al ministerio de la Guerra en 1882, que podía suponerse la existencia allí de un subsuelo de carbón de 50 leguas, desde Mendoza al cerro del Alquitrán y los Buitres. Pero la formación carbonífera continúa invariable y patente mucho más al Sur; se ve en la cordillera del Sosneao, en la de Palau-Mahuída, y la transversal de Litrán, en río Barrancas, donde fluye una copiosa vertiente de petróleo; en las serranías del Curileuvu, en Chos-Malal, donde se atraviesa un manto de carbón de 50 kilómetros desde Chacay Melehue hasta Tilgüe, ya conocido en sus extremos y en diferentes puntos intermedios; en Liu-Leuvu y Arin Leuvu y otros lugares de

la costa del Neuquen. Medido en faja longitudinal desde Mendoza solo hasta la altura de Arin-Leuvu, hay 500 kilómetros en línea recta.

Valdría bien la pena de que un ferrocarril acompañase ese manto negro.

Precisando el trazo de la vía férrea que me he permitido proponer, voy á describirlo con la exactitud posible según mis recuerdos, apuntes y relevamientos generales que conservo.

II

La línea partiría de la ciudad de Mendoza en dirección recta invariable al Sur, cruzando campos llanos de grandes cultivos no interrumpidos hasta los primeros 30 kilómetros y las poblaciones de San Vicente, Carrodilla, Luján y Ulunta. Al llegar á este último punto atraviesa el río de Mendoza, donde hay puente construido por la Nación.

Seguiría el mismo rumbo con muy ligera desviación al SSE., siempre sobre suelo plano y firme hasta tocar el río Diamante, 175 kilómetros, pasando por entre las poblaciones Tres Esquinas, Arroyo, Balde, Arboleda, Carrizal, Barrancas, Estacada, Totoral, Tunuyán, Los Sauces, Vista Flor, Capis, Melocotón, La Consulta, San Carlos, Chilecito, Cepillo, Aguanda, Piedra Blanca, La Puerta, Yullalito, Invernada, Yaucha, Las Peñas, Los Tolditos, Rincón, Colonia Francesa y San Rafael.

La mayor parte de los nombres dados hasta aquí, pertenecen á pueblos ya formados, y los demás son es-

tablecimientos importantes agrícolas y pastoriles. El ferrocarril hará de todos ellos un cordón de ciudades florecientes. Hay en este trayecto cuatro puentes de poco costo, incluso el mayor sobre el río Tunuyán.

Convendría que la vía atravesase el río Diamante, algo al occidente de San Rafael, en punto que ya fué estudiado y preferido para construir el puente con decisivas ventajas de solidez y economía á causa de la firmeza de las barrancas y reducción del ancho del río, consultándose todavía el despejo y mejor condición de los campos que continuan al Sur.

Del río Diamante puede continuar al SSO., saliendo á la pampa de las Leñas Amarillas, que se prolonga igual en una extensión de 40 kilómetros hasta la altura de Los Buitres y cerro del Alquitrán, formación carbonífera y abundante vertiente de petróleo. De allí desciende el nivel del suelo y vuelve á pronunciarse el camino llano en el espacio de unos 42 kilómetros en rumbo más directo al Sur hasta tocar el río Atuel. Este río presenta una buena situación para puente donde se han hecho estudios muy satisfactorios sobre condiciones de mayores crecientes y sólidez de estribaciones.

Del Atuel sigue un espacio de 15 kilómetros completamente plano y directo al Sur, hasta tocar el arroyo Salado, cuyas aguas corren muy superficiales y desparramadas, sin ningún accidente de barrancas, sobre piso muy firme de pedregullo, de manera que el paso podría tal vez efectuarse seguro sobre simples alcantarillas.

El terreno intermedio de estos dos últimos ríos fué el que ocupó el campamento de los Pincheyras en 1833,

adonde llegó la división chilena á órdenes del general Bulnes.

Del Salado sigue el camino sobre suelo llano y firme rectamente al Sur, hasta tocar, á los 24 kilómetros, la población del Alamito, antiguo fuerte San Martín, sobre el pequeño arroyo del primer nombre.

En idénticas condiciones de suelo y rumbo, continuaría de allí la vía hasta encontrar otro pequeño arroyo llamado Chacay á la distancia de 3 y medio kilómetros. Todo este campo, antes y después del arroyo, tiene un tupido monte de Chacayes, madera utilísima como el algarrobo para durmientes y otras construcciones.

Del Chacay, continuando siempre el piso firme y llano, sigue la vía en una extensión de 19 kilómetros con rumbo SSE., hasta el punto donde atraviesa el río Malalgüe, cuyo puente allí sería de ínfimo costo por la estrechura del río y las circunstancias favorables del terreno.

De Malalgüe seguiría al SSE. sobre vía llana y firme en general, sin otros obstáculos que algunas cerrilladas bajas, faldeos orientales de la cordillera de Palauco que corre paralela por el lado del Oeste hasta donde ésta termina en el lugar llamado Urrevaso, después de pasar un pequeño arroyo que tiene el mismo nombre. Hasta allí la vía mediría unos 75 kilómetros.

Continuaría de Urrevaso al SSO. por vía análoga á la anterior, hasta el abra que en el lugar denominado Conito presenta otra cordillera occidental que va á unirse, más al oriente, al macizo de Payen: distancia 23 kilómetros.

De ese punto bajaría con el mismo rumbo atravesando en los primeros 50 kilómetros parte de los antiguos es-

coriales del Payen y varias quebradas sin obstáculo serio que conducen la vía hasta la pampa de Matancilla, y de allí al paso del río Colorado que queda próximamente en el centro de la fracción A, sección XXX de las mensuras oficiales. El desarrollo de la vía entre el Conito y el Colorado importará un recorrido de 130 kilómetros, siendo sólo 110 la distancia directa.

Como se verá, el puente sobre el río Colorado sería la obra más importante y costosa de toda la línea, sin ofrecer por esto dificultad alguna en su construcción y en las seguridades de conservación contra cualquier evento de los movimientos del río. El terreno en el punto propuesto es alto y sólido. Por otra parte, se hace cada día más indispensable un puente en esa situación, aunque no fuese por motivo de la vía férrea: los campos adyacentes así del lado de Mendoza como del territorio de Neuquen recibirían un gran impulso al progreso. Hay vía carretera fácil, que ya se ha practicado varias veces desde Mendoza con grandes cargamentos destinados á Chos-Malal, deteniéndose, por supuesto, los vehículos en el paso del río. Ese camino corría desde San Rafael, por la falda oriental de la sierra del Nevado que brinda en varios puntos bellísimas situaciones que no han tenido hasta ahora el desenvolvimiento que merecen. Favorecida en el paso del Colorado esa corriente de transporte, con ó sin el ferrocarril, ganarían considerablemente la provincia y el territorio de Neuquen.

Del paso del Colorado á Chos-Malal, la distancia directa es de 70 kilómetros, orientación SO., y aunque el terreno es todo llano, el desarrollo de la vía, que convendría llevar por la laguna de Auquinco, entrando por

las lomadas bajas que circundan por el norte á Chos-Malal, elevaría el total de recorrido á 90 kilómetros.

El total del recorrido del ferrocarril desde Mendoza hasta Chos-Malal, sería, pues, de 666 kilómetros 500 metros.

Debo prevenir que las distancias que he dado son exactas. Podrían admitir corrección de metros más ó menos sólo en la precisa mensura que se haga en el desenvolvimiento de la línea propuesta. Se apreciaron por triangulación desde la ciudad de Mendoza hasta el río Atuel por la comisión científica militar, con cuya dirección me honró el Superior Gobierno en 1880. Del Atuel hasta Malalgüe fueron medidas á cadena sobre un meridiano (4 grados al Oeste de Mendoza), que fué base del relevamiento general, y el resto hasta Chos-Malal, y más adelante, por el procedimiento angular referido. Las carteras de diligencias se conservan para comprobarlo.

Conviene hacer notar que Chos-Malal es el punto más importante de la región andina del Sur como porvenir de progreso material y como punto estratégico. Domina los valles más importantes y ricos del territorio de Neuquen: al Norte el extenso territorio de Barrancas y Domuyo, alto Neuquen, Nahueve y las Lagunas, Curileuvu y Chacay Melehue; al Oeste Trocoman, Vilumallin, etc.; al Este la vasta campiña que limita por el Norte el río Colorado, y el meridiano 10° por el Este. Al presente el mayor número de población del territorio se encuentra en las secciones nombradas.

Después se hallan en relación más directa de viabilidad con Chos-Malal y Ñorquín los pasos más amplios de cordillera que he descripto: Cochicó, Chaña, Epu Lau-

quen, Pichachen, Antuco, Copulhue, Trapa-trapa y Copahues, frente á las provincias chilenas de Linares, Chillán, Concepción, Bio-bio y Arauco, siendo Talcahuano y los Angeles los centros más extratégicos de Chile para reunión y movimiento de fuerzas sobre el Neuquen y la provincia de Mendoza, los que se hallan más directamente al frente de Chos-Malal y Ñorquín.

Convendría, pues, por las dos clases de razones aducidas, la del progreso y la estratégica, que el ferrocarril propuesto pasase el río Neuquen al frente de Chos-Malal y llegase á Ñorquín, desde cuyo punto quedaría satisfactoriamente servido todo el territorio, dada la vía férrea del Río Negro que ya se ha internado por las juntas del Neuquen y Limay. Las vías de transporte de Ñorquín adelante quedarían por ahora suficiente y relativamente rápidas en cualquier dirección, con tanta mayor razón si el ferrocarril del Río Negro se prolonga, complementando el bien atinado propósito que inspiró su construcción.

Acerca de esta importante vía férrea, que al pasar por las Juntas de Limay y Neuquen, se halla ya dentro del triángulo, insinuaré una observación que espero ver corroborada cuando se practiquen los estudios para prolongarla. No estará de más: sabido es que en la topografía de cordilleras, no es posible el trazo teórico de vías férreas sobre las costas sin estudios expresos sobre el terreno y conocimientos generales del mismo, á menos que se prescinda en absoluto de las condiciones económicas de construcción y conservación. Es en este concepto que, sin tomar en cuenta el trazo que se haya adoptado para este ferrocarril, deseo emitir mi

opinión, por lo que pueda importar, respecto del que creo más conveniente.

Desde el puente de la Junta se presentan sólo dos vías prácticas y económicas para internarse al Oeste. La primera y más austral toma en un corto espacio la costa del río Limay, y apartándose después en rumbo más occidental, entra en la antigua vía de carretas que conduce á Junín de los Andes, con dos pasos inevitables en los ríos Picun Leuvu y Collomcurá. La región de Junín es conocida por la extensa zona de preciosos campos que llega hasta Nahuelhuapi; pero es conveniente prevenir que una vez internada allí la vía férrea, encontraría muy difícil desarrollo al Norte si se pensase en su empalme con la de Chos-Malal. También aumentarían las dificultades para prolongarse al Sur, y mucho mayores serían las que se opusiesen si hubiera de pasar á Chile.

Más, si se desease, por ahora, la unión más pronta, más útil y barata de dicho ferrocarril con el longitudinal del Norte, podría entonces adoptarse la vía muy conocida y expedita que se ofrece, partiendo de la Junta por la costa del Limay hasta el Arroyito, y de allí seguir al NO. por Zapala, Las Lajas, Codihué y Ñorquín; es camino que se anda fácil y brevemente en carruaje. De Ñorquín, sin pasar ningún río grande ni alta cordillera, podría dirigirse al paso de Antuco, donde se realizaría con mayor economía y en más corto tiempo para los dos países limítrofes, la comunicación interocceánica, complemento de esta gran obra, en su porvenir comercial.

III

Volviendo á la vía propuesta en el Norte, agregaré una palabra:

No se puede ocultar la gran conveniencia que habría en todos sentidos de proporcionar á Chos-Malal la importantísima expansión que dicha capital y todo el territorio tendrían con la sola construcción del puente sobre el Neuquen.

De Chos-Malal á Ñorquín la distancia directa es de 58 kilómetros, y aunque el terreno es bastante ondulado en partes, no presenta dificultades serias que obliguen á grandes desvíos ni cortes de mucho costo. Las corrientes de agua son insignificantes con relación á los trabajos de pasaje. Puedo suministrar á este respecto el dato de haberme transportado sin gran dificultad, de Ñorquín á Chos-Malal, en septiembre del año 87, con ocho grandes carros de bueyes, muy cargados. Sólo en el paso del Neuquen los carros tuvieron que atravesarlo en balsas.

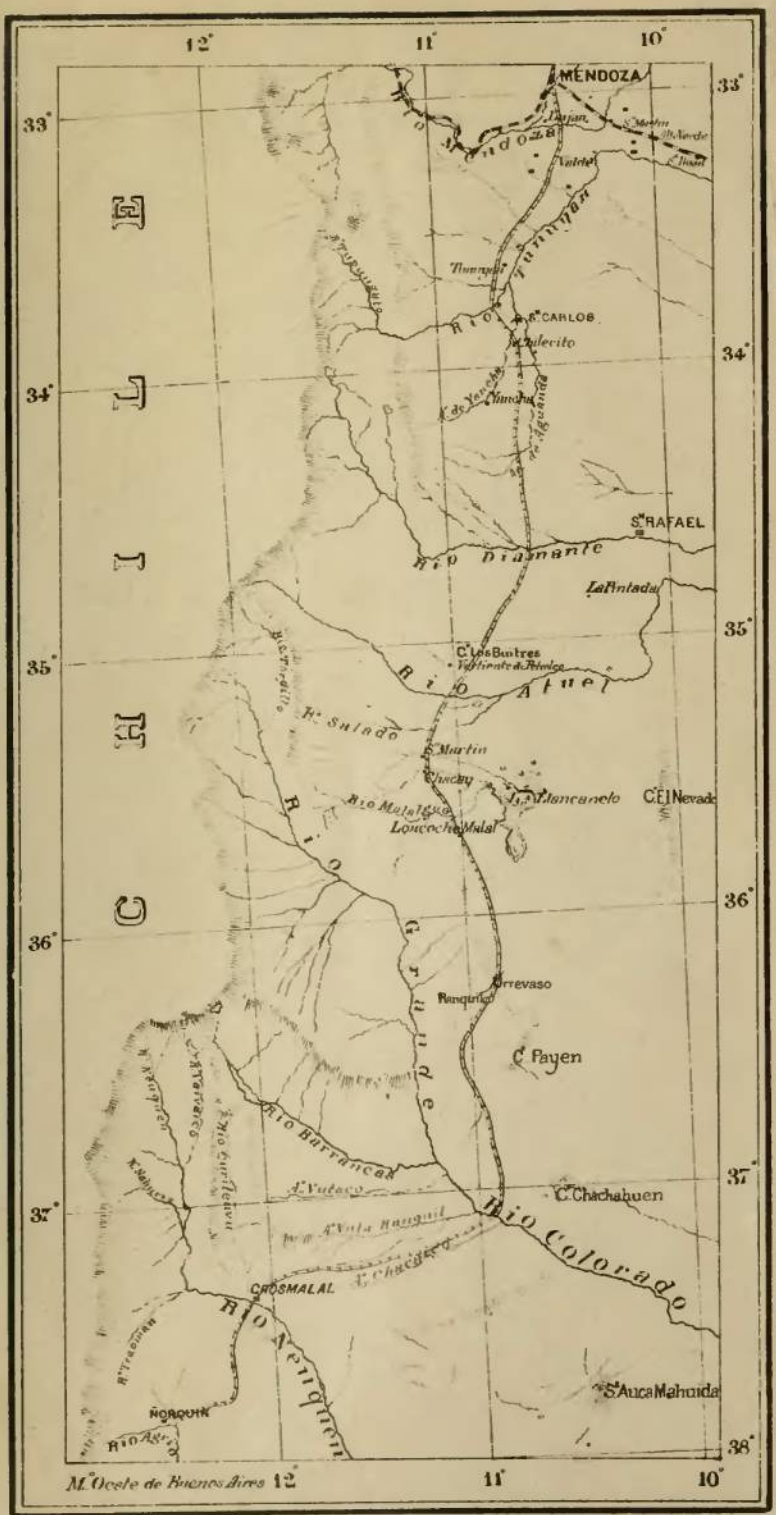
La vía ferrea que he descripto hasta Chos-Malal, sería también práctica desde Malalgüe, siguiendo el camino muy conocido de herradura que toma los valles de río Grande, pero la he desechado por causa de las altas serranías y multitud de quebradas profundas que tiene que atravesar, á que se agregarían los pasos del río Grande y río de Barrancas, cada uno de cuyos puentes y aproximaciones requeriría obras más costosas que las del sólo puente del Colorado.

Se ha hablado de un ferrocarril directo á Chos-Malal, derivándole de la Junta del Limay y el Neuquen, siguiendo el valle de este río hasta Tratayen y subiendo allí la cuesta del Añelo para continuar por la Pampa en rumbo recto á Chos-Malal.

Para quien no conozca bien esos terrenos, no habría vía más fácil, económica y directa entre el punto dado de partida y el de llegada. La distancia mediante directa no pasa de 500 kilómetros; no hay sino tres arroyos que pasar; el camino en su mayor parte es llano y ha sido ya cruzado por una tropa de carros fletada y encaminada por el que esto escribe; por allí han llegado á Chos-Malal artículos pesados y voluminosos, imprenta y litografía, un molino, una sierra mecánica, piano, etc. Pero nunca sería prudente arriesgar en ese trayecto la construcción de un ferrocarril. La pampa de Añelo tiene en muchos puntos un suelo traidor que se reviene en la época de las aguas, más que en Norquín, y especialmente á poco andar desde la entrada donde el nivel se deprime bastante; y poco antes de la salida, en las cañadas del arroyo Curacó, se producen inundaciones que no podrían precaverse sin obras enormemente costosas.

A estos serios inconvenientes se agregarían las condiciones ingratas del terreno en general; nadie viviría en la zona que cruza el camino; no hay pastoreo ni agricultura posible en médanos y guadales; el agua sobra en las avenidas y falta absolutamente para el regadío.

Un ferrocarril extratégico entregado á la pampa del Añelo que nunca se ha de poblar, es un tesoro nacional arrojado en medio de la calle.



CHILE
MENDOZA
Rio Mendoza
Valdes
Tunuyan
Rio Tunuyan
S.n CARLOS
Calecito
S.n RAFAEL
Rio Diamante
La Pintada
C.o Los Buitres
Rio Atuel
R.o Salado
S.n Martin
Chacay
Rio Malalegue
Loucoche Malal
C.o El Nevado
Rio Grande
Orrevaso
Ranquil
C.o Payen
Rio Barrancas
C.o Chachahuen
Rio Colorado
CROSMALAL
Rio Neuquen
S.n Auca Mahuida
NORQUIN
Rio Agrio
M.o Oeste de Buenos Aires
12°
11°
10°
33°
34°
35°
36°
37°
38°

LIBRARY
MAY
17
1977
UNIVERSITY
OF TORONTO

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F
2851
042

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 16 11 04 015 1